

Cinco estudios sobre los nacionalismos contemporáneos

Luis Ochoa Bilbao

Rogelio Regalado Mujica



 **CLACSO**

**Cinco estudios sobre
los nacionalismos contemporáneos**

Ochoa Bilbao, Luis. Cinco estudios sobre los nacionalismos contemporáneos / Luis Ochoa Bilbao; Rogelio Regalado Mujica. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla - BUAP, 2022.
Libro digital, PDF
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-813-395-9
1. Nacionalismo. 2. América Latina. I. Regalado Mujica, Rogelio. II. Título.
CDD 320.54

Cinco estudios sobre los nacionalismos contemporáneos

Luis Ochoa Bilbao
Rogelio Regalado Mujica



Benemérita Universidad
Autónoma de Puebla





CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampin - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción
Editorial



Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

María Lilia Cedillo Ramírez - Rectora

José Manuel Alonso Orozco - Secretario General

José Carlos Bernal Suárez - Vicerrector de Extensión
y Difusión de la Cultura

Luis Antonio Lucio Venegas Director General de
Publicaciones



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Cinco estudios sobre los nacionalismos contemporáneos (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2022).

ISBN CLACSO: 978-987-813-395-9

ISBN BUAP: 978-607-525-942-0



CC BY-NC-ND 4.0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

**CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias
Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências
Sociais**

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos
Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 |

<clacso@clacsoinst.edu.ar> |

<www.clacso.org>

© Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

4 Sur 104, Centro Histórico, Puebla, Pue., CP 72000

Teléfono: +52 222 229 55 00

www.buap.mx

Dirección General de Publicaciones

2 Norte 1404, Centro Histórico, Puebla, Pue., CP 72000

Teléfono: +52 222 229 55 00, extensión 5768

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

www.publicaciones.buap.mx | libros.dgp@correo.buap.mx



Índice

Introducción.....	11
I El estudio de los Nacionalismos contemporáneos.....	17
II Nacionalismo y cosmopolitismo en el derecho a la autodeterminación de los pueblos.....	33
III Las narrativas nacionalistas contemporáneas en América Latina.....	53
IV El nacionalismo cívico mexicano.....	77
V La ofensiva nacionalista contemporánea: el fenómeno Trump.....	101
Bibliografía.....	129

Introducción

¿QUÉ ES EL NACIONALISMO? Es un discurso y muchos discursos a la vez. Es una intersección de valores, deseos, ambiciones, traumas, victorias y derrotas, recuerdos y mitos, pasiones, proyectos, ideas, temores, imágenes y colores. Es un plasma que se agranda o se achica según sea la intensidad del sentimiento nacionalista o de la retórica patriótica. Es un muro que se construye para aislarse o un puente que se edifica para unirse; principio político: acicate que mueve a las masas o que las adormece. Es una forma de amplia gama mediante la cual los seres humanos se identifican entre sí, valorando ciertos rasgos que se asumen comunes, y se distinguen de los demás demarcando diferencias más allá de las fisiológicas. El nacionalismo es un entramado complejo de pasados, presentes y futuros, todos en plural porque hay tantas naciones como pueblos y tantos nacionalismos como pueblos y seres humanos. Los nacionalismos tienen rasgos fáciles de identificar mediante diversas metodologías, pero es imposible indagar la experiencia íntima de cada persona respecto a sus sentimientos nacionales. Es tanto como identificar los rasgos generales de las religiones en el mundo y no lograr asir o entender cómo imagina cada ser humano creyente a su dios o a sus dioses.

El nacionalismo es un discurso que plantea las formas del deber ser de los hijos de una nación. Cómo actuar ante la amenaza, como responder ante la agresión, cómo comportarse en comunidad. Obviamente, el nacionalismo es una entelequia viva que se nutre de los contra discursos nacionalistas, que de pronto se amalgama con ellos y resurge fortalecido o debilitado, incluso hasta ser irreconocible. Porque, es evidente que el discurso nacionalista se transforma en el tiempo, tiene su historia y cambia su fisonomía a lo largo de las generaciones. No es lo mismo ser miembro de una nación a principios del siglo XIX que vivir en esa misma nación en el contexto de la posguerra o en la era de la crisis del neoliberalismo. Sin embargo, las formas de expresión de los nacionalismos se pueden apreciar en las arengas de los comandantes militares, en los libros de sus pensadores, en los versos de sus poetas, en las obras de sus pintores y escultores, en los sonidos de sus compositores, en los

colores de sus símbolos, en las letras de sus himnos, en las palabras de sus dirigentes, en las condenas de sus exiliados, en las opiniones de los extranjeros. Y se puede trazar una y muchas historias, y se pueden comparar y contrastar todas las formas que han tenido y que tienen los nacionalismos.

Los cinco estudios de este libro tienen un hilo conductor: el análisis de los discursos sobre el nacionalismo en la era de la globalización, del cosmopolitismo, del ideal humano céntrico del liberalismo y de la consolidación del capitalismo como modelo a escala planetaria con sus crisis y contradicciones. El contexto histórico presente en los cinco ensayos es el del final de los arreglos políticos y económicos posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Esto significa reflexionar sobre el nacionalismo contemporáneo ante fenómenos mundiales como la reorientación geopolítica del poder, la creciente incapacidad de los organismos multilaterales emanados de la carta de San Francisco por cumplir eficazmente sus tareas, el desmantelamiento del estado de bienestar en las sociedades occidentales y la emergencia del neoliberalismo sin freno a lo largo y ancho del orbe. Cada estudio aborda miradas particulares sobre el mismo fenómeno, el de los nacionalismos contemporáneos.

El nacionalismo en la era de la globalización plantea un reto interesante a la imaginación de la viabilidad de los Estados nacionales: ¿es legítimo seguir siendo nacionalista en la época de la aldea global? En el primer capítulo se exponen, precisamente, esas formas de nacionalismos contemporáneos que tratan de ubicarse dentro del marco general de la aspiración de la globalización, actualizando un debate que parecía declarar la hora de muerte del nacionalismo en los años noventa.

El nacionalismo también pone en predicamentos al ideal cosmopolita de las instituciones internacionales. Éstas están compuestas por naciones, pero aspiran a construir una mirada solidaria entre las mismas para afrontar problemas comunes como la paz, la pobreza, el crimen internacional, el cambio climático, la seguridad alimentaria y muchos más. El cosmopolitismo enfrenta un grave problema cuando ciertas colectividades reclaman su derecho a la autodeterminación.

¿Cómo responder al dilema de la aparición de nuevas naciones y nuevos nacionalismos? En el segundo capítulo se podrá ver que la estrategia consiste en moldear un gran discurso legitimador para aquellas colectividades que aspiran a la autodeterminación. Una nueva nación y un nuevo nacionalismo podrán ser aceptados en el sistema internacional si cumplen los requisitos del ideario liberal.

Globalización, cosmopolitismo y el ideal humano céntrico liberal conforman la tríada conceptual que se expresan en los discursos y posicionamientos de los países que asumen un nacionalismo coherente con los cánones dominantes. En el tercer capítulo se revisan esos discursos a partir de dos variantes presentes en Latinoamérica: por un lado, a partir de los casos de Argentina, Brasil y México, naciones consideradas como potencias emergentes y participantes activos dentro del sistema internacional; por el otro, la reflexión se centra en la tensión que generó el progresismo con el despliegue de la globalización neoliberal, teniendo como resultado dos formas políticas que nos permiten observar los matices que asume el nacionalismo contemporáneo.

De igual forma, globalización, cosmopolitismo y el ideal humano céntrico liberal están presentes en el cuarto capítulo que analiza el tránsito desde un nacionalismo clásico a uno contemporáneo, en el caso de México a partir de un abordaje que no se limita al discurso oficial. Intelectuales, líderes de opinión y la opinión pública en general son las herramientas que ponen en marcha, en el caso mexicano, todo un discurso hacia la “modernización” del nacionalismo mexicano para encajar la idea de nación en el supuesto concierto liberal y capitalista global.

El desafío más mediático al que se ha enfrentado la cadena de significados de la globalización neoliberal se encuentra en el caso estadounidense que retomamos en el quinto estudio. La elección de Trump en el 2016 replantea las consideraciones del nacionalismo sostenidas durante el siglo XXI y se propone como un caso representativo que abre la aparente relación antagónica entre el ideal cosmopolita y la fuerza identitaria del nacionalismo, tensión que gana cada vez más visibilidad en el mundo contemporáneo.

El primer estudio del libro propone una mirada general y necesaria para abordar el tema. Es un recuento de las definiciones que permiten hacer operativo el concepto de nacionalismo, las estrategias metodológicas utilizadas para estudiarlos, especialmente a través de los recursos propios de los estudios sobre el tema que principalmente recaen en un espíritu positivista, lo que nos lleva al desarrollo de una propuesta de taxonomía para comparar y contrastar a los nacionalismos contemporáneos.

En los siguientes capítulos, nos abocamos a estudiar el nacionalismo mediante diferentes casos, pero transitando sobre un hilo conductor preciso. En primer lugar, los estudios aquí contenidos se concentran en analizar discursos nacionalistas emanados de las élites que pretenden consolidar un relato único. Y, queda claro que “es imposible hablar de relato único sin hablar del poder”

(Ngozi, 2018, 18). No necesariamente se tratan de relatos hegemónicos, pero sí de discursos articulados por grupos reconocibles que ostentan algún tipo de poder. En el caso del segundo estudio de este libro, el relato sobre la necesidad de una perspectiva cosmopolita para legitimar cualquier discurso nacionalista y de autodeterminación de los pueblos, es una condición impuesta por los estados nacionales dominantes del sistema internacional contemporáneo. En el tercer estudio sobre los discursos nacionalistas en Argentina, Brasil y México, así como la tensión provocada por el progresismo, es obvio que se trata de la apuesta de los gobiernos por delinear un relato único al interior de sus países y para con el exterior. En el cuarto estudio, el caso del relato sobre el nacionalismo cívico en México trata del discurso expresado por las elites intelectuales del país que se identifican con un modelo democrático y liberal de sociedad, razón por la que se contraponen al nacionalismo revolucionario de los gobiernos de la segunda mitad del siglo xx. El último estudio, muestra cómo el discurso del nacionalismo desde el aparato oficial estadounidense genera una profunda tensión con la globalización neoliberal comandada desde el interior del país, poniendo de manifiesto la transformación de la relación entre estas dos formas políticas, lo que implica una serie de medidas sumamente dramáticas para determinados sectores sociales.

En segundo lugar, los discursos nacionalistas estudiados en el libro responden a los ajustes de las narrativas políticas, culturales, económicas y sociales durante las décadas del neoliberalismo. Queda claro que los relatos nacionalistas posteriores a la Segunda Guerra Mundial comenzaron a entrar en crisis con la arremetida comercial, empresarial y financiera transnacional del neoliberalismo, que pretendía socavar discursos nacionalistas clásicos para dismantelar la oposición social al nuevo patrón de acumulación de capital. Obviamente, esta embestida generó resistencias. Pero se destaca que el modelo neoliberal pretendía diluir los discursos hipernacionalistas con mayor intensidad en la periferia mientras que los Estados centrales los conservaban. Resultaba paradójico que el hipernacionalismo estadounidense se difundiera globalmente mientras se les pedía a los nacionalistas latinoamericanos moderar su “chauvinismo”, tanto como los hipenacionalismos ruso y chino vilipendiaran el nacionalismo ucraniano o taiwanés, respectivamente.

En tercer lugar, las reflexiones de nuestros estudios mantienen un vínculo constante con la dinámica totalizante de la era: es decir, son perspectivas no separadas de las relaciones de capital. A lo largo del libro, por lo tanto, existe un hilo interpretativo que posiciona al nacionalismo como una fuerza intrín-

seca al capitalismo. El argumento nos lleva a plantear que las transformaciones del modelo capitalista afectan notoriamente la organización del Estado nacional y, por lo tanto, la configuración del nacionalismo en sus múltiples expresiones. No es sorprendente entonces que tanto en los discursos, como en el ideal cosmopolita y las distintas reivindicaciones que producen antagonismos, se observe una mano tendenciosa, más que invisible, que da forma a nuestro objeto de estudio. El argumento también desmonta la oposición real del nacionalismo y la globalización neoliberal, exponiéndolos más bien como dos formas políticas que conviven en el capital a partir de su dinámica adaptativa, razón por la cual podemos presenciar que al mismo tiempo un Estado puede promover abiertamente una agenda global para determinadas cuestiones, mientras que sostiene una posición profundamente nacionalista para otras, tal y como mostraremos en varios ejemplos.

Los ensayos de este libro fueron publicados en versiones preliminares, sin embargo, todos forman parte de un mismo proyecto de investigación que data del año 2014. Los ensayos fueron revisados, ampliados y modificados para cumplir con el objetivo de presentarlos como parte de un libro homogéneo y que vincula los ejes de interpretación y análisis antes descritos. Algunas de las ideas generales del primer ensayo se presentaron en el 6o Congreso Internacional de Sociología, “Construcción de ciudadanías: nuevas realidades y miradas interpretativas”, realizado en septiembre de 2014 en la ciudad de Ensenada, Baja California, y fueron esbozadas en el libro *Los BRICS y el discurso del nacionalismo en el siglo XXI* (Washington, DC: Westphalia Press, 2015); el segundo ensayo se publicó en la *Revista OASIS* (no. 28, 2018); el tercero apareció en *Bajo el Volcán* (vol. 16, no. 24, 2016); el cuarto apareció en *Alternativas* (no. 7, 2017); el quinto ensayo fue concebido para la presente edición.

I

El estudio de los Nacionalismos contemporáneos

EL PRIMER ESTUDIO del libro está dedicado a explicitar desde el punto de vista teórico e histórico cómo se ha estudiado el nacionalismo, cuáles han sido las conclusiones académicas dominantes y qué formas de nacionalismo se pueden identificar en la actualidad. El capítulo reflexiona sobre los elementos clásicos persistentes de los discursos nacionalistas en el siglo XXI y analiza sus nuevas formas retóricas. El argumento central es que en la actualidad, los discursos nacionalistas lejos de verse disminuidos por la globalización, parecen reeditarse bajo una óptica futurista que coincide con el fin de la Guerra Fría, el declive de la hegemonía estadounidense, el inicio de un nuevo siglo y la aparente construcción de un nuevo orden mundial en el cual los Estados-Nacionales seguirán siendo los actores preponderantes de las relaciones internacionales a pesar de las instituciones y las estrategias de gobernanza global que han emergido en los últimos años. El capítulo tiene un primer apartado que describe la perspectiva teórica en el estudio de los nacionalismos y presenta un resumen histórico que permite contextualizar a los nacionalismos contemporáneos en la actualidad. En el segundo apartado se indican los nuevos elementos retóricos de los nacionalismos contemporáneos que permiten hacer una categorización que sirve de guía para los análisis de los estudios aquí contenidos.

¿Cómo se estudia a los nacionalismos?

El nacionalismo es un discurso persistente y vigente que mueve conciencias, sociedades, individuos y gobiernos. El nacionalismo se vive, se comparte, se difunde, se articula; es una fuerza vital que también cambia y se ajusta a su tiempo histórico. Sin embargo, el nacionalismo no es un fenómeno que se haya quedado atrapado en las formas retóricas clásicas, por el contrario, se

ha transformado y se ha reconfigurado precisamente a la luz de las transformaciones mundiales de las últimas tres décadas.

Por lo tanto, los nacionalismos se estudian como un proceso sociohistórico cuyos resultados políticos, económicos y culturales pueden ser fácilmente distinguibles. En este proceso, algunos autores se concentran en el significado del concepto de nacionalismo, es decir en la definición del objeto de estudio a partir de la pregunta ¿qué es el nacionalismo? (Renan, s/a; Gellner, 1983; Smith, 1998)

Teóricamente, el nacionalismo como proceso sociohistórico, se estudia mediante la revisión, comparación y distinción de las formas culturales de nacionalismos que se pueden detectar en diferentes momentos de las naciones y en sus expresiones contemporáneas. (Hobsbawm, 1998; Breully, 1990; Billig, 1998). Por lo tanto, se estudia el nacionalismo como fenómeno histórico presente en los símbolos nacionales, en los rituales, en las expresiones artísticas y culturales y en la educación.¹

Hay también una perspectiva discursiva que se interesa en analizar qué se dice de una nación y del nacionalismo, cómo se dice, cuándo se dice y cómo se distribuye ese discurso. En esta perspectiva son tan importantes las expresiones nacionalistas de los actores con poder como dignatarios, generales, presidentes, dictadores, iglesias o sindicatos, que de alguna forma estructurarían el discurso oficial de un nacionalismo determinado, así como las ideas, impresiones, valores y opiniones nacionalistas de la gente que se estudian a través del análisis de la cultura popular o de la opinión pública. Precisamente las técnicas de las encuestas y entrevistas han generado múltiples estudios sobre los valores nacionalistas, o los elementos identitarios que las sociedades resaltan como expresiones del nacionalismo deseable o vigente en determinados grupos, comunidades o regiones. Por ejemplo, mediante encuestas se han estudiado los valores nacionalistas de

¹ Algunos ejemplos relevantes del análisis sobre arte y nacionalismo pueden encontrarse en Mitter (1997); Facos (1998); Bohlman (2004); Riley, and Smith (2016); Calhoun, (2007). En esos trabajos se analiza y reflexiona desde la mirada histórica sobre la construcción de los nacionalismos a partir de las manifestaciones históricas, particularmente la música y su impacto en la difusión de los contenidos retóricos de los nacionalismos. Sobre educación y nacionalismo pueden consultarse: Hutchins (2016); Vázquez (1975); Zepeda (2015); Hebert & Kertz-Welzel (2010); Reisner, (1922). El análisis del nacionalismo y la educación arroja una nutrida literatura porque, desde la educación estatal, la religiosa y la privada, los estados nacionales, directa o indirectamente, generaron una serie de contenidos retóricos para resaltar los episodios históricos o los valores patrios y cívicos deseables de sus sociedades.

los mexicanos (Moreno, 2011), acerca de qué significa ser canadiense (Par-kin y Mendelsohn, 2003), o sobre la aparente decadencia del nacionalismo británico (Ethnos, 2006). Algunos de estos estudios, como los ejemplos anteriores, son encargados por fundaciones o asociaciones civiles y son de carácter ilustrativo aunque con un basamento metodológico. Su objetivo no es poner a prueba planteamientos teóricos o hipótesis científicas sino ofrecer una mirada sobre sentimientos o valores nacionalistas coyunturales, parecido al sentido de las encuestas de opinión en tiempos electorales.

El enfoque teórico que privilegiamos en este libro es el de la sociología histórica, entendida como una sub-disciplina de la sociología. Su perspectiva es de largo plazo y se aboca a estudiar las constantes y las variables de los procesos con una mirada de amplio horizonte, por lo cual sólo se detiene a explicar problemas coyunturales en la medida que le permitan ilustrar los fenómenos históricos y sociales de forma macroscópica.

Para la sociología histórica, el proceso global central ha sido la conformación de los Estados modernos en Europa y su expansión mundial. Los Estados modernos representan una forma de organización del poder que aspira a la consolidación de la racionalidad institucional y, por ende, a formas políticas y sociales diferentes de las tradicionales, basadas en el carisma, el patrimonialismo, el patriarcado o la fuerza. El Estado moderno es, para la sociología histórica, un proceso y una aspiración, no exentos de conflictos y contradicciones. Por lo tanto, el objeto de estudio de la sociología histórica es “analizar las relaciones entre el micro acontecimiento y el conjunto, la estructura o el sistema.” (Aron, 1996: 325). Esto es, el proceso de construcción de Estados modernos al interior de las sociedades y el proceso de construcción de un sistema mundial en el que los actores privilegiados son los Estados nacionales.

Los Estados modernos no sólo reflejan la institucionalización de la gestión económica o los equilibrios de poder entre los actores sometidos a la organización de la vida dentro de fronteras físicas definidas pacífica o violentamente. Los Estados modernos, como ha quedado claramente explicado por varios autores (Anderson, 1991; Touraine, 2000; Smith 1998, Gellner, 1983) también construyeron a lo largo de su historia elementos de identidad nacional que les permitiera simple y sencillamente sobrevivir y ser viables.

El concepto de Estado nacional implica la idea de una entidad gestora y administrativa que regula las relaciones de poder dentro de las sociedades construyendo procesos institucionales de recambio generacional (Estado) y que a su vez construye y disemina significados compartidos entre los

miembros de dicha sociedad partiendo de la noción de identidad que apela a hechos históricos o heroicos, que resalta valores morales, culturales o religiosos compartidos y que, por definición, distingue a su colectividad de las otras. Tanto los nacionalismos clásicos como los neonacionalismos, en palabras de David McCrone, requieren en realidad pocos elementos identitarios comunes y bases históricas básicas para imaginar, diseñar y promover una idea de nación (McCrone, 2002).²

La sociología histórica narra ese proceso de quinientos años, pero se centra en los fenómenos europeos y en lo que se ha denominado el proceso civilizatorio. El surgimiento de los Estados nacionales en occidente estuvo acompañado, como no podía ser de otra forma, por la tensión y la confrontación de grupos humanos que trataron de imponer una idea de nación y los otros que la resistían. Fue la centralización del poder la que le otorgó cierto grado de éxito a las élites que consolidaron los Estados nacionales modernos; fue también la centralización de la gestión y la simplificación de los trámites burocráticos y administrativos, la organización de los ejércitos, la acumulación de capital y su impacto social que tarde o temprano se cristalizaría en otro concepto fundamental de la modernidad: la ciudadanía.

Probablemente el hecho de haber convertido a los grupos minoritarios en ciudadanos ayudó a reducir las tensiones entre colectividades que reclamaban para sí el derecho de mantener y gozar de sus particularidades identitarias. La Europa contemporánea, plantada en las bases institucionales de un poder supranacional, vuelve a vivir los reclamos de separatismo y secesión como ocurre en Escocia y Cataluña. Pero el resto del mundo aprendió y asimiló, sin tener otra opción, las formas de organización europea diseminadas por vías fundamentalmente violentas. Al final de la era del poderío colonial e imperial de Europa, los grupos humanos comenzaron a definir fronteras y a construir sus propios Estados nacionales. Esto trajo consigo varios problemas:

Los Estados eran pobres, ineficientes e incapaces de administrar correctamente la riqueza, el territorio y sus poblaciones. A la vez, diferentes grupos en conflicto pelearon por acceder al poder estatal generando inestabilidad interna. Dicha inestabilidad hizo que muchos de los estados jóvenes se en-

² McCrone justifica su estudio a partir de la negación de que el nacionalismo en como un “lavado de cerebro”. Por el contrario, defiende que hay una dimensión “personal e íntima” en el nacionalismo que apela a la historia “en el sentido que escribe la suya propia, que construye apelando a sus orígenes en el pasado que legitima el presente y ofrece puntos de partida hacia el futuro. Por esta razón los nacionalistas son ‘ancestros del mañana’” (McCrone, 2002: VIII).

frentaran contra sus vecinos perdiendo territorio o se vieran expuestos a las naciones europeas o potencias nacientes como Estados Unidos en el continente americano, cayendo bajo su control a través de mecanismos diversos como las deudas, la inversión o la invasión militar.

Al mismo tiempo de construir un Estado eficiente, la nueva nación tenía también que construir una identidad propia y eso traería consigo la adopción de criterios y valores culturales determinados en detrimento de otros criterios y valores culturales. Esta tensión en América reflejaría la imposición de un modelo nacional basado en la experiencia criolla citadina en contra posición a los modos de vida rurales e indígenas. En algunos casos se trataría de exterminar a las poblaciones originarias y en otros se les trataría de asimilar. El resultado final nunca sería el imaginado en sus inicios.

Pero el problema más profundo fue la construcción de una narrativa histórica que copiaba, sin ningún pudor, la narrativa occidental. Es decir, se dio una apropiación del discurso civilizatorio occidental en aquellos grupos dominantes que decidieron, difundieron e impusieron los matices y ejes de una identidad nacional implicando que ésta sería moderna, emancipadora, libertaria y ciudadana.

Fundamentalmente, los nuevos Estados nacionales que surgirían desde las independencias latinoamericanas en el siglo XIX y hasta las últimas oleadas independentistas en África en los años setenta del siglo XX y en Europa oriental y el centro de Asia en los años noventa del mismo siglo, insistirían en copiar el modelo occidental. La única forma de ser un Estado nacional era bajo el esquema de los Estados nacionales europeos. De esta forma, el mundo sería testigo de los discursos clásicos del nacionalismo que se describirán en el siguiente apartado con la finalidad de reflexionar, más adelante, sobre las características discursivas de los nacionalismos contemporáneos.

Varios autores han señalado ya con claridad que tanto la construcción de una entidad administradora y gestora del poder denominada Estado, y su correlato identitario denominado Nación, fue un proceso histórico surgido en Europa y difundido violentamente en todo el mundo. En una especie de conclusión al respecto, Hardt y Negri (2000: 113-15) escriben:

El concepto de nación se desarrolló en Europa sobre el terreno del Estado patrimonial y absolutista. [...] La transformación del modelo absolutista y patrimonial consistió en un proceso gradual que reemplazó el fundamento teológico del patrimonio territorial por un nuevo fundamento, igualmente trascendente. En lugar del cuerpo divino del rey, ahora era la identidad espi-

ritual de la nación lo que hacía del territorio y la población una abstracción ideal. O, para decirlo más precisamente, el territorio físico y la población se concibieron como la extensión de la esencia trascendente de la nación. El concepto moderno de nación heredaba así el cuerpo patrimonial del Estado monárquico y le inventaba una nueva forma. Esta nueva totalidad de poder fue estructurada en parte, por un lado, gracias a los nuevos procesos productivos capitalistas y, por el otro, a través de las antiguas redes de la administración absolutista. La identidad nacional estableció esta insegura relación estructural: una identidad cultural integradora, basada en una continuidad biológica de relaciones de sangre, una continuidad espacial de territorio y una comunidad lingüística.

Por lo tanto, el Estado-nacional sería una forma secularizada del poder patrimonial que reinó durante siglos en la Europa absolutista. Uno de sus cambios sería la búsqueda de legitimidad más allá de la fidelidad religiosa cuya decadencia anunciaba la necesidad de un nuevo entramado simbólico que uniera a los ciudadanos de los Estados que nacían sobre las cenizas de la Europa premoderna.

En ese sentido, “La nación no es la figura política de la modernidad, la nación es el actor principal de la modernización” (Touraine, 2000: 138). Es la idea compartida de formar parte de una gran familia extendida, con rastros históricos de continuidad y con proyección hacia un futuro promisorio de prosperidad. La nación es “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (Anderson, 1991: 23). Anderson explica, más adelante, que la Nación es imaginada porque los miembros que la componen jamás se conocerán totalmente entre ellos o si quiera en su gran mayoría. Sin embargo, sabrán que existen unos a otros de forma imaginada y generarán un lazo inventado. Es limitada debido a que, aún la más poblada, se observa con fronteras finitas, aunque elásticas. También es soberana porque nace cuando los reinos dinásticos jerárquicos divinamente ordenados son cuestionados y las naciones tienen el deseo de libertad que sólo les puede otorgar el Estado soberano. Por último, es una comunidad porque la nación acaba, en última instancia, por concebirse como un compañerismo que se desarrolla entre sus miembros. Esa fraternidad es precisamente la que genera que las poblaciones mueran y maten por la nación.

En este proceso de modernización de la vida social y política lo que estaba en juego era la administración de territorios más grandes, riquezas más dinámicas y poblaciones en aumento, más urbanizadas, más educadas y por

ende menos manejables según los criterios tradicionales, religiosos o medievales. En este sentido, lo que se construye también es una idea de ciudadano que rompe con los atributos serviles del concepto de súbdito. El ciudadano estaría responsabilizado de consolidar y hacer eficaz y funcional a la nación. Gellner define el nacionalismo como “el principio que predica que la base de la vida política ha de estar en la existencia de unidades culturales homogéneas y que debe existir obligatoriamente unidad cultural entre gobernantes y gobernados”. En cierta medida, los procesos educativos, económicos y jurídicos fueron, poco a poco, elementos que contribuyeron a homogeneizar a las sociedades europeas. Las tensiones surgieron, y siguen presentes, cuando se pretende homogeneizar los valores culturales e identitarios de grupos que se niegan a perder lo que consideran sus particularidades étnicas, fundamentalmente el lenguaje. (Gellner, 1998: 162).

Una parte de la extensa obra de Smith (1998) se centró en clasificar las teorías de naciones y nacionalismos en tres grandes ramas: a) modernistas; b) perennialistas y; c) primordialistas.

- los modernistas podrán afirmar que la nación es producto de la modernidad, como el capitalismo y la industrialización;
- los perennialistas sostienen que los vínculos sobre los que se construyen las naciones son permanentes y continuos en el tiempo;
- por último, los primordialistas exponen que las naciones se remontan al pasado y están construidas sobre vínculos fundamentales para los seres humanos, tales como la raza, la sangre y la familia.

En su libro *Nationalism*, Smith (2010) explica que el término nacionalismo, tal como hoy lo concebimos, adquirió su rango de significado durante el siglo pasado y, tras un recuento de las formas más comunes en las que es empleado y un análisis de las mismas, lo define como un movimiento ideológico para conseguir y mantener la autonomía, unidad e identidad de una población cuya parte de sus miembros consideren constituir una potencial o actual nación.

Si bien el nacionalismo se consolidaría en el siglo XX, el siglo XIX fue testigo de procesos nacionalistas en el continente americano que permiten hacer una especie de cronología de las características retóricas de los nacionalismos, tomado en consideración que, como todo proceso de construcción social de la realidad, experimenta tensiones y confrontaciones.

En una primera etapa, todo nacionalismo apela a la idea de seguridad que se refiere casi exclusivamente, a la necesidad de defender el suelo patrio. En una siguiente etapa, el nacionalismo estará vinculado a la idea de construc-

ción de instituciones, esto es, al nacimiento de un Estado nacional eficiente. En este caso, es inevitable que el nacionalismo adquiriera los matices ideológicos y culturales de las élites gobernantes.

Los Estados nacionales enfrentarán, en etapas posteriores, luchas internas, golpes de Estado, guerras civiles, invasiones, asonadas militares y un sinnúmero de eventos conflictivos en lo que podría denominarse el proceso de consolidación del poder. En este proceso se incluirán nuevas retóricas nacionalistas que, por ejemplo, traten de incluir a los excluidos (los indígenas o los esclavos), revaloren el pasado pre colonialista, exalten los valores criollos o mestizos y, de manera general, difundan la idea de que la Nación siempre estuvo ahí y ahora era descubierta por sus ciudadanos y gobernantes.

En el proceso de la construcción de los nacionalismos en América se puede apreciar un camino conjunto con el proceso de construcción del Estado. Cuando éste se consolida en el siglo xx (aunque Estados Unidos se había consolidado ya en el siglo xix), los nacionalismos entran en una nueva etapa obligados por las circunstancias internacionales. Había que tomar partido por las guerras en Europa y, tras el final de la Segunda Guerra Mundial, había que tomar partido en la bipolaridad de la Guerra Fría. Esto desató una nueva era de confrontaciones internas acompañadas de revoluciones (Cuba, Nicaragua), guerras civiles (El Salvador, Guatemala); dictaduras militares (Argentina, Brasil Chile, Uruguay) debilitamiento de las instituciones estatales (Colombia, Perú). Todas estas confrontaciones, enmarcadas por la lucha ideológica entre capitalismo y comunismo.

Resumiendo todavía más este proceso, cuando los Estados nacionales surgen, el nacionalismo es fundamentalmente territorial y defensivo; cuando los Estados nacionales se consolida, el nacionalismo adquiere matices culturales y civilizatorios y emprende una oleada de construcción de identidades especialmente para los ciudadanos “modernizados”, es decir, urbanos, educados y que formaban parte de las fuerzas productivas del país, lo que al mismo tiempo significa la eliminación violenta de la diversidad en la narrativa dominante, teniendo consecuencias desastrosas en términos humanos. Este segundo proceso da una nueva definición a lo nacional: por ejemplo, en México, la nación apela al rescate del pasado prehispánico, mientras que en Argentina se apela a la herencia europea y en Brasil se rescatan las aportaciones de las comunidades africanas que habían llegado con la esclavitud. Este proceso, a lo largo del siglo xx, estuvo también enmarcado por una definición forzosa que debía darse en el terreno económico y político debido a la Guerra Fría.

Estas características del nacionalismo clásico aquí sintetizadas, enfrentan un nuevo horizonte cuando prácticamente todo el mundo queda fraccionado en Estados Nacionales aparentemente estables e indivisibles a finales de los noventa en el siglo xx (incluyendo la oleada independentista tras el desmembramiento de la Unión Soviética y Yugoslavia), justo con el fin de la bipolaridad y el aparente reacomodo del poder unipolar y con matices multilaterales. Ese nuevo horizonte plantea retos para los discursos nacionalistas en sociedades casi totalmente urbanizadas, con amplios sectores de la población intercomunicados globalmente, con clases medias en ascenso o en descenso, con severas crisis institucionales tanto en las capacidades como en la legitimidad de los Estados, de los gobiernos, de los partidos políticos o de las élites gobernantes, con severas crisis económicas y el recrudecimiento de sentimientos xenófobos.

El resumen histórico del surgimiento de los estados nacionales y de sus discursos nacionalistas comienza con la determinación de poderes centrales, gobiernos de amplios alcances territoriales y la determinación de fronteras en Europa a partir del siglo xv. El incipiente sistema internacional contaría a principios del siglo xix con “las seis «grandes potencias» europeas (Gran Bretaña, Francia, Rusia, Austria-Hungría, Prusia —desde 1871 extendida a Alemania— y, después de la unificación, Italia), Estados Unidos y Japón” (Hobsbawm, 1994, p. 39). España, Portugal y Holanda también formarían parte del concierto de naciones con alcances globales, pero con un poderío imperial en franca decadencia. Las independencias de las naciones latinoamericanas generaron un nuevo conjunto de estados nacionales que imaginaron, diseñaron y edificaron contenidos discursivos nacionalistas en la búsqueda de consolidar su existencia misma como países independientes. Una tercera oleada de nuevas naciones independientes ocurriría tras el final de la Segunda Guerra Mundial y el desmantelamiento del colonialismo británico en Asia y del europeo en África y de la presencia política y militar europea en el Medio Oriente a partir del colapso del Imperio Otomano tras el final de la Primera Guerra Mundial. Este breve repaso histórico pone en evidencia, como no podía ser de otra forma, que el sistema internacional no es estático y que con el surgimiento de nuevos estados nacionales irrumpen en el escenario ideológico y simbólico nuevos contenidos nacionalistas.

La oleada más reciente de nuevos estados nacionales y nuevos nacionalismos se da con la caída de la Unión Soviética y la fractura de Yugoslavia durante los años noventa del siglo xx. Tan solo de la caída de la Unión Soviética

surgieron 15 nuevos países y de la ex-Yugoslavia otras seis naciones y en espera de que Kosovo logre adquirir ese estatus. Junto a la división de Chequia y Eslovaquia en Europa y sus alrededores aparecieron 23 nuevos países y todos con sus respectivas retóricas nacionalistas e identitarias. Al mismo tiempo, las naciones ya consolidadas experimentaban transformaciones en sus retóricas nacionalistas que se ajustaban a los cambios económicos, políticos e internacionales que experimentaba el planeta. Por ejemplo, en América latina se transitó de modelos económicos estatizados y nacionalistas hacia modelos neoliberales que impactaron en los contenidos nacionalistas de cada proyecto. Sudáfrica transitó de ser una nación segregacionista a una multicultural que reconoció política y democráticamente a las mayorías antes silenciadas y que se transformó en un país con aspiraciones de liderazgo regional e internacional. La India ha ido reorientando su posición internacional hasta convertirse en una potencia global con tecnología nuclear de punta. El nuevo nacionalismo chino es global, alejándose así de su aislacionismo histórico. El Reino Unido de Gran Bretaña, tradicionalmente escéptica y distante de Europa, aceptó formar parte de la Unión Europea en 1973 para luego convocar a un referéndum en 2016 y separarse de la unión. Estos ejemplos tienen un impacto muy profundo en las retóricas de los nacionalismos contemporáneos: en América Latina el nacionalismo se vio obligado a incorporar la lógica económica neoliberal, en Sudáfrica el nacionalismo pasó de tener raíces europeas a retomar el multiculturalismo y el mestizaje, en India y China sus nacionalismos adquirieron retóricas internacionalistas y en Gran Bretaña se pasó de un nacionalismo cosmopolita para formar parte de la Unión Europea a un nacionalismo aislacionista tras el referéndum del Brexit.

Y todo este contexto histórico y dinámico enfrenta en la actualidad una recomposición del poder de los estados nacionales, de sus alcances globales y de los contenidos nacionalistas. La hegemonía europea a escala planetaria colapsó en 1918 y se desangró hasta 1945. El “nuevo orden mundial” consistió en la creación de instituciones multilaterales cuya quintaesencia es la Organización de Naciones Unidas, de alianzas militares como la Organización de Tratado del Atlántico Norte y el pacto de Varsovia y de programas económicos como los emanados de Bretton Woods. El “nuevo orden mundial” también confrontó a las dos mayores potencias militares de la historia en una Guerra Fría de escala planetaria y que terminaría con la caída de la Unión Soviética y la soledad de Estados Unidos como potencia global a principios del siglo XXI. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 pusieron en duda el

poderío estadounidense y su respuesta en Medio Oriente ha generado un caos político, económico, militar, migratorio y poblacional que ha pulverizado las estructuras de poder y orden institucional en Irak y Siria. La crisis económica de 2008 acentuó las contradicciones del capitalismo y ha arremetido incluso en contra de la confianza en el modelo democrático en occidente lo que ha provocado la aparición de movimientos nacionalistas, racistas, xenófobos y fascistas. Finalmente, la pandemia global del SARS-Covid-19 implicó un reto para las instituciones multilaterales y para los estados nacionales que ilustra la gran transformación planetaria que implica el paulatino derrumbe de los arreglos económicos, políticos y militares alcanzados en 1945 y cuya vigencia empieza a desvanecerse. Este gran contexto histórico de casi ochenta años con repercusiones contemporáneas es el que engloba los cinco estudios sobre el nacionalismo de este libro.

A diferencia de lo que plantean las perspectivas teóricas cosmopolitas o globalistas (Steger, 2004; James, 2006; Ambrose & Brinkley, 2010; Gallarotti, 2010; Beardsworth, 2011) el nacionalismo sigue siendo un elemento discursivo fundamental que explica el comportamiento de los Estados nacionales en el siglo XXI. Si durante los siglos XIX y XX tanto el Estado como las naciones estaban surgiendo, ahora parece que enfrentan el reto de su redefinición. Las características de los nacionalismos contemporáneos se describen a continuación.

Formas de nacionalismos contemporáneos

En la primera década y media del siglo XXI podemos apreciar diferentes tipos de nacionalismos cuyos matices comienzan a delinear nuevas formas de identidad colectiva. Se pueden encontrar nacionalismos clásicos con retóricas ideológicas-fundamentalistas, otros con reivindicaciones nacionalistas decimonónicas y, otros de corte clásico, unos más aspiracionistas, y otros más de corte postmoderno. A continuación se describen cada uno de ellos.

a) **Nacionalismos clásicos con retóricas ideológicas-fundamentalistas.** Este tipo de nacionalismo se expresa ante la recomposición del sistema internacional tras el final de la Guerra Fría. Pero no es el nacionalismo de los procesos secesionistas en la antigua URSS y la ex Yugoslavia, es el también denominado *hipernacionalismo* de las potencias globales o regionales, fundamentalmente Estados Unidos y Rusia y, en menor medida, el nacionalismo

sudcoreano, iraní, chino e israelí. Su característica primordial es el llamado a la fidelidad nacional en momentos de crisis o de conflicto. Y este llamado intensifica las diferencias con el otro o con los otros. La alteridad es construida como el mal fundamental contra el que se debe luchar. Es una especie de llamado a la batalla que ningún ciudadano del Estado nacional en cuestión se atrevería a poner en duda. Esa fue la retórica de la guerra contra el terrorismo emprendida por Estados Unidos o la batalla contemporánea que se ha librado en contra de la migración, su manifestación en el caso ruso contra los separatistas chechenos o con las múltiples acciones bélicas del estado israelí en contra de Palestina. La sola idea de un “eje del mal” supone la clasificación entre aliados y enemigos y el Estado nacional que califica dicho eje del mal exige de sus connacionales, al menos, un silencio casi cómplice ante las acciones justificadas o no de sus gobiernos, así como la aceptación al interior del Estado de una narrativa homogeneizante que se cristaliza con los cercos identitarios institucionalmente reproducidos a través de los mecanismos de la ciudadanía y sus múltiples exclusiones.

b) **Nacionalismo con reivindicaciones decimonónicas.** En este caso se encuentran dos subdivisiones: 1) el nacionalismo antiimperialista y; 2) el nacionalismo en busca de Estado.

1. El nacionalismo antiimperialista recoge la retórica decimonónica de las amenazas externas del mundo desarrollado y de determinados países que buscan en su poder someter a las naciones de la periferia. Esta retórica ha sido usada recientemente en América Latina, fundamentalmente en el cinturón antineoliberal o progresista que va de Cuba y Argentina, hasta Venezuela y Bolivia. El discurso apela a la unidad nacional y el amor al suelo patrio ante las amenazas y agresiones externas como la intromisión estadounidense en Venezuela o el bloqueo contra Cuba o ante el renacimiento de la disputa por las islas Malvinas entre Argentina y Gran Bretaña. 2. El nacionalismo en busca de Estado se refiere a la lucha de colectividades que reivindican su derecho a la autodeterminación como en los casos de Escocia, Kosovo, Catalunya y el País Vasco en Europa, el Kurdistán, aunque con tensiones en su interior que disputan la categoría nación, en el cercano oriente, Osetia del Sur en Asia central y Palestina en la península arábiga, sólo por mencionar algunos. La característica principal de este tipo de nacionalismo es que pareciera que las reivindicaciones deben ser codificadas en lenguajes modernos y “civilizados” que apelen a procesos de consulta democráticos como referéndums. El uso de la violencia, de la guerrilla o del terrorismo

cancelaría posibilidades de éxito y así se planeta, al menos, desde la perspectiva de las reivindicaciones nacionalistas ciudadanas de Europa.

c) **Nacionalismo clásico.** Prácticamente las formas del nacionalismo clásico son seguidas en todos los países del orbe. Se refiere a sentimientos de unidad ante eventos deportivos internacionales, a la educación cívica y nacionalista de valores patrios, a la exaltación de la nación mediante la novela, el cine o el arte en general. Conviven aquí los modelos tradicionales educativos con la difusión del nacionalismo banal también conocido como patrioterismo o chauvinismo. El elemento central de este tipo de nacionalismo es la condición de ciudadano. El miembro de un Estado nacional debe ser, a la vez, un ciudadano con la posibilidad de ejercer derechos y de verse obligado a cumplir con determinadas responsabilidades. Hay derechos elementales como el tener un nombre, la identidad ciudadana (cédula de identidad, pasaporte, número de seguridad social), la educación, el libre tránsito y otros que no son precisamente universales e incluyentes en todas las naciones. Hay obligaciones como el pago de impuestos que también aportan una cuota de identidad nacional determinada.

d) **Nacionalismo aspiracionistas.** En este caso se incluyen los discursos nacionalistas que le imprimen una visión de futuro promisorio a determinados países. Por ejemplo, las naciones que componen lo que hoy se conoce como los BRICS, (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) difunden a sus ciudadanos y ante el mundo contenidos discursivos que los hace ver y verse ellos mismos, como Estados nacionales progresistas, con potencial de crecimiento económico y desarrollo social y con claras aspiraciones de poder global. En determinados momentos, el discurso apela a recrear historias de pasado colonial esclavista que una vez superado le otorga al Estado nacional un potencial cosmopolita y multicultural, como ocurre con Brasil, Sudáfrica e India. En el caso ruso, se reivindica el esplendor de su poderío imperial regional hasta el siglo XIX y la reconstrucción de su poderío de alcance global como durante los años de la Unión Soviética. En el caso chino, se expresa como el momento culminante de la civilización sínica y de difusión mundial. En el cuarto apartado se presenta un análisis más extendido a partir de un estudio de caso de las formas retóricas del nacionalismo aspiracionista en el siglo XXI.

e) **Nacionalismos postmodernos.** De la misma forma que los nacionalismos clásicos, los nacionalismos postmodernos están relativamente extendidos y presentan también una característica particular en lo que se refiere a

la construcción de ciudadanía. En primer lugar, el servicio militar se vuelve opcional y eso no demerita el sentido nacionalista de quien decide no hacerlo y, por ende, de quien renunciaría a pelear por su Estado nacional. En segundo lugar, la libertad de tránsito entre dos o más Estados nacionales también otorga una definición legal de ciudadanía extendida como ocurre entre los miembros de la Unión Europea, entre Estados Unidos y sus fronteras con Canadá y México o entre los miembros del Mercosur y sus Estados nacionales vecinos. En algunos casos el pasaporte es la cédula de identidad regional y en otros la cédula de identidad nacional exige la obligación de cargar con un pasaporte. Pero la característica más llamativa de los nacionalismos post-modernos es que los Estados nacionales están aprendiendo a vivir con ciudadanos que pueden llegar a tener hasta tres pasaportes de naciones diferentes. Por ejemplo, un argentino de nacimiento tiene el pasaporte de su país, y si vive en México lo puede adquirir por residencia permanente y si tiene antepasados italianos también puede solicitar el pasaporte de ese país por su origen. Ese ciudadano es, en realidad, ciudadano de toda la Unión Europea, a la vez que del Mercosur y de la región de Norteamérica. Es un ciudadano que abraza los derechos y obligaciones del país en donde reside, pero que no renuncia a los derechos y obligaciones de sus otros países. El requisito de la fidelidad está prácticamente cancelado en este tipo de casos y la identidad nacional también se vuelve más difusa.

Conclusiones

Como se ha indicado en este trabajo, durante el siglo XXI la noción de nacionalismo ha sufrido cambios importantes; sin embargo, el concepto y sus implicaciones en las esferas políticas, sociales y económicas siguen siendo clave en las dinámicas practicadas por las naciones y los ciudadanos que las habitan.

Cabe agregar que las nuevas tecnologías de la información que cada vez se desarrollan con mayor velocidad, han facilitado los procesos de integración global y, por ello, se ha dado pie a teorías que sostienen el levantamiento de una “aldea global” en la que las naciones resultan obsoletas. Esta idea ha sido respaldada, o al menos analizada, por numerosos autores (Chandler, 2004; Barnett y Duval, 2005; Ianni, 1994; por ejemplo) y no parece descabellado comprender su postura. En realidad, las relaciones entre los líderes de las naciones, los mercados financieros, las grandes corporaciones y otros grupos

institucionalizados se encuentran cada vez más interconectadas, rompiendo las fronteras nacionales, así como también los ciudadanos del mundo que mantienen interacciones profundas y de fácil acceso, haciendo un hecho la densidad de la red mundial que se desarrolla minuto a minuto de manera rápida e imparable.

Sin embargo, este proceso no demuestra que la nación y los nacionalismos sean obsoletos, al menos no por ahora. Incluso, habría que arriesgarse demasiado para establecer siquiera una fecha aproximada para el surgimiento de una entidad completamente global. Otros autores (Mearsheimer; 2011; Walt, 2011;) han insistido en que el nacionalismo sigue siendo la fuerza con mayor capacidad movilizadora en el mundo, incluso por encima de religiones o ideologías, y las convulsiones nacionalistas tras la primera década del siglo XXI parecen corroborarlo. Quizá, como Hardt y Negri (2000) expresan en su ya clásico Imperio, la soberanía de los Estados nacionales ha sido desplazada; sin embargo, su forma objetiva continúa manifestándose en múltiples expresiones.

Por lo tanto, si no vivimos en una era regida completamente por un orden global, pero tampoco somos parte de las dinámicas en las que surgieron los nacionalismos clásicos que se hicieron populares en la modernidad ni en la configuración de estos ocurrida durante el siglo XX ¿cuál es la forma que adopta esta reconfiguración del nacionalismo?

Definitivamente, el patrón de acumulación de capital contemporáneo se vuelve uno de los temas más importantes en esta nueva forma de nacionalismo. La globalización es un proceso que lanza a las economías domésticas a una diversificación de carácter internacional, cuyas instituciones rectoras son controladas por un grupo selecto de Estados con capacidades hegemónicas. De ahí que la cultura (lenguaje, costumbres, expresiones artísticas) de estos países dominantes se propague con mucha mayor rapidez y volumen que las de cualquier otro Estado en el sistema internacional. Sin embargo, Aldo Ferrer (citado en Jaguaribe, 2008) expresa que la contribución efectiva de la inversión extranjera internacionalmente es cercana al 5%, lo que significa que las naciones aún son dependientes del capital nacional para su crecimiento, de ahí que muchos Estados apelen a la entidad nacional y difundan nacionalismos profundos en su población. El debate del capital nacional y su tensión con el capital internacional, definitivamente circula las formas contemporáneas del nacionalismo, aunque es necesario no perder de vista que esta división representa solo una forma, es decir una apariencia, de los

procesos de reproducción del capital que instrumentaliza la que fragmentación del planeta.

No cabe duda de la existencia de expresiones claras que mantienen a la nación y al nacionalismo vigente, o al menos así lo demuestran muchos movimientos alrededor del mundo (el movimiento vasco, palestino, catalán, tibetano, puertorriqueño, por mencionar algunos) que sostienen incansables luchas para definirse como naciones independientes, siempre bajo el principio rector de que la identidad consolidada a través de la separación de un Estado al que no pertenecen culturalmente, les ofrecerá mayor desarrollo y estabilidad. Este tipo de reivindicaciones nacionalistas también pudieran caber en la categoría de nacionalismos aspiracionistas, ya que se tratan de reclamos identitarios en busca de Estado.

El nacionalismo en el siglo XXI responde a características globales, cosmopolitas por llamarle de alguna manera, cambiando sustancialmente las dinámicas sobre las que se desenvolvía en siglos pasados. No parecen los discursos nacionalistas contemporáneos revivir la idea de autarquía que sí fue vigente en los dos últimos siglos. Sigue siendo el Estado Nación la institución por la que es posible crecer y organizarse de manera efectiva, aunque seguramente ahora, mucho más que en el pasado, se preocupa porque la mayor parte de sus decisiones obedezcan a principios que no solamente se desarrollen en el nivel doméstico, sino que permanezca en sintonía constante con la tendencia mundial para así poder proyectarse a espacios en los que encuentre, con mayor seguridad, posibilidades de liderazgo, crecimiento, desarrollo y, en el último de los casos, subsistencia.

II

Nacionalismo y cosmopolitismo

En el derecho a la autodeterminación de los pueblos

ESTE SEGUNDO ESTUDIO analiza la versión dominante del nacionalismo cosmopolita como condición de la comunidad internacional para legitimar el derecho a la autodeterminación de los pueblos, y posicionar un discurso dominante sobre las reivindicaciones nacionalistas en el mundo contemporáneo. En este sentido, la pregunta que guía el capítulo es la siguiente: ¿cómo se legitiman discursivamente el nacionalismo y el derecho a la autodeterminación de los pueblos, y sus reivindicaciones nacionalistas, en un contexto internacional que parece dominado por las nociones de globalización y cosmopolitismo liberal? El argumento del capítulo es que, en el siglo XXI, todo movimiento de reivindicación nacionalista y soberanista intenta legitimarse dentro de los márgenes del cosmopolitismo para evitar, al menos, la oposición inmediata de la comunidad internacional. Esto no significa que el derecho a la autodeterminación se conquiste fácilmente por vías cosmopolitas, pero requiere justificarse bajo el marco humano-céntrico del liberalismo, las consultas populares o los referéndums. Hay, por lo tanto, en discurso sobre el nacionalismo y la autodeterminación de los pueblos determinado por las élites internacionales, es decir, por las naciones poderosas que determinan qué reivindicaciones de autodeterminación son deseables y cuáles no. Ese discurso dominante, como se podrá ver en el estudio, concibe al neoliberalismo y al capitalismo global como puntos de partida que cualquier movimiento de autodeterminación debe respetar y nunca amenazar. El estudio está dividido en tres apartados. El primero y el segundo ilustran los planteamientos teóricos contemporáneos que enmarca la comprensión de los fenómenos del nacionalismo y el derecho a la autodeterminación de los pueblos en el siglo XXI. El tercero reflexiona, mediante algunos ejemplos soberanistas contemporáneos, aquellos escenarios que se alejarían del ideal cosmopolita y aquellos que lo persiguen. Finalmente, se aportan algunas conclusiones generales que sugieren la existencia de un debate vigente en el sistema internacional.

Nacionalismo, cosmopolitismo y el derecho a la autodeterminación de los pueblos en la teoría

El sistema internacional contemporáneo está compuesto de 193 países reconocidos por la Organización de las Naciones Unidas. En todos los casos, hay una constante: la existencia de un Estado nacional que se asume como la legítima entidad organizadora de la vida económica, política y cultural de sus ciudadanos, que se considera garante de la seguridad de sus fronteras y la gestora de la política internacional. Por lo tanto, independientemente de las dimensiones, de la población, de la ubicación geográfica, del origen histórico y del modelo político o económico, el sistema internacional contemporáneo se compone de Estados nacionales.³

Este planteamiento resulta obvio y parecería innecesario repetirlo. Sin embargo, el sistema internacional compuesto por Estados nacionales no es estático: por el contrario, muchas colectividades humanas contemporáneas apelan al derecho a la autodeterminación de los pueblos para consolidar sus propios Estados nacionales. Se trata de un fenómeno que adquiere nuevos matices porque la comunidad internacional exige nuevos argumentos tanto para los contenidos discursivos nacionalistas como para justificar el derecho a la autodeterminación de los pueblos.

La perspectiva teórica que mejor explica las transformaciones de las retóricas nacionalistas y del concepto de autodeterminación es la sociología histórica de las relaciones internacionales. La sociología histórica es una sub-disciplina de la sociología. Su enfoque es de largo plazo y se aboca a estudiar las constantes y las variables de los procesos con una mirada de amplio horizonte, por lo cual sólo se detiene a explicar problemas coyunturales en la medida que le permitan ilustrar los fenómenos históricos y sociales de forma macroscópica.

Para la sociología histórica, lo que denominamos relaciones internacionales es parte de un proceso global que comenzó con la conformación de los Estados modernos en Europa y su paulatina expansión mundial (Elias, 1994;

³ En realidad, no es que demos por sentada la fragmentación de las relaciones internacionales y del mismo sistema internacional en Estados nacionales. Reconocemos los debates alrededor de la derivación del Estado que nos hace cuestionar el núcleo de esta afirmación (Véase Bonnet y Piva, 2017). Lo cierto es que, en términos concretos, el mundo se fragmenta en aparatos burocráticos administrativos fundamentalmente articulados en Estados nacionales, por lo que es necesario considerarlos en cualquier análisis contemporáneo.

Wallerstein, 1999; Giddens, 2006). Los Estados modernos representan una forma de organización del poder que aspira a la consolidación de la racionalidad institucional y, por ende, a formas políticas y sociales diferentes de las tradicionales, basadas en el carisma, el patrimonialismo, el patriarcado o la fuerza. El Estado moderno es, para la sociología histórica, un proceso y una aspiración, no exentos de conflictos y contradicciones. Por lo tanto, como señalamos en el primer estudio de este libro, el objeto de estudio de la sociología histórica es “analizar las relaciones entre el microacontecimientos y el conjunto, la estructura o el sistema” (Aron, 1966 p. 325). Esto es, el proceso de construcción de Estados modernos al interior de las sociedades y el proceso de construcción de un sistema mundial en el que los actores privilegiados son los Estados nacionales.

Por otra parte, la teoría crítica también nos ayuda a comprender la forma en que el Estado Nacional se despliega en el movimiento de la modernidad. Particularmente en *Dialéctica de la Ilustración*, Adorno y Horkheimer (1987) nos ayudan a comprender la forma en la que la La Ilustración, en su intento de disipar las sombras del mundo del mito, vino a generar un nuevo mito racionalizado. El Estado Nacional, en este sentido, vendría a ocupar en esa narrativa el papel del hijo secularizado del Estado Absolutista, que de igual manera construirá un entramado de símbolos y rituales que desplazarán aquellos formados durante el periodo previo a la modernidad.

Los Estados modernos no sólo reflejan la institucionalización de la gestión económica o los equilibrios de poder entre los actores sometidos a la organización de la vida dentro de fronteras físicas definidas pacífica o violentamente. Los Estados modernos, como ha quedado claramente explicado por varios autores (Hobsbawm, 1990; Anderson, 1998; Touraine, 2000; Smith, 2010), también construyeron a lo largo de su historia elementos de identidad nacional que les permitiera simple y sencillamente sobrevivir y ser viables.

El concepto de Estado nacional implica la idea de una entidad gestora y administrativa que regula las relaciones de poder dentro de las sociedades construyendo procesos institucionales de recambio generacional. Esto es el Estado. A su vez, construye y disemina significados compartidos entre los miembros de dicha sociedad partiendo de la noción de identidad que apela a hechos históricos o heroicos, que resalta valores morales, culturales o religiosos compartidos y que, por definición, distingue a su colectividad de las otras. Esto es la nación (Stavenhagen, 2000, p. 373). A partir del pacto de la posguerra y desde 1945, las potencias occidentales han impulsado la noción

de que los Estados nacionales sean gestores desde el marco liberal-neoliberal del espectro político y promotores del libre mercado.

La sociología histórica narra ese proceso de quinientos años, pero se centra en los fenómenos europeos y en lo que se ha denominado el proceso civilizatorio. El surgimiento de los Estados nacionales en occidente estuvo acompañado, como no podía ser de otra forma, por la tensión y la confrontación de grupos humanos que trataron de imponer una idea de nación y los otros grupos que la resistían. Fue la centralización del poder la que le otorgó cierto grado de éxito a las élites que consolidaron los Estados nacionales modernos; fue también la centralización de la gestión y la simplificación de los trámites burocráticos y administrativos, la organización de los ejércitos, la acumulación de capital y su impacto social que tarde o temprano se cristalizaría en otro concepto fundamental de la modernidad: la ciudadanía.⁴

El resto del mundo aprendió, asimiló y adaptó, sin tener otra opción, las formas de organización europea diseminadas por vías fundamentalmente violentas. Al final de la era del poderío colonial e imperial de Europa, los grupos humanos comenzaron a definir fronteras y a construir sus propios Estados nacionales. Esto implicó varios problemas:

Los nuevos Estados eran pobres, ineficientes e incapaces de administrar correctamente la riqueza, el territorio y sus poblaciones. A la vez, potencias externas y diferentes grupos en conflicto pelearon por acceder al poder estatal generando inestabilidad interna.

Dicha inestabilidad hizo que muchos de los estados jóvenes se enfrentaran a sus vecinos, perdiendo territorio o se vieran expuestos a las naciones europeas o potencias nacientes como Estados Unidos en el continente americano, cayendo bajo su control a través de mecanismos diversos como las deudas, la inversión o la invasión militar.

Al mismo tiempo de construir un Estado eficiente, la nueva nación tenía también que construir una identidad propia y eso traería consigo la adopción de criterios y valores culturales determinados en detrimento de otros criterios y valores culturales. Esta tensión, por ejemplo, en América, reflejaría la imposición de un modelo nacional basado en la experiencia criolla citadina en

⁴ A este proceso se le puede sumar también una perspectiva disciplinaria. La comunidad imaginada en su forma de Estado nacional, la más desarrollada hasta el momento de esta forma política, desplazó las sensibilidades que se generaban al interior de las comunidades concretas. Este proceso, en su versión más vertical, necesitó del disciplinar los cuerpos y mentes de los sujetos, generando la relación de docilidad-utilidad que Michel Foucault (2009) denomina disciplinas.

contra posición a los modos de vida rurales e indígenas. En algunos casos se trataría de exterminar a las poblaciones originarias y en otros se les trataría de asimilar. El resultado final nunca sería el imaginado en sus inicios.

Pero el problema más profundo fue la construcción de una narrativa histórica que copiaba, sin ningún pudor, la narrativa occidental. Es decir, se dio una apropiación del discurso civilizatorio occidental en aquellos grupos dominantes que decidieron, difundieron e impusieron los matices y ejes de una identidad nacional implicando que ésta sería moderna, emancipadora, libertaria y ciudadana.

Fundamentalmente, los nuevos Estados nacionales que surgirían desde las independencias latinoamericanas en el siglo XIX y hasta la última oleada independentistas en África en los años setenta del siglo XX y en Europa oriental y el centro de Asia en los años noventa del mismo siglo, insistirían en copiar el modelo occidental. La única forma legítima de ser un Estado Nacional era bajo el esquema clásico de los Estados Nacionales europeos. De esta manera, el mundo sería testigo de los discursos clásicos del nacionalismo que iba de la mano con la noción de soberanía en la que el derecho a la autodeterminación debía ganarse por la vía violenta o de la confrontación. Esto se debía a que el orden internacional estaba bajo el control de unas cuantas potencias que trataban de mantener el privilegio de decidir qué naciones debían ser independientes y cuáles no. De igual forma, los Estados Nacionales vecinos de cualquier otro Estado que apelara a la autodeterminación podrían tratar de impedir su surgimiento.

Pero las naciones, al interior, fueron transformando también sus propias ideas sobre la legitimidad del Estado respecto a las libertades de los ciudadanos. Si las naciones tienen el derecho a existir, los ciudadanos también con los derechos y atributos que les corresponderían por el sólo hecho de su naturaleza humana. En este terreno entra en juego la idea de cosmopolitismo, cuyo contenido filosófico se sostiene en el argumento de que un mundo conformado por Estados-nacionales justos y legales, propiciarían el escenario ideal para que los ciudadanos de un país gozaran de los mismos derechos en cualquier parte del globo y, por ende, todo el mundo se convertiría en hogar de cualquier ciudadano (Appiah, 2007; Held, 2010). Por supuesto, el cosmopolitismo vendría a ser una transformación más, desde el punto de vista de los supuestos filosóficos occidentales, que explicaría y justificaría las modificaciones a cualquier reivindicación nacionalista y cosmopolita contemporáneas, como se verá a continuación.⁵

⁵ Hasta el momento, la idea que se había discutido con mayor énfasis desde la década

Las transformaciones conceptuales del nacionalismo y del derecho a la autodeterminación

En el ámbito de las argumentaciones académicas, se parte de que los conceptos de nacionalismo y autodeterminación han sufrido considerables cambios teóricos por las razones que a continuación se detallan:

1) Desarrollos en la teoría política liberal han cuestionado el uso y la validez de invocar conceptos políticos que implican intereses irreduciblemente colectivos. Desde el común “interés público”, pasando por “intereses de la comunidad” hasta el concepto que nos concierne aquí de “autodeterminación popular”. Uno ya no puede fácilmente sostener, cuando hace referencia a una sociedad, que ésta constituya algo más grande o mayor que la suma de sus partes. Desde una visión humano-céntrica o cosmopolita, los intereses de tales entidades deben confinarse a “los intereses de las personas y nada más” (Dahl, 1989, p. 72-73). En la misma línea de argumentación, John Rawls propone concebir a una sociedad como un “sistema equitativo de cooperación” no como una comunidad, ni tampoco como una asociación. Como sistema equitativo de cooperación la sociedad no tiene ‘ni fines ni propósitos últimos’ los individuos ingresan a esa sociedad por nacimiento y salen al morir, no tienen identidad previa cuando ingresan y, consecuentemente, no heredan obligaciones a sus descendientes (Rawls, 1993, p. 40-43). Críticos de esta perspectiva destacan que esto reduce a la sociedad a ser una colección fortuita y fluctuante de individuos, sin un carácter definido y sin un destino compartido (Parekh, 1993, p. 236-251). La operación teórica clave de esta perspectiva de la sociedad implica una inversión radical de los términos de evaluación de proyectos colectivos. Los objetivos de éstos deben ser aquellos que resulten ventajosos para los individuos, y las ventajas que ofrece una sociedad son estrictamente aquellas que los individuos sean capaces de percibir y no aquellas que sean destacadas por historiadores, ideólogos u hombres de estado. Lo que justifica a una sociedad son las ventajas tangibles y concretas

de los años noventa, había sido la de la globalización neoliberal, cuyo modelo también sustentaba un mundo que conformaría una gran aldea. En realidad, esta narrativa de la globalización se ha encontrado con múltiples desafíos y la crisis misma de su propuesta, que se expresó no solamente desde la izquierda progresista en América Latina sino también en Occidente con el redimensionamiento de la ultraderecha. Debemos de considerar como un debate aparte los puntos en los que el discurso de la globalización se enfrenta con los del cosmopolitismo; por el momento, la distinción radica en entender a la globalización neoliberal más como un proceso cuyo centro gira alrededor de la idea de la liberalización del flujo del capital y su subsecuente proyecto cultural.

que ofrece a sus miembros aquí y ahora y nada más. Este humano-centrismo liberal es evidente en el atractivo que ahora ejerce el concepto de “soberanía individual” en los círculos de la gobernabilidad internacional. Kofi Annan, Secretario General de la ONU entre 1997-2006 invocó este concepto para cuestionar las flagrantes violaciones que se cometen en nombre de la “soberanía” de algún estado. Así, un estado que no puede garantizar la soberanía de los individuos que habitan dentro de sus fronteras es un estado que no ejerce la única soberanía digna de ese nombre. El todo (soberanía nacional) debe ser equivalente a la suma de sus partes (soberanía individual), es decir a la suma de “los derechos humanos y libertades fundamentales de todos y cada uno de sus ciudadanos” (Danspeckgruber, 2002, p. 2).

2) De esta forma, se le ha cerrado el paso a las aspiraciones de soberanía que no partan del único objetivo que se considera ahora digno de su ejercicio: la eficaz protección de los derechos humanos. Se trata claramente de un ideal de corte neoliberal. Así también se ha cerrado el paso a los candidatos al ejercicio de la soberanía, que carezcan de una representación con procesos claramente democráticos. No hay ya sujetos colectivos dignos de ser escuchados en el ámbito internacional que no hablen por un *demos* efectivamente organizado y representado desde la retórica neoliberal-occidental. La calidad de la voz de aquél que reclama soberanía se discierne en la meticulosidad y corrección de los procedimientos mediante los cuales capta y articula la voz del pueblo, entendido éste como una colección de grupos sociales diversos. Cualquiera que reclame soberanía al margen de un soporte procedimental habla como sujeto individual o faccional, a título propio, pero no como sujeto enteramente colectivo. El *self* del *self-government* debe ser un *self* robusto, cabalmente articulador de la voluntad de los individuos que integran la nación para que pueda ser tomado en serio por la comunidad internacional. Lo que importa entonces es cómo se construye la expresión de soberanía y no el contenido de la expresión. En estos términos sólo las democracias califican como entidades capaces de proferir expresiones auténticas de soberanía. La implicación básica de este requisito, y sobre el que se abundará más adelante es, que cuando una subcultura o subcomunidad imaginaria busca romper su condición de subordinación de una entidad nacional y constituirse en nación (autodeterminación externa), las instituciones de gobernabilidad internacional le sugerirán fuertemente que se conforme con la aspiración más modesta de autonomía o federalismo democrático (autodeterminación interna). La democracia tiene ahora mayor valor que la independencia y la consideración

fundamental aquí es que la democracia puede hacer más por el bienestar de los individuos que “la pendiente resbalosa hacia la independencia” (Danspeckgruber, 2002, p. 2). Por lo demás, la comunidad internacional no tiene ningún interés en que se amplíe el número de sujetos auto designados como sujetos colectivos propensos a hacer reclamos de soberanía personales o de facciones. Obviamente, desde esta perspectiva teórica liberal, los sujetos que tienen aún menos cabida son aquellos que se encuentran en la búsqueda de la autonomía desde una forma prefigurativa de construir la política (Brissette, 2016). Al respecto, pueden revisarse los casos de los zapatistas en el sur mexicano y los cosacos en Asia central como ejemplos, no solamente de una forma distinta de concebir las relaciones sociales, sino de resistir a los universales creados por la narrativa liberal (Grubačić y O’Hearn, 2016).

3) La preocupación liberal-neoliberal por el binomio derechos humanos y democracia ha infligido otro recorte devastador a los conceptos de soberanía y autodeterminación dado que dicha preocupación sustrae del ámbito de gobiernos nacionales un gran número de asuntos que se concebían tradicionalmente como internos. Si lo personal es lo político y lo personal concierne a un derecho humano o a una libertad democrática, entonces lo personal es globalmente político. Derechos humanos y democracia se conciben ahora como puntos centrales de una agenda humana común que es objeto de una política cosmopolita y transnacional, llevada a cabo por organizaciones de una sociedad civil global, que intervendrán políticamente en donde estimen que el avance de esa agenda está siendo indebidamente estorbada. Así pues, los asuntos de derechos humanos y de libertades democráticas en tanto tema de “interés global” dejan de ser potestad exclusiva de las autoridades nacionales. Preocupaciones por el bienestar del género humano prevalecen sobre preocupaciones sobre ámbitos de responsabilidad y de soberanía. Más aún, autoridades nacionales deben rendir cuentas sobre su gestión en esas áreas no sólo a sus ciudadanos sino también a la sociedad civil internacional. Pretender hacerlo así es un requisito crucial para que países establecidos sean tratados como participantes respetables en el sistema político internacional. La baja probabilidad de hacerlo así es lo que descartaría a muchos movimientos secesionistas de recibir reconocimiento internacional y por tanto de recibir la licencia para operar como nación independiente.

Se percibe, en un primer momento, un declive del nacionalismo cívico y un auge del supranacionalismo instrumental que apela a las nociones más

elementales del cosmopolitismo. La idea de pertenecer a una comunidad política relativamente homogénea, integrada por una lengua oficial y sujeta a un marco legal único de aplicación universal e indiscriminada, ha venido perdiendo gradualmente su atractivo, sin dejar de notar que en los últimos años ha existido una especie de redimensionamiento de las posturas más radicales bajo la consigna de un nacionalismo étnico.⁶

Esto en parte por el “expediente negro” del génesis nacionalista: supresión de idiomas o dialectos secundarios o regionales, para facilitar protagonismo del idioma oficial; marginación de historias o memorias colectivas regionales o locales, para favorecer la asimilación de una macrohistoria lineal, sintetizada y fácil de digerir; y desde luego, el ocultamiento de las acciones represivas y la lista de víctimas del estado en su afán de reforzar la identidad nacional cuando ésta no se reconociera de motu propio; en otras palabras, el desplazamiento de la comunidad concreta, definida como la condena a la socialidad de la que habla Echeverría (1998), por la comunidad imaginada de Benedict Anderson. Esto ocurre en parte por la eficacia con la que el nacionalismo cívico concretó la “condición de igualdad ante la ley”. Aquí se argumenta que la igualdad jurídica y política hizo inevitable el reconocimiento de diferencias desde étnicas, religiosas, de género, regional y hasta de preferencia sexual, planteadas por aquellos ciudadanos cuyas características distintivas estaban excluidas de los referentes nacionales. Todo esto, por ejemplo, lleva a satanizar al etnonacionalismo y a promover nuevas visiones de identidad como el “homonacionalismo” que plantean la necesidad de pensar el nacionalismo también desde la inclusión de la diversidad sexual. (Puear, 2013, pp. 336-339).

Una vez que se fueron reconociendo las diferencias antes soslayadas, la categoría de nación se volvió demasiado elusiva; se acepta ahora, por ejemplo, que países como Gran Bretaña y España constituyen estados multinacionales, incluso, se habla de las muchas culturas, identidades y tradiciones que constituyen y enriquecen a la nación. Se rechazan también símbolos y referentes de identidad por su conexión a grupos hegemónicos dentro de una nación. En

⁶ Un supuesto inicial para explorar este tema, es que la narrativa del cosmopolitismo genera en su discurso una tensión clara no solamente al desplazar las posturas del nacionalismo cívico, sino también con las del étnico. En el marco de estas tensiones es que se inscribe la crisis más reciente respecto a este tópico, en donde las bases populares han reaccionado enérgicamente a los discursos del aparato político oficial que enarbolan un retorno a los valores más conservadores del nacionalismo. En este ámbito es que se explica la emergencia de los grupos ultranacionalistas en los Estados Unidos y su interpelación con la administración de Donald Trump.

vista de estos procesos se antoja un tanto obsoleto que alguna entidad colectiva pretenda constituirse en una nación independiente como para repetir los vicios y contrasentidos del nacionalismo cívico. Lo que se cuestiona sobre este asunto particular es si se puede sostener de manera coherente, que una región, quizá Quebec, en realidad tenga una población homogénea, pueda y deba compartir una sola lengua oficial, y que todos sus ciudadanos se sujeten en iguales términos a un solo marco legal. Todo esto, sin reforzar símbolos nacionalistas excluyentes, sin tener que implementar una política educativa que haga obligatorio el uso del idioma oficial, y, finalmente, sin tener que terminar por hacer ajustes al marco legal para acomodar diferencias que sólo se harán patentes hasta el nacimiento de la nueva nación. El problema es que persiste una duda, sólida y documentada de que pueda surgir una nación que no termine siendo opresiva en algún momento y de alguna forma con respecto a sus propias minorías.

Ahora bien, más allá de la mitología de los nacionalismos está la preocupación, estrictamente pragmática, de contar con una forma de asociación que garantice seguridad, viabilidad económica y la defensa efectiva de los derechos individuales y civiles. La alternativa del Estado nación soberano, no parece ser una opción con mucho futuro para garantizar particularmente la seguridad y viabilidad económica. El caso de la Unión Europea parece sugerir que estos objetivos pueden alcanzarse en un marco que permita la asociación entre varios estados.

Todo esto apuntaría a que la alternativa del futuro, desde la práctica hegemónica, no es el nacionalismo sino el supranacionalismo. En este sentido, se sugiere que las ventajas que ofrece una entidad supranacional pueden desincentivar y restar sentido lógico a la secesión y al énfasis en la autodeterminación por parte de entidades colectivas regionales dentro de alguna de las naciones europeas. Por un lado, es evidente, en términos de seguridad, integración económica y libre tránsito de mano de obra, que cualquiera de las naciones europeas puede lograr más dentro del marco supranacional que por su propia cuenta. Esto debe ser evidente para candidatos potenciales a la secesión como Escocia, Euskadi o Cataluña. Por otro lado, no tendría mucho sentido aspirar a la autodeterminación con respecto a un estado para, inmediatamente después, aspirar a la integración dentro de una comunidad más amplia y ceder parte de esa soberanía deseada, a una entidad supranacional como sería el caso de la Unión Europea.⁷

⁷ Quizá esto pueda ser mejor explicado bajo los principios de la *realpolitik*. En realidad, las acciones que los estados ejercen tienen que ver mucho más con la consecución

Sin embargo, el voto mayoritario de los británicos para salir de la Unión Europea reabre este debate. Corroborra, en primer lugar, que el sistema internacional no es estático. Demuestra también que una entidad supranacional como la Unión Europea puede sufrir serias fracturas que pongan en tela de juicio su viabilidad. También, abre la puerta, al menos en el caso, para que cualquier reclamo soberanista encuentre eco siempre y cuando se haga por la vía democrática.

Nacionalismo, cosmopolitismo y el derecho a la autodeterminación de los pueblos en la práctica

Los detractores del derecho a la autodeterminación (Spencer y Wollman, 2002; Dittgen, 2003; Dahbour, 2013; Hilpold, 2017) consideran que la lucha por el reconocimiento de los particularismos pone en riesgo cualquier posibilidad de organización, porque nunca terminarían los reclamos soberanistas. Aquí se habla del barril sin fondo de los particularismos. ¿De qué forma lograrían coincidir individuos, grupos y colectividades más o menos amplias, si todos ellos, en algún momento, apelaran al derecho a la autodeterminación y a la soberanía? En otras palabras, existen posibilidades reales de que las aspiraciones por la autodeterminación nunca concluyan, y que un nuevo estado-nacional contenga o llegue a generar en su interior otras subunidades políticas, culturales y económicas que aspiren, a su vez, a la independencia y a la secesión.

Incluso hay quienes consideran, como Herbert Dittgen (2003, p. 229), que la insistencia violenta por el derecho a la autodeterminación probablemente será la causa de los conflictos en el mundo en los próximos años. Dittgen sostiene esta idea basándose en la experiencia yugoslava, que dio como resultado nuevas fronteras y fundó nuevas naciones, con el propósito de garantizar a las minorías su derecho a la autodeterminación. Precisamente ésta no ha sido una solución satisfactoria al problema, ya que las nuevas fronteras inevitablemente generan otras minorías y, a su vez, nuevos conflictos.

de alguna medida en términos pragmáticos, que con un ordenamiento lógico en cuanto a su congruencia filosófica y política.

Nacionalismo y autodeterminación no cosmopolitas

Retomando la perspectiva macroscópica de la sociología histórica, el Estado nacional moderno tarde o temprano entra en contradicciones y genera conflictos entre los microacontecimientos, el conjunto, la estructura o el sistema. Esto sucedió en el caso negativo emblemático del nacionalismo y la búsqueda de la autodeterminación de los pueblos ocurrido en Yugoslavia. El país, ficticio como cualquier otro, encontró a principios del siglo xx razón para existir, en un contexto de disolución de los viejos imperios europeos en 1918. Tras la Segunda Guerra Mundial, y en el marco de la Guerra Fría, logró mantener su integridad, pero las transformaciones en Europa y el mundo a finales del siglo xx puso en tela de juicio su eficacia y legitimidad.

En el caso de Yugoslavia, primero se separaron, sobre la base de una identidad y una historia particular, Eslovenia y Croacia. Posteriormente, se separaría Bosnia-Herzegovina y, por cuestiones étnicas, se propuso en el plan Carrington-Cuterelio (primavera 1992) que se dividiera en tres regiones. Ese plan fracasó como indica Stavenhagen (2000, p. 371), y después de la Conferencia de Londres (agosto 1992), se consolidó el plan Vance-Owen que nuevamente dividía a Bosnia-Herzegovina en diez cantones, “nueve de los cuales estaban basados en el dominio de uno u otro de los grupos étnicos” (Kaldor, 2001, pp. 82-82). El conflicto continuó hasta que las presiones estadounidenses lograron un alto al fuego en 1994. El resultado fue el Acuerdo de Washington que, nuevamente, dividía el territorio en cantones más pequeños y dominados por una u otra etnia. Hasta que se firmó el acuerdo de Dayton en 1994, la violencia y la limpieza étnica (objetivo de la guerra según Mary Kaldor) crecieron en la medida que el territorio se dividía para satisfacer las pretensiones de autodeterminación de los grupos étnicos esparcidos a lo largo y ancho de la geografía balcánica. Ante tal evidencia, Dittgen (2003, p. 229) sugiere que la integración en un estado-nacional federal, que reconozca su riqueza plural parece ser la mejor solución al problema de las identidades locales y su derecho a la autodeterminación.

Lo que le preocupa a Dittgen y a otros autores es la posibilidad de un serio problema que Spencer y Wollman (2002, p. 143) denominan “regresión infinita”. Si el principio de autodeterminación se toma como un derecho absoluto, nos podría conducir prácticamente a un número infinito de reclamos. Por otro lado, el derecho a la autodeterminación, entendido como un derecho fundamental de cualquier estado-nacional, choca con el mismo principio del

estado-nacional ya formado e instituido, para afrontar y resolver sus propios asuntos. Sobre todo, los relacionados con el principio de soberanía, como también indican Spencer y Wollman (2002, pp. 143-144).

Por lo tanto, la comunidad internacional enfrentaría dos problemas tan graves como difíciles de resolver. Primero, la posibilidad de fragmentar indefinidamente cualquier entidad política que contenga, en su interior, cualquier tipo de reivindicación ya se étnica, histórica, religiosa o económica. Segundo, si un grupo apela a su derecho a la autodeterminación, enfrentaría a un estado-nacional consolidado y que lucharía por su unidad, apelando también al mismo derecho. Esto implicaría poner en riesgo la integridad legal que le otorga poder y soberanía a los estados-nacionales. En este sentido, la denominada “comunidad internacional” vería con preocupación los reclamos de autodeterminación de proyectos nacionalistas con reivindicaciones decimonónicas.

De ninguna forma se desprecian aquí las aspiraciones legítimas que pudieran fundamentar los valores y objetivos de los pueblos. Sin embargo, se plantea que la experiencia reciente arroja ejemplos de violencia secesionista (Yugoslavia) que preocupa a la comunidad internacional, y al mismo tiempo, nos sugiere un barril sin fondo que debilita la idea misma de estado-nacional. Para que surja un estado-nacional nuevo, tendría que dividirse uno ya existente. Por lo tanto, ese nuevo estado-nacional nacería debilitado, ya que su surgimiento implicaría la destrucción jurídica de conceptos fundamentales como la autodeterminación y la soberanía.⁸ El riesgo de “separarse” para ser libre e independiente, conlleva la debilidad de esa libertad e independencia que de poco le sirvieron a un estado-nacional ya existente y que sufrió un proceso de secesión. Surge entonces un tercer problema. Ese nuevo estado-nacional, con la finalidad de fortalecerse jurídicamente y estructurarse de manera homogénea, amedrentaría cualquier tipo de reivindicación de la diferencia y la originalidad. Con el propósito de convertirse en “uno e indivisible”, algún grupo, comunidad o pueblo que luche por su autodeterminación señalará y fustigará y pondrá en peligro a todos aquellos que, dentro de sus fronteras, sean percibidos como extraños, ciudadanos de segunda o ajenos al nuevo proyecto soberano.

Por supuesto, no todo proyecto soberanista garantiza la consolidación del ideal humano-céntrico o cosmopolita. A los ejemplos de experiencias recien-

⁸ En definitiva, no realizamos un juicio de valor sobre este proceso al que podríamos denominar de balcanización, por lo que el análisis presente no muestra una postura política. En cualquiera de los casos, esta fragmentación infinita conforma una amenaza para los estados nacionales como los conocemos, lo que significa al mismo tiempo una amenaza para el orden de dominación actual.

tes poco exitosas, se suman ciertos casos cuya tendencia a la anarquía y la violencia preocupa a la comunidad internacional. Se plantean, por lo tanto, en un ejercicio prospectivo y fundamentado en la historia reciente, cuatro escenarios de desviación en lo que la lucha por la autodeterminación se refiere.

1) *Escenario de secesión con guerra prolongada y violencia terrorista.* En este escenario, la guerra prolongada puede ser entre el estado central y los estados secesionistas. Un caso relevante es el conflicto étnico entre el estado central de Sri Lanka y los rebeldes tamiles del sur del país (Ganguly y Taras, 1998, pp. 184-196). Podemos considerar que este conflicto pasó de la estrategia terrorista y de asesinatos selectivos durante los años setenta, hacia una escalada de la violencia desde 1983 con repercusiones internacionales, ya que la India, país vecino de Sri Lanka, tiene cerca de 80 millones de tamiles en la provincia sureña de Tamil Nadu como lo indican Ganguly y Taras (1998, p. 198-199). Esta dimensión internacional incluye la compra de armamento por parte del gobierno de Sri Lanka con la finalidad de combatir a los tamiles, y amenazaba con desencadenar una guerra de larga duración debido al incremento de las hostilidades.

Las posibilidades de que algunos movimientos secesionistas desemboquen en guerras prolongadas incluyen el caso de Rusia contra Chechenia, contra Georgia, y Osetia, el de Cachemira que involucra a dos estados con armamento nuclear como India y Pakistán (Allison, 2001, p. 253) y el del Congo (Ganguly y Taras, 1998, p. 227). En este escenario se deben incluir también las posibilidades de que grupos terroristas mantengan acciones violentas contra la metrópolis como ocurre con el caso del Partido de los Trabajadores de Kurdistán en abierta lucha por la autodeterminación en contra del gobierno turco. Como se verá más adelante, para las reivindicaciones separatistas europeas como la norirlandesa o la vasca, el terrorismo ya no es fuente de legitimidad.

2) *Escenario de secesión con limpieza étnica.* La historia reciente cuenta con ejemplos dramáticos y contundentes de la lucha por la autodeterminación y la exacerbación étnica, que revive viejas rencillas culturales y desencadena una serie de odios raciales y religiosos capaces de provocar episodios de genocidio o de limpieza étnica. La limpieza étnica tiene por objeto librar áreas geográficas de etnias no autóctonas. La pertenencia o adscripción geográfica de dichas etnias, es puesta en duda por un discurso nacionalista que reclama un territorio dado como heredad exclusiva de una etnia específica. Esta fue la estrategia seguida por la Croacia poscomunista contra bosnios musulmanes en Bosnia-Herzegovina.

El recientemente independizado estado croata no contaba con una población musulmana considerable dentro de sus límites territoriales que mereciera acciones radicales de limpieza étnica. No obstante, el discurso nacionalista croata auspiciaba acciones extraterritoriales de limpieza étnica en áreas de Bosnia-Herzegovina donde existieran asentamientos de personas de origen croata. La remoción tanto de personas de origen serbio como bosnio en tales áreas podía facilitar posteriormente la integración al estado croata de áreas geográficas limpias. Este objetivo fue frustrado por la comunidad internacional, la cual estableció el protectorado de la Federación Bosnio-Croata de Bosnia-Herzegovina. Como sea, Croacia es un caso ejemplar de un proyecto de secesión alentado por un discurso nacionalista que no estaba confinado a la construcción de un estado independiente dentro de límites territoriales definidos. El componente étnico de dicho discurso nacionalista no permitía tal confinamiento, en la medida que los miembros de la nación croata estuvieran asentados en áreas fuera de los límites geográficos del nuevo estado croata. Pero en esta medida también el renacimiento de Croacia como estado independiente sólo podía ser problemático para la comunidad internacional.

Otro ejemplo que puede ofrecerse es el del genocidio en Ruanda por motivos políticos y étnicos en los años noventa entre la élite hutu y los tutsis en el centro oriente de África. Del mismo modo, actualmente el Kurdistán mantiene latente el nivel de conflicto, máxime la crisis en Siria que los ha convertido de nuevo en actores protagónicos de la región. Esto por las rencillas históricas, los potenciales deseos de venganza y asentamientos kurdos dispersos en países vecinos como Irak, Turquía e Irán. Finalmente, la intervención de la Unión Europea y de la ONU en el caso de Kososvo demuestra el temor por los procesos de secesión con riesgo de limpieza étnica (Seroka, 2003, p. 181-189).

3) *Escenario con inviabilidad económica.* En este sentido hay que referirse a los deseos de autodeterminación de entidades étnicas o culturales que experimentan una profunda dependencia económica con respecto al país del cual se separan, como el caso de las repúblicas caucásicas de la ex Unión Soviética, Timor Oriental e Indonesia o las Islas Áland (Finlandia y sus habitantes suecos en 1920), la Islas Feroe y Groenlandia (respecto a Dinamarca), Madeira y las Azores (respecto a Portugal).

También debe señalarse la carencia grave de capitales locales, las pocas perspectivas de desarrollo económico y, lo más grave la necesidad de buscar en las ámbitos de la ilegalidad no sólo el sustento de la lucha armada, sino el futuro de un país que termine convirtiéndose en un paraíso para el crimen

organizado, el tráfico de armas y drogas o cobijo del terrorismo internacional (Afganistán es un ejemplo claro, no de secesión inviable económicamente, sino de la complicidad de un estado central y las actividades ilegales antes descritas). Esta preocupación ya es central en toda discusión sobre la autodeterminación (Danspeckgruber, 2002, p. 339).

La poca viabilidad de éxito económico de ciertas entidades étnicas y culturales que aspiran a la autodeterminación también incluyen proyectos alternativos de dudosa consistencia teórica y que constituyen el principal argumento de las poblaciones indígenas en América.

4) *Escenario de secesión con riesgos internos potenciales.* En este escenario debemos contemplar ciertos casos en donde amplias porciones de la población, se muestren indispuestas a apoyar la independencia o secesión y que podrían convertirse en víctimas, por venganza o segregación, o de un nuevo proyecto nacionalizador. Dos de los más emblemáticos han sido los conflictos en Eritrea y Sudán. Al respecto escribe Stavenhagen: “Los regímenes en Addis Abeba y Jartum adoptaron políticas tendientes a terminar con la resistencia e integrar a las regiones en un estado centralizado y unitario. La violencia era el principal instrumento utilizado en el esfuerzo por someter a los rebeldes” (Stavenhagen, 2000, p. 140). Precisamente porque en un proceso de secesión o de lucha por la autodeterminación, aquellos que desean construir su propio estado son percibidos como elementos subversivos a los que se debe someter. A su vez, quienes buscan la secesión y la autodeterminación, actúan de la misma forma contra sectores contrarios, ajenos o indiferentes al proyecto secesionista. Así ocurrió, como ya se indicó, en los casos de Sudán y Eritrea (Stavenhagen, 2000, pp. 57-60), en los que el diseño fronterizo ubicó, dentro de un mismo territorio, a poblaciones emparentadas con grupos más allá de los límites nacionales, y que, por razones de vínculos históricos y culturales, se opusieron a la secesión. Un caso contemporáneo es el de los kurdos y las tres distintas facciones que rivalizan por el poder y control del territorio, lo que preocupa no sólo a los países vecinos sino a la comunidad internacional por las posibilidades de que un intento secesionista kurdo desemboque en una guerra civil.

Nacionalismo y derecho a la autodeterminación cosmopolitas

Ante la evidencia de que los reclamos nacionalistas y soberanistas no van a cesar ¿cuál es la posición de la comunidad internacional? En pocas palabras,

intentar preservar la perspectiva humano-céntrica o cosmopolita para legitimar el nacionalismo y el derecho a la autodeterminación. Esto significa defender procesos institucionales, acompañados de la fiscalización de organismos internacionales y legitimados por ejercicios democráticos como consultas ciudadanas y referéndums. Se plantean así tres escenarios que posibilitarían la cristalización de los proyectos soberanistas e independentistas vigentes en el mundo contemporáneo.

1) *Escenario de apoyo tácito de la comunidad internacional.* En la historia reciente hay dos procesos que claramente lograron su consolidación gracias al apoyo mayoritario de la comunidad internacional: Timor Oriental y Montenegro. Timor Oriental logró su independencia tras un voto abrumador en el referéndum de 1999, siempre con el apoyo de las Naciones Unidas que administró el territorio hasta 2002 cuando se declaró formalmente su independencia. De igual forma, el referéndum de 2006 le otorgó la independencia a Montenegro respecto a Serbia gracias al tácito apoyo de la Unión Europea. Queda claro, en ambos casos, que la comunidad internacional se involucró con la causa secesionista gracias a la legitimidad de consultas democráticas y a las negociaciones de la ONU y Australia con Indonesia y a las presiones de la Unión Europea hacia Serbia respecto a Montenegro. Sin embargo, Timor Oriental sigue siendo la nación más pobre del sudeste asiático⁹ y no es, a todas luces, en ejemplo de viabilidad económica. Caso contrario al de Montenegro que mantiene abiertas las fases de negociación para su ingreso a la Unión Europea (Consejo Europeo, 2015).

Sin embargo, tampoco es una garantía el apoyo de la comunidad internacional y tal es el caso del Sahara Occidental. En un proceso de descolonización iniciado en 1976 y que se tornó violento hasta 1991 con los acuerdos de paz firmados ante la comunidad internacional, la ONU no ha logrado concretar la Resolución 1540 alcanzada durante la XV Asamblea General del organismo en 1960 para ejercer el derecho a la autodeterminación de los pueblos colonizados en África (Fuente 2011). En este caso, confiar en los procesos institucionales marcados por los organismos internacionales, según la retórica cosmopolita, no garantiza un resultado favorable para la comunidad subnacional que busca su independencia (Rodríguez, 2017). Lo mismo podría decirse de

⁹ BBC Mundo, “Timor Oriental cinco años después”, 30 de agosto del 2004. Disponible en: http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/international/newsid_3612000/3612362.stm Consultado el 6 de mayo de 2016.

Palestina o Kosovo, ejemplos de que el derecho a la autodeterminación de los pueblos bajo la guía cosmopolita de las instituciones internacionales transita con lentitud, siempre que los intereses de algunas potencias se interpongan en su conquista por la independencia. En este sentido, resuena la idea de que el ideal cosmopolita no garantiza el éxito de los reclamos soberanistas.

2) *Escenario de procesos de autodeterminación que cancelen tácitamente la lucha armada.* La lucha armada por la independencia siempre fue legítima para el colectivo secesionista e ilegítima para la metrópoli perdedora. Sin embargo, todas las naciones contemporáneas consagran su independencia como un logro que necesitó de la violencia y de actos heroicos. Sin embargo, para sensibilidad occidental contemporánea y para la comunidad internacional, en la medida en que un proyecto de autodeterminación deponga las armas, será un proyecto viable. Esto se vuelve particularmente obvio después de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos. El terrorismo como arma para la lucha independentistas simplemente perdió su legitimidad en Europa. El Ejército Republicano Irlandés anunció el fin de su lucha armada a finales de 2001 precisamente motivados por los resultados de los ataques terroristas del 9-11. Después de diversas negociaciones declaró en julio de 2015 que dejaba la lucha armada. Por su parte, el grupo separatista vasco ETA, anunció en octubre de 2011 el fin definitivo de la violencia terrorista (Aizpelea, 2011). Para ETA era insostenible el terrorismo como estrategia independentista después de los atentados en Madrid en marzo de 2014. En ambos casos, el terrorismo dejaría de ser un arma legítima para convertirse en violencia incivilizada que todos los europeos descalifican, particularmente ante el uso de dicha estrategia por el integrismo islámico.

Sobra decir que la eliminación de la violencia como mecanismo para alcanzar la independencia de un reclamo soberanista, se enmarca fácilmente dentro de los parámetros ideológicos del cosmopolitismo liberal. Esto condenaría la lucha armada, por ejemplo, en el caso palestino o del Kurdistán. Pero tampoco resuelve el problema del ideal cosmopolita en el diseño del “nuevo Estado nacional”. Es evidente que existen otro tipo de reivindicaciones que van más allá de la configuración estado-centrista y humano-céntrica que no contemplamos en el grueso del trabajo por sus limitaciones naturales, pero que vale la pena mencionar. Nos referimos a los movimientos más críticos contemporáneos que encuentran en estas dos narrativas caras distintas de la misma moneda. Las reacciones frente al antagonismo provocado por el capital han generado posturas que van más allá de la identidad y, por lo tanto,

de la reivindicación del Estado nacional. La dinámica de estos movimientos puede ser comprendida como “grietas”, utilizando la categoría de Holloway (2010), a los callejones sin salida del debate que hemos ilustrado.

3) *Escenario de procesos de autodeterminación “democráticos”*. El tercer escenario plantea que la única vía legítima para la autodeterminación de los pueblos es la democrática o la democracia cosmopolita (Baogang, 2003, pp. 204-207). Los proyectos separatistas de Quebec con dos referéndums en 1980 y 1995 (Hanna, 1999; Cameron, 2017), Escocia con el referéndum de 2014 (Casanas, 2014; Sharkey, 2016) y Cataluña (Blanque, y Abdelrehim, 2014) con un intento infructuosos de consulta ciudadana convocada para el referéndum del 9 de noviembre de 2014 y en un segundo intento de referéndum en 2017, son ejemplos claros de la retórica nacionalista y separatista de corte cosmopolita y que pone en el centro el ideal humano-céntrico. En todos los casos, los procesos han ido acompañados de acciones políticas encarnadas por partidos y grupos reconocidos por la sociedad. Siempre se apela a un “nuevo estado de cosas” justificándose en los cambios económicos, políticos y sociales. En los tres casos, los reclamos soberanistas se hacen sobre la base de que la comunidad política mayor, es decir, Canadá, el Reino Unido y España, debe aceptar el ideal humano-céntrico y cosmopolita si éste va acompañado de un proceso libre y democrático.

Tras el referéndum de junio de 2016 que apoyó la salida del Reino Unido de la Unión Europea, el espacio para negar otros referéndums, ya sean a escala nacional (Escocia y Cataluña) o a escala supranacional, como proponen los nacionalistas franceses y holandeses para dejar la Unión Europea, el ideal humano-céntrico y cosmopolita se vuelve en contra de los gobiernos liberales y progresistas. Si bien, de alguna forma, garantiza procesos no violentos, deja también sin armas discursivas a los gobiernos centrales de las naciones o de la Unión Europea para impedir consultas ciudadanas democráticas. Sin embargo, esto tampoco garantiza que el diseño del referéndum como instrumento de consulta resulte transparente, incluyente y ajeno a la manipulación de las normas e instituciones democráticas por parte de los actores involucrados. El caso catalán de 2017 está lleno de reclamos por la “ilegalidad de la convocatoria” de parte de los independentistas catalanes, como por las posturas contra el referéndum del gobierno nacional. De igual forma, los discursos antagonistas y descalificadores se intensificaron entre las partes, generando un ambiente de franca confrontación.

Conclusiones

En la medida en que el ideal cosmopolita se impone en la comunidad internacional como eje para medir y legitimar las pretensiones soberanistas de los pueblos, también se abre un enorme espacio para que los reclamos soberanistas encuentren cause por la vía democrática. Sin embargo, la retórica cosmopolita no garantiza que la comunidad internacional proteja eficazmente el derecho a la autodeterminación de los pueblos en su andar institucional.

Queda claro que el ideal humano-céntrico o cosmopolita pretende eliminar la violencia y disminuir reclamos soberanistas de corte genocida. Pero esta es una aspiración de las democracias occidentales que no necesariamente comparten otros pueblos que justifican la lucha armada acusando a las metrópolis de usar la violencia en contra de ellos. Sin embargo, si ese ideal se expande con la vehemencia que desearían sus promotores, quedaría poco espacio para oponerse a reivindicaciones nacionalistas que propongan vías democráticas para la autodeterminación.

El siglo XXI seguirá siendo testigo de la reconfiguración del mapa global (Brunn, 2000, p. 28-29), y no sólo por el surgimiento de potenciales nuevas naciones, sino también por el posible desmantelamiento de entidades supranacionales como en el caso de la Unión Europea ante el *brexít*. El ideal cosmopolita o humano-céntrico es, finalmente, un arma de doble filo, que ayuda a censurar la búsqueda de la autodeterminación por la vía violenta pero que no podrá evitar la búsqueda de la autodeterminación por la vía pacífica, institucional y democrática. El debate vigente alcanza para visualizar escenarios probables como los descritos en este artículo, pero no logra eliminar los posibles reclamos soberanistas que se ciernen sobre el sistema internacional y que las vías cosmopolitas quizá ayuden a incrementar y legitimar. Tampoco se garantiza que el ideal cosmopolita sea el factor determinante en la conquista de la soberanía de alguna comunidad subnacional. Se trata de un ideal que pretende consolidarse en el imaginario global del rediseño internacional y que acarrea contradicciones y oposiciones que debilitan su apuesta por la paz.

III

Las narrativas nacionalistas contemporáneas en América Latina

EL TERCER ESTUDIO del libro se concentra en describir el contenido discursivo de las narrativas políticas sobre el nacionalismo en tres Estados latinoamericanos que en el siglo XXI han sido considerados, con sus respectivos matices y capacidades, como potencias emergentes. Se podrán contrastar los discursos nacionalistas de corte liberal cosmopolita con los discursos contra-hegemónicos moderados. La pregunta que guía el capítulo es ¿cómo se ha transformado el nacionalismo clásico latinoamericano para adaptarse a un mundo contemporáneo, ya sea para incorporarse a la ola liberal cosmopolita o para distanciarse de ella? El propósito es reflexionar sobre las transformaciones de las narrativas nacionalistas en determinados puntos de América Latina para describir los elementos constituyentes de sus versiones clásicas y ubicar las narrativas contemporáneas dentro de la gama de nacionalismos que se aprecian en el siglo XXI y que se describieron en el primer capítulo de este libro. El argumento es que, en el caso de los tres países aquí estudiados, el nacionalismo retoma conceptos cosmopolitas y liberales para justificar su existencia en el mundo contemporáneo. El estudio comienza con un primer apartado en el que se señala cuál es la definición que se utilizará de nacionalismo y se describen las características fundamentales de los nacionalismos contemporáneos. Posteriormente, se analizan cada uno de los países que se eligieron como objeto de estudio y se ofrecen en un último apartado algunas consideraciones generales.

Del nacionalismo clásico al nuevo nacionalismo

Como ya hemos mencionado, el nacionalismo como discurso se ha transformado desde finales del siglo XX y a principios del siglo XXI. En el siste-

ma internacional conformado por Estados nacionales, se sigue apelando a identidades particulares y excepcionales que explicarían la identificación de distintos grupos humanos con naciones particulares. Pero las retóricas y las narrativas nacionalistas han modificado sus argumentos. Lo que se aprecia es una gradual reconfiguración del discurso nacionalista que, en sus orígenes, era un discurso fuerte, segregacionista o racista, exclusivista y antagonista y con claros tintes autárquicos y beligerantes. El nacionalismo clásico era guerrero, igual convocaba a la lucha por la independencia como al resguardo de la soberanía o al intervencionismo por razones ideológicas. En la primera década del siglo XXI se aprecian nuevas narrativas nacionalistas impactadas por la globalización, el cosmopolitismo, el multiculturalismo, el multilateralismo, la defensa de valores universales como los Derechos Humanos, la democracia y el libre mercado.

Como se indicó en la introducción, el nacionalismo se entiende como un discurso, una narrativa o una retórica cargada de valores simbólicos y que pretende ofrecer certeza de identidad a un grupo humano numeroso que se identifica como parte de una nación. Esta definición pretende, a pesar de sus limitaciones, conectar las conceptualizaciones más certeras sobre el nacionalismo: Benedict Anderson y la noción de comunidad imaginaria; Hardt y Negri con la idea de nacionalismo como secularización y sustitución del modelo absolutista y religioso de Europa; Alain Touraine y la visión del nacionalismo como el elemento de identidad comunitario de la modernidad. De manera generalizada, se acepta que el nacionalismo surgido en Europa se expandió por el mundo y sigue siendo en la actualidad la forma de identificación colectiva más aceptada y efectiva, cuya vigencia no está en discusión.

Las retóricas nacionalistas, como se ha estudiado ampliamente, surgen de las élites y poco a poco van permeando al resto de la sociedad. Pero el nacionalismo adquiere también los matices que le irán otorgando los segmentos sociales y las distintas generaciones que lo viven y lo difunden, en el eterno juego dialéctico que hace del nacionalismo un fenómeno vivo y en constante transformación. A partir de la noción de ideología propuesta por Reboul (1986), el nacionalismo es una ideología porque tiene un sustrato político que se expresa en las retóricas nacionalistas. Y siguiendo a Foucault, el nacionalismo como discurso puede ser a la vez un instrumento y efecto del poder, pero también un obstáculo, tope, punto de resistencia y de partida para una estrategia opuesta” (Foucault, 1993: 122). El camino seguido por ambos pensadores fue distinto, Reboul se concentró en Lenguaje e Ideología a analizar

las figuras retóricas prominentes de los discursos ideológicos, mientras que Foucault reflexionó en su obra los alcances y límites del poder en una relación dialéctica que construye significados y que “constituyen tanto subjetividad como relaciones de poder” (Ball, 1990: 2-3).

Para los propósitos de este trabajo, ambas perspectivas son complementarias. En el análisis del discurso o de las narrativas nacionalistas queda de manifiesto tanto la intencionalidad política de pintar en los ciudadanos de un Estado un horizonte de valores, historias y símbolos compartidos que fomenten la construcción de significados que no sólo le resultan fundamentales a los receptores del mensaje sino también a los emisores. Y que logren, como objetivo central, lograr la fidelidad de un grupo humano hacia los valores, las historias y los símbolos que enarbolan un discurso nacionalista que promueve su defensa.

Es aquí donde la noción de ideología de Clifford Geertz (1987) se convierte en una herramienta importante para justificar el análisis del nacionalismo como discurso. Geertz le da a la ideología el papel de una acción social orientada a otorgarle sentido a las relaciones sociales y así poder interpretarlas para que el obrar de los individuos tenga significado. Como lo sintetiza Ariño, “las ideologías desempeñan la función de “definir (u oscurecer) las categorías sociales, estabilizar (o perturbar) las expectativas sociales, mantener (o minar) normas sociales, fortalecer (o debilitar) el consenso social, y aliviar (o exacerbar) tensiones sociales” (Geertz, citado por Ariño, 2007: 147). La ideología, pues, es el sistema de creencias mediante el cual los seres humanos interpretan el mundo y producen significado” (Ariño, 2007: 147).

El nacionalismo cabe perfectamente dentro de esta concepción. Otorga significado tanto a los emisores como a los receptores del discurso nacionalista. Por esta razón resulta sencillo trazar los ejes generales de cualquier discurso nacionalista. En el caso latinoamericano, tras la independencia los nacionalismos promovían la defensa del suelo patrio. Entre el siglo XIX y el XX los nacionalismos iban de la mano con la construcción de las instituciones y del Estado y comenzaron a crearse los elementos identitarios históricos que los caracterizan en la actualidad. Por ejemplo, la herencia europea de la nación argentina, las contribuciones africanas en Brasil y el indigenismo en México.

Los nacionalismos clásicos se construyeron pensando en la originalidad y excepcionalismo que le quería otorgar a sus naciones. También, los nacionalismos clásicos buscaban defender a toda costa la integridad territorial y la soberanía política del Estado. Esos nacionalismos apelaban a la guerra

o a la construcción de enemigos con el fin de lograr, como ya se indicó, la fidelidad hacia un proyecto nacional.

Lo que se propone este ensayo es identificar los cambios en las narrativas nacionalistas de Argentina, Brasil y México y ubicarlos dentro de los tipos de nacionalismos que se pueden encontrar en la actualidad. En la primera década y media del siglo XXI se pueden apreciar diferentes tipos de nacionalismos cuyos matices comienzan a delinear nuevas formas de identidad colectiva. Se pueden encontrar nacionalismos clásicos con retóricas ideológicas-fundamentalistas, otros con reivindicaciones nacionalistas decimonónicas y, otros de corte clásico, unos más aspiracionistas, y otros más de corte postmoderno.

Tras esa breve descripción, se revisan a continuación las narrativas nacionalistas de Argentina, Brasil y México con el propósito de identificar los nuevos matices de identidad colectiva que se expresan fundamentalmente en los discursos de los líderes políticos. Este apartado está compuesto por el Análisis Crítico del Discurso a partir de la metodología propuesta por Van Dijk, realizado a 40 discursos políticos de los presidentes de los tres países estudiados durante los primeros 15 años del siglo XXI. Cada estudio de caso va acompañado de una breve introducción histórica. Este ejercicio debe entenderse como un primer acercamiento, ya que un estudio completo de las nuevas narrativas nacionalistas también puede contemplar una valoración sobre la recepción y las interpretaciones que se hacen de dichas narrativas.

El nacionalismo argentino

En un comienzo, la diferencia más visible de Argentina con Brasil y México es la condición europeizada que caracteriza a su construcción nacional. A los ojos del colonizador, ni las poblaciones originarias, ni otros elementos claramente distinguibles previos a su llegada, fueron relevantes para el desarrollo simbólico del nacionalismo. De manera que Argentina encuentra en el futuro más que en el pasado los cimientos de su nacionalidad, tal como lo menciona Devoto (2002, citado en Bohoslavsky, 2006: 3):

Para construir el mito nacional, en países con civilizaciones altamente desarrolladas, la arqueología se convierte en una herramienta importante para constituir un mito fundante, como en el caso del Perú o la India; sin embargo, en el caso argentino no fue posible recurrir a la construcción de evidencias físicas que permitieran la invención de una gran cultura de la cual proclamarse

heredero. Para la generación de intelectuales y políticos argentinos de 1837 “la nación era más un proyecto de futuro que un pasado” y el pasado no constituía siquiera un punto de apoyo para construir alguna forma de culto cívico o para inventar una tradición en la que los habitantes presentes y sobre todo futuros pudieran reconocerse.

Específicamente, el pueblo argentino establecería los pilares de su nacionalismo principalmente en dos elementos: el suelo y las inmigraciones europeas. A lo largo del siglo XIX y principios del XX, estos dos elementos conformaron la fuente más fructífera para el sostenimiento de la nación argentina. Sin embargo, en los albores del siglo XX pareciera que se gestaba un ciclo nuevo en el nacionalismo. Es decir, el nacionalismo argentino surgido a raíz de la independencia y el rescate de las estructuras coloniales, así como la definición de la nación a través de la otredad representada por las guerras de expansión territorial contra los indígenas, tal como “la Conquista del Desierto” que ha sido sumamente estudiada bajo distintos enfoques, terminaron por modificarse en las primeras décadas del siglo XX.

A pesar de que existen constantes que se mantienen en la identidad argentina, hay también cambios fundamentales que se enfatizan en la etapa peronista. El crecimiento económico de la época marcaba por sí mismo una nueva era para la nación, haciendo de ella un Estado moderno y capaz de competir con las potencias mundiales de igual a igual. Buenos Aires llegaría a considerarse una de las capitales más desarrolladas del mundo para ese entonces y la nación argentina podía pensar que el momento de potencializarse había llegado. Bajo el gobierno de Juan Domingo Perón, contextualizado en el complejo ambiente internacional que se vivía en la primera mitad del siglo XX, surge la tesis de la “Tercera Posición” que ha sido definida por Del Barco (1983) como un punto fuera del individualismo capitalista y del colectivismo comunista; el capitalista porque sometía a los hombres a la frialdad y egoísmo del dinero; el comunista porque los sometía al poder aplastante y totalitario del Estado, según el autor. La identidad argentina se constituía entonces a partir de un intento de separación tanto del despliegue comunista como capitalista en los términos de la geopolítica de la época, aunque sostenía un imaginario nacional permeado por la Iglesia Católica, por lo que autores como Mallimaci (2008) incluso han denominado a esta forma nacional como la “Argentina Católica”. De manera que el catolicismo no solo fue implementado como religión oficial, sino que, incluso con las crisis entre el gobierno y la institución eclesiástica, fundó una identidad

que se incrustó en la médula espinal de la vida en Argentina, trasgrediendo las dificultades del siglo xx.

Durante el mandato de Perón, también se añadió un componente al nacionalismo basado primero en la hispanofilia y luego en la latinidad. La primera, prácticamente consistía en estrechar los lazos con España, que era donde el proyecto planteaba ubicar las raíces de la argentinidad. No obstante, es probable que esta relación con lo hispano fuera sólo una justificación que explicara los lazos entre el régimen de Franco y de Perón, puesto que al tiempo que la relación entre los personajes se vio afectada, Perón sustituyó el uso de la hispanidad por el de la latinidad, como lo explica Raanan (1990).

El proyecto de la latinidad fue al final el que logró construir no solamente una identidad al interior de la nación a través de valores y prácticas compartidas entre la población principalmente urbana, que es el procedimiento más típico, sino que además supuso el principio de otredad con la América del Norte anglosajona. Sumado a esto, la latinidad buscaba la unión de otros Estados de la región que simpatizaran con esta idea y se condujeran bajo el liderazgo de Argentina, por lo que fue también un proceso de identidad ampliado a la región.

Más tarde, la dictadura militar se encargó de garantizar la uniformidad del espacio nacional y reducir las tensiones en el Estado a través de distintas formas de violencia y terror, desplazando el recurso subjetivo del nacionalismo. Sin embargo, cuando la capacidad de la Junta Militar comenzó a debilitarse, la activación de una herramienta histórica del nacionalismo argentino fue aprovechada ampliamente: el territorio. Con la pelea por la defensa del suelo representada en las Malvinas, el gobierno de Galtieri logró unir a la población en contra de la Gran Bretaña como enemigo común y evitar aún más la polarización interna. En realidad, el recurso a la guerra siempre ha sido útil para la ejecución del nacionalismo y la unidad nacional. En este ejemplo, la convocatoria a la guerra resultó efectiva gracias a la sensibilidad del pueblo argentino en cuanto a la posesión del territorio. Al respecto Guber (2012: 27) señala lo siguiente:

En suma: durante los 74 días de presencia argentina en las Islas Malvinas los argentinos y extranjeros residentes en nuestro territorio actuaron la exaltación de una comunidad de signo inverso a décadas de persecución y exclusión política y social. La gran paradoja es que dicha unidad fue implementada por una dictadura militar ya impopular, gracias a un caro símbolo nacional cultivado en casi cien años de historia.

El siglo xx se cierra con la caída de la dictadura y el comienzo de la vida democrática, lo que marcó un nuevo ciclo también para la concepción de la nación. Como se indicó al inicio del libro, el siglo xxi debe considerarse como una época de reconfiguración del nacionalismo y obviamente, eso es notorio en la Argentina. A través del análisis de los discursos oficiales pronunciados por los mandatarios de este país, es posible asomar las nuevas rutas retóricas establecidas en el país.

A través del análisis de los discursos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner como presidentes del país andino, podemos reafirmar el argumento de la vigencia del nacionalismo que hemos sostenido e interpretar su reconfiguración. Como recién mencionamos, el nacionalismo de épocas anteriores ocupaba elementos referentes a la tierra, a la proveniencia de los ciudadanos, la religión practicada, entre otros similares. Para este siglo xxi, es posible conceptualizar el nacionalismo argentino en los siguientes puntos:

1. Democracia y Derechos Humanos: como consecuencia del reciente pasado enmarcado por la dictadura militar, los mandatarios argentinos se propusieron crear una nueva imagen en la que destaca, como principal rasgo de la Argentina, el respeto a los Derechos Humanos y a la democracia. Así, cada vez que los mandatarios se pronunciaron tanto en foros internacionales como internos en sus respectivos periodos, se ocuparon por subrayar su restauración como una nación plenamente insertada en la gran narrativa global de los Derechos Humanos y la democracia.

2. Rechazo al funcionamiento de instituciones internacionales: como una tradición inaugurada por Néstor Kirchner y continuada por Cristina Fernández de Kirchner, la Argentina se delinea como una nación que rechaza el funcionamiento de algunos mecanismos internacionales, especialmente los financieros¹⁰, proponiendo su modificación para así propiciar un mayor grado

¹⁰ Ejemplo de esto es el discurso de Néstor Kirchner (2005, 5 de noviembre) en la VI Cumbre de las Américas:

“Lamentablemente, en ese proceso de recuperación, expansión y transformación no contamos con la ayuda del Fondo Monetario Internacional, que si apoyó y financió, en el orden de los 9 mil millones de dólares hasta semanas antes del colapso, el régimen de convertibilidad, déficit fiscal y endeudamiento. Aquella cifra, curiosamente, es casi equivalente a la deuda total que tiene mi país con ese organismo. En síntesis, en un ejercicio que podemos calificar de perverso, sin temor a equivocarnos, se le dieron fondos frescos, dinero constante y sonante, no sólo a los que no pagaban, sino a los que seguían gastando y mantenían un déficit fiscal crónico. Hoy, lo que se le niega a la Argentina, no son ya fondos o nuevos préstamos que no hemos solicitado y que, obviamente, ni pensamos hacerlo, (aplausos) es algo mucho peor, se nos niega la refinanciación si no aceptamos determinadas condicionalidades que no son otras que las

de justicia e igualdad entre las naciones desarrolladas y en vías de desarrollo. Es decir, la posición mantiene un tinte semejante al nacionalismo antiimperialista.

3. Defensa de las Malvinas: los discursos oficiales de ambos periodos no quitan el dedo del renglón sobre las Malvinas. Sin embargo, a diferencia de lo sucedido en la última década del siglo xx cuando se desató un conflicto bélico, el tema se aborda pacíficamente, apelando a la legalidad conforme el derecho internacional y otras instituciones de corte similar para justificar sus reclamos. En este sentido, el proyecto entra al terreno del multilateralismo¹¹.

4. Integración regional y globalización: Argentina reconoce la identidad compartida con otros Estados latinoamericanos y no más con europeos. A través de los lazos que estrecha con sus pares, acepta que la globalización es un fenómeno indiscutible, pero las formas de participar en sus dinámicas deben ser responsables. Así pues, se esfuerza por implementar asociaciones regionales, por lo que busca estrechar lazos de forma económica, política y social en Latinoamérica. Además, para actuar en la globalización se inclina por proyectar una imagen que va del interior al exterior y no al contrario, como sucede en muchas otras naciones del mundo.

Es posible decir, a través del análisis de los discursos oficiales en Argentina, que el país ha sufrido una clara reconfiguración del nacionalismo con respecto a los siglos pasados. Definitivamente, la globalización y sus procesos han sido pieza fundamental en esta transformación que atestiguamos, además de ser también parte de un producto histórico que mantiene determinadas constantes pero innegables variables.

Finalmente, podemos ubicar a Argentina dentro de una de las categorías establecidas en el capítulo inicial. Principalmente, la nación albiceleste del

mismas políticas que nos condujeron al default.”

¹¹ Estos elementos que enumeramos no pueden entenderse de manera independiente, sino todo lo contrario. Están interconectados profundamente e hilan significados similares que atañen a los procesos históricos más sensibles de la historia argentina y su narrativa oficial hasta las tensiones actuales, como lo muestra, por ejemplo, el discurso de Cristina Fernández de Kirchner (2012, 25 de septiembre) en el 67° periodo de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas: “Por eso reiteramos una vez más que esta no es una cuestión bilateral entre el Reino Unido y nosotros, se ha convertido en una cuestión global, terminar con los últimos vestigios de colonialismo, que ha sido uno de los grandes méritos de Naciones Unidas cuando creó en 1961 el Comité de Descolonización. Ingresar a este siglo XXI sin territorios coloniales hace también al respeto de los derechos humanos. Derechos humanos que, por cierto en mi país, defendemos con mucha fortaleza y que somos un ejemplo a nivel global del cumplimiento de los mismos.”

como sur presentaba, en esta primera década del siglo XXI, claros rasgos del nacionalismo decimonónico antiimperialista, además de que se reivindica a partir del nacionalismo económico y se propone como un modesto líder regional. En general, el discurso oficial argentino nos muestra que incluso cuando se mantienen constantes en relación al pasado, la forma de pronunciarse estaba permeada por las bases materiales que sostenían al proceso de la globalización.

El nacionalismo en Brasil

Uno de los países latinoamericanos que más atención ha recibido en el siglo XXI, es Brasil. El desarrollo económico que desplegó especialmente en la primera década del nuevo milenio, hizo que la nación amazónica tuviera un papel sumamente importante en el sistema internacional. Calificada como potencia emergente, Brasil muestra diferencias importantes con Argentina y México respecto a su papel de líder regional y con miras globales, incluso cuando esto se haya tambaleado con la administración de Bolsonaro.

Las poblaciones originarias del Brasil, más que representar una herramienta para la modernidad colonial y la construcción del Estado nacional, significaban un riesgo en tanto la condición de su resistencia. Sin embargo, el impacto de estas poblaciones en la narrativa nacionalista no fue tan marginal como en Argentina. A lo largo de la conformación de Brasil, se retoman ciertos elementos, sobre todo relacionados con el lenguaje y la creación de mitos sobre las virtudes de los pueblos pre-europeos que le ayudaron a consolidar su posición en América. Sin embargo, entre las diferencias sustanciales con los vecinos, se encuentra el hecho de que la colonización tuviera en el centro a otro actor europeo: Portugal.

La llegada de los portugueses a Brasil significó la constitución de un pueblo que encuentra en sus raíces la recreación de prácticas distintas a las que se sostienen en las colonias españolas. Las nuevas instituciones marcan un evidente cambio que se refleja en la fisonomía y cultura de los pueblos brasileños. Para el siglo XIX, una de las cuestiones que más afecta la conformación del Brasil es el mestizaje, con énfasis en la contribución de las poblaciones negras. La mayor cantidad de inmigrantes provenientes del África en Latinoamérica la recibió este país, lo que, aunado a las prácticas de mestizaje lusas, se convirtió en una mescolanza profunda que generó una población, en

determinadas zonas, con una fisionomía y cultura particular. No obstante, el grupo que especialmente fue tomado en cuenta para la experiencia nacional brasileña, fue el conformado por la herencia africana, mismo que llegó a representar una especie de construcción de la otredad similar al mito fundante de los europeos para Argentina y los indígenas para México.

Así también, la apariencia de cultura de cada uno de los grupos en la nación del escudo amazónico (negros, blancos e indígenas principalmente), dio como resultado una población que en el proyecto nacional se reprodujo a partir del esquema racial-multicultural, que pronto fue digiriendo en la narrativa lo ajeno y lo transformó propio. Así lo muestra el caso de la religión, puesto que el catolicismo brasileño se compuso de la diversidad brindada por la mezcla de las distintas poblaciones, además de las tradiciones religiosas paganas, islámicas, africanas y judaicas que los lusos traían desde sus tierras. Al respecto Mancuso y Torres Londoño (2002; pp. 58-59) indican lo siguiente en un análisis del trabajo de Gilberto Freyre:

Freyre desconfió de los registros normativos y canónicos y da prioridad a la interpretación de las devociones y prácticas religiosas populares. Esto le permite concluir que el proceso que conformó al catolicismo brasileño no fue llevado a cabo por los eclesiásticos, sino por gente como las nodrizas esclavas, los portugueses desterrados y las mujeres indígenas. Así, el autor demuestra la inviabilidad del proyecto de evangelización planeado por la Iglesia y por el Estado, centrado en los misioneros jesuitas y en el clero en general, precisamente porque el plan, para ser concretado, tuvo que ser subvertido por la población brasileña. [...] Al abordar los elementos que considera como constituyentes de la formación sociocultural brasileña –las herencias indígena, portuguesa y africana–, Freyre subraya cómo el catolicismo brasileño es indisociable del proceso de mestizaje racial.

El surgimiento institucionalizado de la nación también marca una diferencia sustancial con sus vecinos y es determinante para el nacionalismo brasileño. Río de Janeiro fungió como la capital del Imperio portugués, por lo que la forma de vida en el Brasil de esta etapa cambió notablemente hacia las tendencias europeas (Fiorin, 2009: 117). Definitivamente, la otredad personificada en los portugueses que ya habitaban el Brasil y los que llegaron con el traslado de la capital, mostraron a la población mestiza un camino para la generación de identidad. Sin duda alguna, en la narrativa oficial los mestizos no eran lusos ni negros, tampoco indios: eran brasileños.

Además de la otredad que el Reino de Brasil trajo consigo, durante su existencia, se realizaron actos que fortalecieron la conformación de un Estado-nación brasileño, como ejemplifica el periodo de Pedro II que, tal como lo explica Mendible Zurita (2011: 116-117), se convirtió en el gran artificio de la unidad del país, estableciendo, entre otras cosas, los límites territoriales similares a los que se aprecian en la actualidad.

Tras una independencia concedida con las mayores facilidades por parte de Portugal, la vida del Brasil como Estado nación siguió en una lucha constante por dejar de ser vista como una extensión de Portugal y más bien ser reconocida por sus características propias. Para el siglo xx la formación de la República brasileña es el primer paso en este cometido.

En las primeras décadas de los 1900, Brasil se constituye como una república de trabajadores libres, comenzando un proceso de modernización en todas las esferas, siendo una de las más destacadas la implantación de la Constitución de 1891, en la que se abordaban las siguientes directrices:

[...] adoptar el sistema federal, vieja aspiración que databa de los primeros días de la monarquía. Las provincias se convirtieron en estados; se introdujo la separación Iglesia y el Estado, y también el matrimonio civil, la libertad religiosa, la secularización de los cementerios (antes dependían de la Iglesia o de las cofradías). (Iglesias, 1994: 19).

El sistema federal se implementó de manera moderada, dando así poca autonomía a los Estados, intentando homogeneizarlos lo suficiente para darle sentido a la unidad nacional. Otra parte importante de la definición brasileña en las primeras décadas del siglo xx tiene que ver con una corriente que se extendía por gran parte de América Latina y que apelaba al “blanqueamiento” de las poblaciones. Esto sucedía porque Europa jugó un papel fundamental en la modificación del pensamiento de élite, que cada vez simpatizaba más con Occidente y, por lo tanto, la vida intelectual, artística y cultural en general, adoptó las formas europeizadas.

Sin embargo, en el *Estado Novo* de Getúlio Vargas es en el que podemos encontrar un contraste en la formación brasileña. Es a partir de este periodo en que la proyección de lo brasileño adopta muchas de las formas que conocemos en la actualidad y que se popularizaron de manera efectiva, por ejemplo, con la *samba de exaltação* personificada en la figura de Carmen Miranda. La cantante nacida en Portugal encajó en un proyecto que alimentaba la pertenencia a Bra-

sil como un deber y que intentaba profundizar su cultura por todos los sectores.

Así como la samba, surgen otros símbolos nacionales resultado de la habilidad política del *Estado Novo* pero también de una reconstrucción cultural trazada en las ciudades brasileñas. El proyecto se fortaleció a partir de un rechazo a lo extranjero en materia comercial que le otorgó cierta popularidad a Getúlio Vargas, materializando una idea del Brasil de los brasileños más que ningún otro momento en el pasado, aunque obviamente esto sucedió sin un nivel de violencia que sacaba del mapa a las poblaciones que no encajaban o entorpecían el proyecto nacional.

Para la segunda parte del siglo xx, la nación modificó sus pilares, estableciendo uno nuevo que giraba en torno al Brasil industrializado, moderno y en potencial desarrollo. El gobierno de Kubitschek argumentó en sus discursos determinados valores que respaldaban la autonomía económica a Brasil:

El desarrollo es la clave para la consolidación de una nación capaz de reciprocarse en la prosperidad, la injusticia y seguridad... [e]s la lucha por la defensa del estilo de vida que hemos adoptado, dado nuestros valores cristianos, amor a la libertad y a la democracia. (Kubitschek; 1956, citado en Rossoto; 2007: 346).

Como parte de los “regímenes de seguridad nacional” que brotaron en buena parte de América Latina, se implementó una dictadura sumamente represiva, lo que devino en el enervado descontento social que desató la violencia. Con el final de la Guerra Fría, nuevos espacios de competencia se abrían. Como respuesta a esta problemática, surgió el periodo conocido como el “Milagro Brasileño”, en el que se inyectaron largas sumas de capital extranjero. De esta manera, el nacionalismo de los militares que proclamaba la autonomía del Brasil, un tanto sensible como lo describe Lafer (2002: 123), se asume contradictorio, puesto que el flujo financiero, uno de los elementos que más afectaba el sentimiento nacionalista, recaía en el capital extranjero.

Seguramente, el restablecimiento de la democracia, la creación de una nueva constitución y el Brasil después del milagro del que habla Celso Furtado (1983), son los elementos pilares que hay que rescatar de las últimas décadas del siglo XX. De esta manera, el derrumbe del orden bipolar y la esperanza del surgimiento de uno multipolar fue bien aprovechada por Brasil. La gestación de un nuevo nacionalismo para el siglo XXI comenzaba a asomarse.

Brasil entra al nuevo milenio con una característica que ni México ni Argentina eran capaces de sostener: el desarrollo económico que se disparó con

el gobierno progresista de Lula da Silva le da la posibilidad de ser un actor de escala global y convertirse en una nación tomadora de decisiones mundiales. Así pues, el nacionalismo que los presidentes progresistas del Brasil del siglo XXI exponen se definió como multicultural, diversificado, democrático, capitalista, participativo e incluyente.

Sin duda, Brasil es uno de los actores que encontró en la globalización una ventaja, por lo que técnicamente intentó desarrollar una imagen de su país que pudiera exportarse al exterior. El liderazgo regional que ejerció le ayudó a la proyección de esta imagen, de la misma forma que los eventos internacionales ‘de aparador’ que fueron desarrollados en suelo brasileiro.

A través de los discursos de Lula da Silva y Dilma Rousseff, es posible decir que la reconfiguración del nacionalismo brasileño en este siglo radica principalmente en los siguientes puntos:

1. Economía emergente: el crecimiento que mantuvo principalmente en la primera década del siglo XXI pudo ofrecer una imagen de un Brasil capaz de beneficiarse de los procesos de la globalización e imponerse como una economía emergente con influencia regional y más tarde internacional. De esta forma llegó a ser parte de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y recientemente Sudáfrica), grupo de países que fue reconocido mundialmente en la primera década del siglo XXI por tener posibilidades de ser los principales actores en la economía mundial para el 2050, según lo enunció Jim O’neil en un informe para Goldman Sachs.
2. Líder de los países en vías de desarrollo: durante el gobierno de Lula da Silva, Brasil se confirmó como un país capaz de llevar la voz no solamente de los latinoamericanos, sino de las naciones en vías de desarrollo en general, con un discurso progresista moderado. Fundamentalmente, los mandatarios brasileños establecieron una perspectiva de Brasil que era capaz de desafiar el estado de las cosas para favorecer, en un futuro cercano, a los desfavorecidos históricamente¹². Es necesario destacar que este argumento se transforma conforme la presidencia de Da Silva avanza: mientras que al inicio de su mandato se muestra propositivo y medurado con los países

¹² Ejemplo de esto es el discurso de Lula da Silva (2007) en la XIX Cumbre de Rio: “O Brasil está empenhado na consolidação da Comunidade Sul-Americana de Nações. Nela estamos adotando políticas estruturais que incluem ações de integração física e energética e de formação, capacitação e cooperação técnica em favor dos países menores. Essas iniciativas fortalecerão a competitividade, sobretudo, das economias menores. Trata-se de passo fundamental para assegurar o êxito das medidas que estamos tomando para aumentar o acesso a mercados.”

desarrollados, después, al adquirir cierto prestigio internacional, le da un grado mucho más alto de exigencia a sus demandas, aunque el discurso fue opuesto a la práctica al interior del Brasil. Finalmente, en el periodo de Rousseff previó al impeachment, este discurso se diluyó paulatinamente frente a las crisis económica, política y social que atravesó.

3. País multicultural: Brasil se congratula de ser una nación multicultural resultado de un proceso histórico que pasa de ser una desventaja para convertirse en una virtud¹³. Los discursos de los mandatarios brasileños se esfuerzan por demostrar que el no ser una nación homogénea culturalmente, aunque esto sea proceso del racismo colonial, les ha favorecido, puesto que los hace mucho más incluyentes y, por lo tanto, tienen una amplia disposición democrática.

4. El Brasil protagónico: a raíz de los lazos que estrecha con gran cantidad de naciones en el mundo, sobre todo con las que comparte procesos históricos similares (países postcolonial tal como sus socios latinoamericanos, India o Sudáfrica; orígenes de la población negra que lo acercan al continente africano; etc.), Brasil no solamente participaba activamente en los foros exclusivos de las naciones con capacidades hegemónicas y establecía relaciones cooperativas con los países desarrollados, sino más bien con casi todas las naciones en el mundo.

Es importante resaltar que, a partir del análisis crítico del discurso realizado a los diez discursos de Dilma Rousseff, podemos establecer distintos elementos y contenido semiótico del nacionalismo aspiracionista, como los que mencionamos a continuación:

1. El Estado brasileño del progresismo se asumió como una nación vigente, lo que quiere decir que no mostraba ninguna tendencia hacia la disminución de su capacidad administrativa-jurídica-burocrática derivada del panorama tradicional de la soberanía. Esto mismo, se acompaña de una perspectiva democrática, capitalista, cosmopolita y multicultural. Constantemente se hacían referencias a los procesos modernizadores en los ámbitos político y económico y se destacan las similitudes con dichos procesos fundamentalmente con India y Sudáfrica.

¹³ Este discurso se puede ejemplificar con el siguiente discurso: “Esta é uma Nação que fala a mesma língua, partilha os mesmos valores fundamentais, se sente que é brasileira. Onde a mestiçagem e o sincretismo se impuseram, dando uma contribuição original ao mundo. Onde judeus e árabes conversam sem medo. Onde toda migração é bem-vinda, porque sabemos que, em pouco tempo, pela nossa própria capacidade de assimilação e de bem-querer, cada migrante se transforma em mais um brasileiro.” (Da Silva, 2003, 1 de enero)

2. El Estado brasileño se posicionó como líder de la región sudamericana (más allá incluso del MERCOSUR) pero planteaba un liderazgo horizontal, que rompiera con el modelo unilateral estadounidense posterior al final de la Guerra Fría, aunque esto se ha transformado notablemente con Bolsonaro.
3. El Estado brasileño reconocía sus rezagos sociales y se planteaba el desarrollo integral con la finalidad de brindar mejores condiciones de bienestar social a sus ciudadanos y a la región sudamericana.
4. El Estado brasileño asumía el compromiso de afrontar los problemas globales de manera multilateral y fue muy insistente con estos señalamientos en los foros internacionales. Quizá por ello, este punto sea el que más se ha transformado en las administraciones de Temer y Bolsonaro.
5. El Estado brasileño se manifestaba abiertamente en favor de una economía más abierta y competitiva que le permitiera ampliar el impacto del desarrollo entre sus connacionales y en el resto del mundo.
6. El Estado brasileño progresista destacó su experiencia como donante de cooperación internacional para el desarrollo especialmente en áreas sensibles como la producción de alimentos y la salud pública.¹⁴

Al erigirse Brasil como un Estado democrático, capitalista, cosmopolita, multicultural, líder regional y promotor del multilateralismo y de la cooperación internacional para el desarrollo, hizo énfasis en un proyecto nacional no sólo incluyente, sino que debiera incentivar la confianza y el orgullo de sus propios ciudadanos.

Todo discurso nacionalista apela a hechos, creencias o valores que debieran ser compartidos por los miembros de la comunidad. El contenido discursi-

¹⁴ Como ejemplo de los puntos aquí vertidos en el discurso de Dilma Rouseff (2011, 1 de enero), se encuentra el siguiente discurso en la toma de posesión: “Temos avançado na pesquisa e na tecnologia, mas precisamos avançar muito mais. Meu governo apoiará fortemente o desenvolvimento científico e tecnológico para o domínio do conhecimento e para a inovação como instrumento fundamental de produtividade e competitividade do nosso país. Mas o caminho para uma nação desenvolvida não está somente no campo econômico ou no campo do desenvolvimento econômico pura e simplesmente. Ele pressupõe o avanço social e a valorização da nossa imensa diversidade cultural. A cultura é a alma de um povo, essência de sua identidade. Vamos investir em cultura, ampliando a produção e o consumo em todas as regiões de nossos bens culturais e expandindo a exportação de nossa música, cinema e literatura, signos vivos de nossa presença no mundo. Em suma: temos que combater a miséria, que é a forma mais trágica de atraso, e, ao mesmo tempo, avançar investindo fortemente nas áreas mais modernas e sofisticadas da invenção tecnológica, da criação intelectual e da produção artística e cultural.”

vo del nacionalismo del progresismo brasileño en el siglo XXI propone que la cristalización de una sociedad más justa al interior del país está en proceso de construcción, al mismo tiempo que se plantea un orden más equilibrado en los asuntos internacionales.

Sin duda, el nacionalismo brasileño se ha transformado y lo sigue haciendo, como puede verse en los últimos años con las presidencias de Temer y Bolsonaro que no pudimos recoger en este apartado. Sin embargo, con los discursos del progresismo es posible alimentar la capacidad explicativa del nacionalismo aspiracionista, cuya característica fundamental es precisamente que se definan tanto los objetivos de convivencia interna como los de influencia externa, así como retomar un modelo revisionista del nacionalismo clásico, pero buscando resarcir los errores históricos de los nacionalismos fundamentalistas y radicales, en el entorno de la reconfiguración del siglo XXI.

El nacionalismo en México

A diferencia de Argentina y Brasil, México es un país cuyo territorio fue ocupado por gran parte de las civilizaciones prehispánicas que fueron consideradas como las más ‘desarrolladas’ en América. A la llegada de los españoles, las estructuras de los pueblos indígenas fueron imposibles de borrar por completo, aunque esto sucede en básicamente todos los procesos de colonización, lo derivó en un sincretismo profundo que sienta las bases de lo que más tarde sería México. En general, estas dos etapas, la prehispánica y la colonial, ofrecen una gran cantidad de elementos sobre los cuales basar el nacionalismo del siglo XIX y más tarde del siglo XX.

El comienzo de México no puede abordarse separado del virreinato de la Nueva España. Las estructuras que se fundan durante esta etapa, sin duda alguna delinearón el surgimiento de la nación actual. Es decir, tanto el sincretismo y la mezcla cultural y biológica que se permitieron gracias a las prácticas coloniales, dieron a la nación determinadas características particulares que gestaron un principio de identidad.

El nacionalismo mexicano de principios del siglo XIX encuentra sus bases en el criollismo pre-independentista, como bien lo demuestra la religión, por poner un ejemplo, con su personificación en el culto a la Virgen de Guadalupe. Sin embargo, poco a poco este nacionalismo decimonónico comenzó a encontrar retos importantes para su definición al enfrentarse a las amenazas

externas. Al ser una nación recién independiente, las élites en México tenían la tarea de construir una identidad unificadora y exclusiva que generara fuertes sentimientos patrios para que sus habitantes estuvieran dispuestos a matar y morir por el Estado.

La primera etapa de construcción nacional fue sumamente compleja. La lucha de independencia había dejado muy mal parada a la nueva nación, sobre todo con un territorio mal comunicado y despoblado en varias zonas, especialmente en el norte donde el expansionismo estadounidense conformaba una amenaza latente, además de que el país se enfrentaba a un endeudamiento voraz que pasaba factura por los años revolucionarios. Ante estos desafíos, se gestionaba una primera etapa que tenía varias asignaturas pendientes: como indica Zoraida Vázquez (2010; p.149) “la nación quedaba frente a la ardua tarea de controlar el territorio, reanudar el cobro regular de impuestos, despertar la lealtad en los ciudadanos y lograr el reconocimiento internacional para regularizar sus relaciones con el exterior.”

El reconocimiento llegado a México por parte de naciones extranjeras comenzó el inicio de un intento por consolidar al país. Sin embargo, la guerra contra Estados Unidos proporcionó un símbolo de otredad generador del nacionalismo defensivo, como lo ha denominado Lorenzo Meyer (2006), que se sostuvo durante muchos años. Sin embargo, la pérdida del territorio mexicano expuso la necesidad de consolidar a la nación, mientras que esta mantenía una lucha interna entre liberales y conservadores urgida de finalizar.

No cabe duda de que uno de los periodos más importantes para la solidificación del nacionalismo mexicano tiene sus registros en la presidencia de Juárez. Durante el gobierno del oaxaqueño, ocurrieron cambios sustanciales en la conducción de la nación como es testigo la Constitución de 1857 y en 1859 las Leyes de Reforma. Sin embargo, uno de los sucesos más importantes en el periodo es la guerra entre México y Francia. Esta se inauguró con un desastre militar para los hombres de Napoleón III, con la famosa derrota del 5 mayo de 1862 en Puebla. La victoria de un ejército irregular frente a la máxima potencia militar europea tuvo fuertes repercusiones en el viejo continente al poner en evidencia las debilidades políticas y militares del segundo imperio francés, y cuestionaba la aventura mexicana del sobrino de Napoleón Bonaparte. (Ramírez Peraza, 2011: 99).

La batalla del 5 de mayo es un recurso imprescindible para el nacionalismo mexicano. A pesar de que después del triunfo en Puebla se instaurará el Imperio Mexicano con Maximiliano de Habsburgo a la cabeza, el evento causaría

un efecto de orgullo depositado en las fuerzas armadas que se extendía a la totalidad del Estado: nos encontramos frente al nacimiento del mito triunfalista que consolidó el nacionalismo mexicano. La batalla, además, tiene un valor especial porque no fue librada exclusivamente por soldados adiestrados y profesionales, sino que contó con la participación de la figura amorfa del pueblo, sobre todo de la población indígena de la Sierra Norte de Puebla, que posibilitó la construcción de la narrativa ficticia pero exitosa de una defensa verdaderamente nacional.

Tras la intervención francesa y con el liderazgo de Juárez, los liberales lograron el triunfo entre las fuerzas políticas del país y por fin se pudo pensar en la profundización de un nacionalismo que encontraría estructuras mucho más sólidas durante el porfiriato. La estabilidad para el proyecto de Estado que se ejecutó con brutal lujo de violencia por parte del gobierno de Díaz, generó que la nación comenzará a presentarse en su narrativa como una de paz, seguridad y desarrollo, por lo que las relaciones exteriores comenzaron a estrecharse. De esta manera, el gobierno de Díaz se encargó de hacerle frente a los Estados Unidos y demostrar que la independencia mexicana no estaba en duda, lo que al mismo tiempo le ayudó a conseguir poder político al interior: “Porfirio Díaz descubrió que la hostilidad estadounidense hacia su administración le había ayudado a fortalecer su posición política y a mantener al pueblo unido en su favor.” (Velázquez, 2007: 111). Además, Díaz reorientó sus relaciones exteriores, mirando a países como Inglaterra, Francia y Japón, estrechando relaciones comerciales y diplomáticas para evitar que Estados Unidos adquiriera demasiada injerencia en la región. El gobierno de Don Porfirio se preocupó también por resaltar la capacidad de las naciones latinoamericanas para valerse por sí mismas: “(Porfirio Díaz) se opuso a que Estados Unidos se convirtiera en guardián de América Latina frente a la amenaza europea o en árbitro entre los países americanos, sosteniendo que dicha tarea correspondía a las propias naciones americanas.” (Speckman, 2010: 205).

Todo esto contribuyó a la promoción de un nacionalismo mexicano entre la población, al mismo tiempo que se empleaban nuevos métodos para su difusión: se invirtió en las artes, con especial impacto en la literatura y la arquitectura, así como en la educación. La nación que se promovía en ese entonces tenía que ver con un México en proceso de modernización, que reconocía su pasado prehispánico y se enorgullecía de los actos que lo había posicionado en la historia. No obstante, la consolidación del nacionalismo mexicano comenzado en esta etapa no terminó de completarse sino hasta el bien entrado el siglo xx.

La Revolución Mexicana trajo consigo cambios sumamente importantes para el nacionalismo, siendo su transformación más importante el sentido popular que adopta en contraposición del nacionalismo de élite:

Al concluir la fase armada de este conflicto, pese a que no resultó un triunfador inequívoco, por razón natural las preocupaciones sociales de los ideólogos del movimiento quedaron plasmadas en un nacionalismo popular —contrapuesto al elitista de Porfirio Díaz— que cristalizó en la Constitución de 1917. (Mabire, 1999: 482).

Para lograr un nacionalismo popular, no fue posible tomar al indigenismo como la única bandera. Una gran parte de la población, y sobre todo la población urbana y con la estructura mental del colonialismo, rechazaba al indígena y poco quería identificarse con su cultura. La homogeneización de la nación tenía entonces que encontrar su mito en la construcción de un sujeto que pudiese desenvolverse por un espectro más amplio de la población: el mestizo.

Los grandes arquitectos del nacionalismo, como José Vasconcelos, por ejemplo, se encargaron de la creación de un México que podía enorgullecerse de su identidad expresada a través de la cultura en manifestaciones relacionadas con la pintura, la música, la danza o el cine. El México mestizo también supo aprovecharse del contexto internacional para generar un nacionalismo económico como indica Segovia (1968; p.355), que encuentra una de sus máximas expresiones en la nacionalización del petróleo. Este tipo de nacionalismo que exaltaba lo propio como herramienta para el funcionamiento de la economía a partir del desarrollo interno, es una característica común a otros nacionalismos, como lo hemos visto con los ejemplos anteriores.

Para la segunda mitad del siglo xx, el discurso del nacionalismo revolucionario se encontraba ya gastado, era poco convincente y se había convertido el lugar común de una élite en el poder que para entonces poco se identificaba con los planteamientos revolucionarios (Pérez Montfort, 1999: 178), por lo que se generó una nueva formulación que mostró una versión más moderna de México. Como hemos mencionado en el primer capítulo del libro, no es posible pensar en el nacionalismo independiente de los patrones de acumulación mundial, tanto en el caso de Brasil como de Argentina, podemos ver que el reacomodo de las fuerzas de capital, mediadas por la Guerra Fría, dieron una forma que correspondía con la dictadura o su dispersión por un proyec-

to que reflejaba el reacomodo planteado por la globalización neoliberal. Con México la situación no es para nada distinta. Los procesos de modernización en el país, presentaron un nuevo proyecto nacional que atendía precisamente a este reacomodo y que dio la posibilidad de distanciar el proyecto mexicano de los intereses estadounidenses para levantar la mano como líder de Latinoamérica. El crecimiento económico del país solidificó esta postura que se vio reflejada en los foros internacionales, especialmente con la promoción de la firma del Tratado de Tlatelolco. De la misma forma, la organización de los Juegos Olímpicos en 1968 y las Copas Mundiales de Fútbol de 1970 y 1986, demostraron la capacidad modernizadora de México.

Para finales del siglo xx, el país consolidó su asociación a la dinámica mundial a través de una serie de reformas de corte neoliberal, lo que determinó un nuevo giro del nacionalismo mostrado hasta el momento. Así es como México se enfrentó al nuevo milenio y los discursos de los presidentes demuestran que existe un cambio relativo en comparación con el pasado.

A diferencia de los otros países estudiados, en la primera década del siglo xxi y buena parte de la segunda, México no tuvo gobiernos progresistas, aunque ocupó el Estado lo que se conoce como la alternancia política, sino neoliberales: Vicente Fox y Felipe Calderón por el Partido Acción Nacional (PAN, 2000-2006 y 2006-2012 respectivamente) y Enrique Peña Nieto por el Partido Revolucionario Institucional (PRI, 2012-2018). Esta situación influyó en la definición de dos tendencias principales de los discursos nacionales:

1. México democrático y global: en los gobiernos de los líderes provenientes de Acción Nacional es posible distinguir a un México que intenta insertarse en las dinámicas mundiales considerándolas vitales para el desarrollo de la nación, sobre todo a través de la globalización neoliberal. Al mismo tiempo se mantiene pendiente de proporcionar a la democracia un lugar fundamental por el cual México debe ser identificado. Recordemos que el triunfo de Vicente Fox representó un cambio en la dinámica de la democracia mexicana al venir de un partido distinto al hegemónico (PRI), de ahí que su presidencia se ocupara de hacer de este logro un símbolo de identidad. La preocupación por las problemáticas globales también fue fundamental en los periodos de Fox y Calderón, especialmente en el del segundo, que hizo de los temas globales base de la narrativa interna, como suele hacer la narrativa neoliberal. No obstante, una de las características que más distingue al nacionalismo de los primeros dos periodos es la carencia de una definición más estática de la identidad nacional misma,

puesto que, a diferencia de Brasil y Argentina, en los gobiernos de Fox y Calderón pocos discursos fueron emitidos en donde se evidenciara la preocuparon por delinear la mexicanidad y los valores por los que debía entenderse.¹⁵

2. El modesto aspiracionismo mexicano: la segunda tendencia, proveniente del discurso de Enrique Peña Nieto, tiene que ver con el regreso a la retórica nacionalista que enaltece el pasado del país y que lo utiliza como una vía para proyectarse al futuro. En realidad, el México de Peña Nieto está íntimamente relacionado con las transformaciones que encuentran lugar en las numerosas reformas estructurales también de carácter neoliberal. El México de su administración se esforzó por conseguir determinado desarrollo y estabilidad que le permita posicionarse como una nación de mucho mayor peso en el sistema internacional, pero que al mismo tiempo se garantice a través de estos avances un futuro mucho más promisorio para los mexicanos. Obviamente, el discurso no necesariamente empata con lo sucedido en el periodo de Peña Nieto, donde el nacionalismo mexicano no pudo sostener el papel de potencia internacional a través de su inserción en la dinámica neoliberal que seguía tambaleando tras la crisis financiera del 2008¹⁶.

¹⁵ Un ejemplo de esto es el discurso de Fox (2003, 10 de septiembre) en la V Conferencia Ministerial de la Organización Mundial del Comercio: “México ha dejado de ser un observador de las grandes transformaciones globales. Somos una de las economías más abiertas, con mayor comercio, y nos hemos beneficiado claramente de las ventajas del libre intercambio. Hoy somos la octava potencia exportadora del mundo y la primera de América Latina; somos la novena economía en tamaño en el mundo. México es una nación consciente de su plena responsabilidad en la conformación de la nueva arquitectura internacional. Hemos pugnado por la paz, estamos promoviendo el fortalecimiento del multilateralismo. También estamos promoviendo el derecho al desarrollo y la cooperación entre naciones.”

¹⁶ Además de todos los discursos vertidos en la promoción de las llamadas Reformas Estructurales, su postura en muchas ocasiones recuerda al México Esto puede reflejarse en el siguiente discurso de Peña Nieto (2012, 1 de diciembre): “Los mexicanos tenemos un legado prehispánico, colonial, independiente, revolucionario y democrático. El pasado para nosotros es identidad y fuente de inspiración y así lo seguirá siendo en mi Gobierno. Somos herederos de una tradición milenaria, que sobrevive hasta hoy en lenguas y culturas indígenas, que sabré respetar y conservar. Somos la expresión de la gran cultura hispana. Somos hijos, también, de dos poderosas corrientes de los siglos XIX y XX: la liberal y la revolucionaria. Sus valores de independencia, libertad y justicia, renovados para el Siglo XXI, guiarán los actos de mi Gobierno. Pero hay otro pasado que no se remonta a los milenios, ni a los siglos, es el pasado reciente que se mide en décadas, y del cual los mexicanos podemos sentirnos igualmente orgullosos. Me refiero al México que construyó instituciones, para hacer efectivos nuestros derechos.”

La reconfiguración del nacionalismo mexicano en los primeros tres mandatos de dicho país durante el siglo XXI, es mucho más difusa que en los otros casos estudiados. Radicó básicamente en un modesto aspiracionismo que fue cobrando fuerza con Enrique Peña Nieto pero que no logró una estrategia clara sobre la cual descansar. A diferencia de Argentina y Brasil, México no puede ser claramente clasificado en los tipos de nacionalismos contemporáneos, aunque es claro que su desenvolvimiento, definitivamente obedece a la dinámica del mercado y sus patrones de acumulación: aunque un poco arcaico para su tiempo, el nacionalismo debilitó su capacidad interna en aras del proyecto neoliberal, como el clásico debate de los años 90 ponía en la mesa. No obstante, aunque aún es pronto para comentarlo, es probable que el gobierno de Andrés Manuel López Obrador, un proyecto que se autodenomina como posneoliberal, nuevamente proponga una reformulación del nacionalismo mexicano.

Conclusiones

Describir las nuevas facetas del nacionalismo contemporáneo en los casos de Argentina, Brasil y México permite abrir un abanico de posibilidades para indagar los mecanismos de construcción de identidades en el siglo XXI. El nacionalismo está transformándose y acomoda nuevas retóricas como el multiculturalismo y el cosmopolitanismo. Al mismo tiempo, las retóricas nacionalistas también expresan los proyectos nacionales y los alcances que cada Estado y sus élites le otorgan a dichos proyectos. Como se pudo apreciar, las nuevas retóricas nacionalistas en Argentina siguen planteando su rol de nación víctima del sistema internacional, pero a la vez, defiende el multilateralismo como una opción en lugar de promover el aislacionismo de años anteriores. Brasil, por el contrario, se plantea una retórica nacionalista que aspira a consolidar un proyecto de nación protagónica de alcances globales. Finalmente, México parece no encontrar retóricas que sustituyan al nacionalismo revolucionario a la vez que proyecta una participación discreta en el sistema internacional. Todas estas consideraciones, alumbran al mismo tiempo la forma en que el nacionalismo se articula con los patrones de acumulación de capital y por lo tanto nos permiten ver la relación intrínseca y determinante que existe entre estas dos fuerzas.

Considerando que el nacionalismo es vigente y se transforma, vale la pena apuntar hacia investigaciones que permitan detectar si las nuevas retóricas

nacionalistas impactan los imaginarios colectivos de sus poblaciones. Es posible que la noción de un nacionalismo de corte cosmopolita adquiriera cierto grado de validez puesto que promueve valores de convivencia y tolerancia, por mencionar algunos. Y declarar cosmopolita a ciertos tipos de nacionalismo no es más que ampliar los alcances de los nuevos modelos de identidad colectivos que la globalización, de varias formas, ha impactado.

IV

El nacionalismo cívico mexicano

EL ESTUDIO ANALIZA la propuesta de corte liberal cosmopolita por transitar en México de un nacionalismo revolucionario de corte clásico a un nacionalismo cívico. La apuesta por el nacionalismo cívico se trata de un proyecto que hace eco de las voces inconformes de varios intelectuales mexicanos, quienes pugnan por cristalizar en México los valores liberales que edifiquen un nuevo acuerdo social fundamentado en la libertad, el mercado, la justicia, la seguridad y la democracia. El nacionalismo cívico parece coincidir con la desilusión por la transición democrática mexicana, por lo tanto, es también una queja contra la cultura política mexicana que se construyó con la institucionalización de la revolución y que no ha superado sus atavismos antidemocráticos. Los apartados que componen el capítulo son: en el primero se expone el contenido de la crítica intelectual mexicana al nacionalismo revolucionario; en el segundo se describe el contexto del debate; en el tercero se revisan las conclusiones de los estudios mediante encuestas sobre el carácter nacional del México contemporáneo; en el cuarto se describen los ejes de esa propuesta, todavía abierta y ambigua, por construir un nacionalismo cívico que reemplace al nacionalismo revolucionario.

Contexto general

Roger Bartra escribió (2012: 9-12) que “el futuro es incómodo y peligroso”, que “provoca intensas discusiones y amargos enfrentamientos”, que “es díscolo y engañoso”; que “el futuro es indócil y no obedece al mandato de los profetas”. Con estas ideas como preámbulo, Bartra cuestionaría en un ensayo la idealización utópica de Cortázar sobre el socialismo y, basándose en Huizinga, afirmaría que “no podemos explorar el futuro. Lo que podemos estudiar son las sombras que el porvenir proyecta en el presente” (Bartra, 2012: 12).

Precisamente junto con Bartra, otros intelectuales mexicanos han emprendido la azarosa tarea de dismantelar “las sombras que el provenir proyecta en el presente” respecto al nacionalismo mexicano. Esa apuesta intelectual será analizada desde una perspectiva crítica en este ensayo. El propósito es someter a escrutinio el proyecto militante e inconexo que propone un nacionalismo cívico para México, mismo que logre superar las insuficiencias y las ‘perversiones’ del nacionalismo revolucionario mexicano, según la afirmación de sus promotores.

La apuesta por el nacionalismo cívico se trata de un proyecto que hace eco de las voces inconformes de varios intelectuales mexicanos, quienes pugnan por cristalizar en el país los valores liberales que edifiquen un nuevo acuerdo social fundamentado en la libertad, el mercado, la justicia, la seguridad y la democracia. El nacionalismo cívico parece coincidir con la desilusión por la transición democrática mexicana, por lo tanto, conforma también una queja contra la cultura política mexicana que se construyó con la institucionalización de la revolución y que no ha superado sus atavismos antidemocráticos. Bartra lo escribió con claridad: “los estudios sobre ‘lo mexicano’ constituyen una expresión de la cultura política dominante. Esta cultura política hegemónica se encuentra ceñida por el conjunto de redes imaginarias de poder, que definen las formas de subjetividad socialmente aceptadas, y que suelen ser consideradas como la expresión más elaborada de la cultura nacional” (Bartra, 2013: 14). Para Bartra, tanto “la configuración del carácter nacional mexicano” como “las reflexiones sobre lo mexicano” son “una construcción imaginaria...una emanación ideológica y cultural del mismo fenómeno” que Bartra pretendió estudiar (Bartra, 2013: 14).

Consideramos al nacionalismo cívico como militante porque cada uno de sus promotores debe ser asumido como promotor de un ‘nuevo México’ y se erige como faro que ilumina el devenir deseable impreso en un nacionalismo contemporáneo. Es inconexo porque no responde a un movimiento ideológico organizado por sus protagonistas, ni en sus medios ni en sus fines. Pero sus ejes generales son reconocibles, ya sea en un libro o en un ensayo, en una conferencia o en un artículo periodístico y en la elaboración de diversas encuestas. Si bien los protagonistas no se identificarían como parte de un movimiento civil articulado, coinciden plenamente en promover la clausura del nacionalismo revolucionario por considerarlo un mito obsoleto que se adecuó a los intereses de un Estado autoritario y paternalista.

Si se considera al nacionalismo revolucionario como un mito, entonces

podríamos decir que estos intelectuales aceptan los criterios del constructivismo. Y si no lo hacen por convicción teórica o metodológica, lo hacen de manera implícita al condenar que el propósito instrumental del nacionalismo revolucionario fue construir una identidad mexicana ficticia que sometiera a la sociedad bajo el liderazgo de un Estado autoritario e incuestionable.

En los siguientes apartados expondremos el contenido de la crítica intelectual mexicana al nacionalismo revolucionario y las conclusiones de los estudios mediante encuestas sobre el carácter nacional contemporáneo. Más tarde esbozaremos los ejes de esa propuesta, todavía abierta y ambigua, por construir un nacionalismo cívico que reemplace al ‘viejo y rancio’ nacionalismo revolucionario que tanto desprecian los intelectuales mexicanos contemporáneos.

La crítica. El nacionalismo revolucionario como problema

La estrategia más sencilla e inmediata para dismantelar al nacionalismo revolucionario mexicano es reducirlo a una narrativa instrumental y ubicar su eficacia en el pasado. Es así que se le define como un nacionalismo obsoleto, que nubla el porvenir con las sombras del pasado oscureciendo el presente. El nacionalismo revolucionario se vende como una herencia de la que debiera liberarse la sociedad mexicana contemporánea. Es obsoleto porque fue un invento mítico, porque creó identidades ficticias¹⁷ y porque sus fines ideológicos se tornaron perversos.

Intelectuales contemporáneos y ampliamente mediatizados en la vida cultural mexicana como Mauricio Tenorio, el mismo Roger Bartra, Jorge G. Castañeda, Enrique Krauze, Héctor Aguilar Camín y Pedro Ángel Palou coinciden en resaltar el carácter mítico del nacionalismo revolucionario. Y, como todo mito, establecen que tiene una fecha de nacimiento y proclaman que ha alcanzado su fecha de su caducidad. También, como ocurre con el tratamiento de muchos mitos, es reducido a una construcción social.¹⁸

Luis González y González (1986) escribió: “los sucesivos grupos dominantes en México han hecho todo lo posible por crear la imagen de una patria

¹⁷ Aunque en realidad, sería complicado afirmar la existencia de una identidad que no goce ese carácter. Véase ‘Comunidades Imaginadas’ de Anderson (1993).

¹⁸ En el sentido de inventado, más que imaginado. Nuevamente, Anderson (1993) es importante en este entendimiento, sobre todo en la discusión que mantiene con Hobsbawm.

epopéyica y uniforme”. Roger Bartra (2014) ha dicho que “a lo largo del siglo xx la cultura mexicana fue inventando la anatomía de un ser nacional cuya identidad se esfumaba cada vez que se quería definirlo”. Carlos Monsiváis (2013) considera que “la expresión cultural del nacionalismo se propone [es decir, se construye voluntariamente] dotar al país de formas expresivas que, al serle propias, configuren la fisonomía espiritual y la identidad intransferible, y obtengan el reconocimiento internacional y las enmiendas políticas concretas”; Mauricio Tenorio (2009) sostiene que “ya en la carrera por hacer nación y Estado no hubo otra opción que la reescritura del pasado nacional con sus consecuentes mitos”; y Pedro Ángel Palou (2014) asevera que “en el orden simbólico creado a partir de su carácter de evento, la Revolución mexicana (1910-1921) es el acto fundacional de la nacionalidad del país.

Tales ideas sostienen, en concordancia con el tratamiento que le hemos dado al fenómeno en este libro, que el nacionalismo mexicano es una construcción social, un invento, un mito. ¿Es que podía evadirse la necesidad imperiosa de inventar naciones durante los siglos xix y xx? México como nación era inevitable; y como nación es un mito, tanto como cualquier otra. Esta mira, que discute frontalmente con la idea insostenible de que las naciones han sido y serán siempre. Aunque quizá desde una perspectiva y con motivos políticos muy distintas que las que hemos establecido en el libro, la argumentación de los intelectuales niega que las naciones sean verdades históricas inmanentes e inmutables. Estos mismos intelectuales que se interesan por el nacionalismo cívico aceptan la naturaleza cambiante del fenómeno mismo y parecen considerarlo un artilugio irremediable y perecedero. De esta forma, el nacionalismo revolucionario merece ser desmantelado y superado debido a su naturaleza ‘avejentada y perversa’.

Al dotarle de una especificidad histórica, los críticos del nacionalismo revolucionario mexicano denuncian que éste respondió a la necesidad del Estado mexicano por dibujar forzosamente una identidad acorde al siglo xx. Es en dicho contexto socio histórico, dicen, donde se diseña el perfil cultural mexicano de pasado indígena y de presente mestizo, de valores de convivencia basados en la familia nuclear clásica y protegidos por la serena autoridad patriarcal del sacerdote. Se trataría de un modelo católico secular que debía distanciarse del individualismo exaltado por la modernidad.

La identidad mexicana del nacionalismo revolucionario sería protegida por un Estado fuerte y benefactor, que desembocó en el Estado autoritario que condenan los intelectuales contemporáneos, tal como lo hizo Octavio

Paz cuando lo bautizó como el “ogro filantrópico”. El Estado ‘fuerte’¹⁹ del nacionalismo revolucionario era el promotor de la cultura, del arte, de la educación, del trabajo, de la salud, de la seguridad y de la prosperidad. Esos atributos todopoderosos y omnipresentes constituyen el centro de las quejas de los intelectuales contemporáneos. Nunca se sabrá a ciencia cierta si fue planificado o si la desviación fue involuntaria, pero el Estado promotor y benefactor corrompió su misión para convertirse en un Estado paternalista y corporativista.

La defensa de la identidad mexicana, de su peculiaridad cultural e histórica, recaería también en el Estado mexicano que, ante el mundo del siglo XX, reclamó su potestad sobre las riquezas naturales del país. Logró explicar retóricamente que la debilidad de la nación en el pasado se debió a la injerencia externa y a la falta de unidad interna. Intentó también crear un discurso de hermandad latinoamericana y, con un alto grado de eficacia, sembró la fuerte idea de que México era una nación pacifista.

El nacionalismo revolucionario, fue, como todo discurso nacionalista, una empresa interna y externa. Y aquí radica la razón para denunciar su obsolescencia. México cambió con el paso de los años y el mundo también. Por lo tanto, los críticos del nacionalismo revolucionario cuestionan que la construcción de este por parte del Estado mexicano se haya resistido a la transformación y, por lo tanto, termine condenando a su sociedad a repetir fórmulas caducas e inoperantes.

De manera un tanto simplista, los promotores del nacionalismo cívico mexicano consideran que el mundo ya no le es hostil al país. Los males de México no deberían recaer ya en la injerencia externa, según estos intelectuales, como si de un plumazo México se hubiera vuelto verdaderamente ajeno a los intereses externos en sus recursos naturales, en su mano de obra barata y en su sistema financiero desregulado. Clamar la presencia del mundo externo en México como estrategia neocolonial es considerado por los intelectuales del nacionalismo cívico como un resabio ideológico del socialismo. El verdadero mal de México radica en insistir en el chauvinismo, el aislacionismo y el parroquialismo de su apuesta nacionalista, según ellos. Por lo tanto, el primer paso que se da para el desmantelamiento del nacionalismo revolucionario es identificar los cambios experimentados por el mundo a finales del siglo XX y su impacto en México, como veremos en el siguiente apartado.

¹⁹ Fuerte en tanto centralizador del poder político.

El contexto: México, el nuevo orden global y el nuevo nacionalismo

Antes de describir las propuestas del nacionalismo cívico mexicano, es necesario reparar en aquello que los intelectuales reconocen como nuevo en México y en el mundo, y que debiera registrarse en un discurso nacionalista acorde a los tiempos. Se trata de una parada indispensable si se pretende entender lo que debe desecharse del nacionalismo revolucionario, lo que puede mantenerse de la tradición, lo que debe incorporarse de la modernidad y lo que debe potenciarse de la experiencia contemporánea de la mexicanidad en la era de la globalización.

El México ideal para los intelectuales contemporáneos que promueven un nuevo nacionalismo debe ser proyectado hacia el mundo, sin temores ni recelos. Debe ser un multilateralista, con una creciente presencia y activismo en todos los foros internacionales, promotor del libre comercio y consciente de su pertenencia geográfica e histórica a Norteamérica, en detrimento al sur del continente.²⁰

Al mismo tiempo, dicen, debe ser un México abierto y amigable con el mundo. Debe ser un sitio ideal para la inversión extranjera directa y para el establecimiento de las empresas transnacionales que harían de México un país manufacturero en la última oleada de la industrialización de la globalización. Debe ser también un país amigable al capital privado nacional e internacional y debe abrirse a la internacionalización de la explotación de las riquezas naturales. Pero, sobre todas las cosas, para los intelectuales del nacionalismo cívico mexicano, el país debe incorporar los modelos educativos impulsados por la OCDE, la gestión y la administración de la riqueza delineadas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, y aceptar el escrutinio internacional en materia de derechos humanos y transición a la democracia.

Es obvio que el nacionalismo revolucionario parroquial, chauvinista, timorato y autoritario no aporta el ideario necesario para el México globalizado al que aspiran los intelectuales del nacionalismo cívico. Aquí conviene plantear un argumento de corte metodológico que le imprima sensatez a nuestro escrutinio sobre el nacionalismo en general.

Siguiendo lo que Joel S. Migdal (2011) propone para lograr una nueva definición del Estado, podemos también sugerir una definición que aprehenda mejor el fenómeno del nacionalismo. Migdal critica el supuesto arquetípico

²⁰ Es posible que esto también se presente como un deseo en su discurso de rechazar al progresismo latinoamericano de gran impacto desde el comienzo del siglo xx.

del Estado weberiano que plantea que sólo éste “mantiene o debería mantener los medios de la violencia legítima”. Dicha percepción del Estado “minimiza y trivializa la rica negociación, interacción y resistencia que ocurre en toda sociedad humana entre múltiples sistemas de reglas.” En el caso del nacionalismo mexicano, los intelectuales liberales caen en el error de adjudicarle al Estado la capacidad absoluta de crear identidad y de proporcionar valores que se difunden y se deberían mantener para garantizar la cohesión nacional. Por lo tanto, la guerra contra el nacionalismo revolucionario es en el fondo la guerra contra el régimen político que se confunde en una guerra contra el nacionalismo mexicano. Porque el nacionalismo revolucionario fue resultado de una amalgama enorme de ideas, de valores, de criterios y de patrones. Ya fueran católicos o progresistas, socialistas o conservadores, indígenas, criollos o mestizos, todos confluyeron en distintos momentos durante la época de la construcción de las instituciones estatales al final de la Revolución Mexicana.

Es decir, el nacionalismo no puede entenderse exclusivamente diseñado desde la voluntad de las élites o la hegemonía política, esto nuevamente sería recaer en el error de Hobsbawm (1998) como la invención del nacionalismo en tanto que un ‘invento’ tal cual. La tesis de Žižek (2010) que propone que las ideas dominantes nunca son las ideas de los dominados, es alumbradora en este sentido.

Es un error considerar al nacionalismo revolucionario como un Frankenstein del régimen político, tal y como lo hace Bartra. Hay en ese nacionalismo elementos criollos como ya lo demostró David Brading (2011), o clásicos e hispanistas como lo sugirieron José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Octavio Paz; con pretensiones socialistas como con los hermanos Flores Magón o de inspiración católica como en el nacionalismo de Gómez Morin. Es indígena como en Manuel Gamio o neo urbanizado como en Samuel Ramos. Es un nacionalismo que adquiere tintes diversos a lo largo de la extensa y variada geografía mexicana. Es, como todos los nacionalismos, un entramado de ideas, valores y conceptos que está vivo y en constante transformación.

El nacionalismo aparece como una amalgama ideológica conformada por narrativas históricas, artísticas y culturales que adquieren cierto grado de coherencia en un tiempo específico y que logra cierto grado de aceptación. Estas narrativas producen ciertos rasgos en los que se reconocen los habitantes de un territorio determinado, otra vez, en un tiempo específico. Como resulta obvio, la potencia del nacionalismo radica en su movimiento por las prácticas reales y cotidianas, individuales y colectivas de quienes lo viven.

Esto significa que el nacionalismo no es monolítico, ni es percibido ni vivido de igual forma por todos aquellos quienes se identifican con él. Sobra decir que los mexicanos viven, sufren y se reconocen de múltiples formas y con variados matices en su mexicanidad. El nacionalismo mexicano, como todo nacionalismo, es una forma sociocultural inacabado que incorpora, sin control lineal ni vertical, múltiples elementos. Algunos se descartan y otros persisten. Por ejemplo, el imaginario colectivo mexicano vinculado a la vida campirana, impreso en los cuentos y en las canciones e historias de rasgos caballerescos encarnadas por el personaje del charro, escenificados en las haciendas y consagrados por el cine de los años cuarenta, el del México de la blanquitud terrateniente, se respira anacrónico en un país con una población urbana en rangos del 70%.

Para Bartra, Krauze, Aguilar Camín y otros intelectuales del nacionalismo cívico mexicano, lo que se debe dismantelar es la narrativa emanada de la Revolución Mexicana. Según ellos, por obsoleta y retrógrada en su estado-centrismo, por ideológica y anacrónica en su 'socialismo' y por abusiva y antidemocrática en su instrumentalización. Se confunde, por lo tanto, la negación de las formas burocrático-administrativas del Estado con la negación del nacionalismo, lo que supondría el vaciamiento a la sociedad mexicana de los recursos, instituciones y elementos identitarios construidos en relación con el Estado. Este vaciamiento supone ser llenado por el nacionalismo cívico, como hemos venido insistiendo.

Es necesario, entonces, partir de la idea de que el nacionalismo, en tanto que relación social, está vivo y, por lo tanto, las preguntas podrían ser: ¿En qué medida se mantienen vigentes los criterios culturales del México del siglo xx? ¿Qué es lo que persiste, qué se ha transformado y qué es lo que ha desaparecido del nacionalismo mexicano del siglo xx? Algunas respuestas han empezado a difundirse, y estas provienen de las encuestas que, en México, se han vuelto modo desde mediados de los años noventa del siglo xx:

Radiografía y diagnóstico. Las encuestas sobre “lo mexicano”

La empresa de definir el carácter nacional mexicano durante el siglo xx ya había sido de por sí un tema complejo y polémico. En él se involucraron plumas reconocidas como las de José Vasconcelos, Samuel Ramos o Alfonso Reyes, todos ellos impactados por la construcción de las instituciones nacionales. De igual forma, se debatió el carácter nacional mexicano cuando el Estado

comenzó a dar indicios de inoperancia, y como muestra destacan algunos trabajos de Octavio Paz o Carlos Monsiváis. La empresa sigue vigente con la complejidad de descubrir, como hemos dicho, aquello que permanece, aquello que ha cambiado y lo que debería permanecer y desecharse.

Una parte de esta empresa, la de retratar la uniformidad y la variabilidad del sentimiento mexicano ha sido abordada por las encuestas. Se han elaborado muchas y muy variadas. El gran motor de las encuestas en México ha sido la democracia electoral. Las intenciones de voto, las preferencias electorales o los candidatos favoritos son motivo de encuestas locales y nacionales repetidamente, lo que aprovechan de sobre manera los intelectuales mexicanos para establecer su posición. No obstante, otras cuestiones encuestadas, que quizá gozan de menor mediatización, tienen que ver con el lugar de México en el nuevo orden mundial, sus relaciones con Estados Unidos y América Latina, sus valores, creencias y razones en términos de identidad.

La primera referencia corresponde a las tres encuestas realizadas por Enrique Alduncin a petición de una institución bancaria mexicana en 1981, 1987 y 1995. En el comparativo de dichas encuestas elaborado por Enrique Orozco (2002) se destaca lo siguiente:

Ante la pregunta ¿Estás satisfecho con lo que es el mexicano? La respuesta “mucho” mejoró en 1995 respecto a 1981; sobre las percepciones de la calidad de vida las respuestas eran mejores en 1981 que en 1995; ante la pregunta sobre ¿cómo piensan que vivirán sus hijos? En 1995 la respuesta “mejor” bajó del 57% al 47%; en 1995, los encuestados respondieron en mayor porcentaje que se sentían “muy satisfechos” o “satisfechos” respecto a los logros alcanzados como nación en comparación con las encuestas anteriores; las respuestas más comunes respecto a la pregunta ¿cuál es mi objetivo en la vida? Fueron en orden de mayor a menor: mejor vida familiar 14%, vivir tranquilo 9% encontrar a Dios 8%, Éxito profesional 8%, oportunidad para hijos 8%; la honradez fue la característica más valiosa en una persona en 1995, la persona que le merece más respeto ha sido la madre en las tres encuestas y ante el planteamiento “si tuviera tiempo y dinero lo gastaría en...” las dos respuestas más consistentes fueron “ayudar a mi familia” y “educación de mis hijos”

En esta primera radiografía, se aprecian respuestas propias de una sociedad de tendencia conservadora y tradicionalista que hacia 1995 vivía los estertores de una crisis económica brutal enmarcada por el nuevo proyecto de

nación neoliberal instaurado en esos años²¹. Quizá por eso, ante la pregunta ¿qué caracteriza al pueblo de México? La respuesta más reiterada fue: “aguantador”. El perfil conservador del nacionalismo mexicano ya había sido descifrado por Monsiváis, quien entendió los valores nacionales de la “mentalidad derechista” en “aquello que contiene y permite la nación: la familia, último guardián de los valores morales y eclesiásticos. Y de la Familia se desprende la empresa, el culto al esfuerzo individual que prolonga el sentido de lo familiar en el mundo de las transacciones” (Monsiváis, 2104: 296). Este argumento lo utilizó Monsiváis para explicar cómo las élites olvidaron fácilmente la paterinidad del Estado mexicano sobre la economía, para abrazar sin condiciones el modelo neoliberal.²² El libre comercio celebrado por la derecha mexicana, implicó la renuncia de la retórica del nacionalismo revolucionario sobre la potestad de la nación respecto a sus recursos naturales y a favor del adelgazamiento del Estado²³. Por corporativista, por estatista y anti libre mercado, el nacionalismo revolucionario fue despreciado.

Nuevamente, con motivo del bicentenario de la Independencia en 2010, se levantó una encuesta por parte de Alduncin para el Banco Nacional de México (BANAMEX). Este ejercicio sirvió para actualizar la fotografía sobre el nacionalismo mexicano vigente en la primera década del siglo XXI. Entre los resultados destaca que:

La historia, los deportes y el orgullo nacional son los aspectos que se perciben como los más unificadores en el país; en contraparte, las diferencias sociales, la política y los partidos políticos son percibidos como los aspectos que más dividen a los mexicanos; los mexicanos no sólo se ven a sí mismos bajo una óptica de clases sociales, sino que consideran que la estructura social es fuertemente divisiva, más que nuestras diferencias étnicas, regionales, ideológicas, generacionales e incluso religiosas. México es un país marcadamente dividido por las clases sociales; la política no se ve como una vía para el acuerdo y la negociación, sino como el espacio de los desencuentros y de los

²¹ Obviamente, es importante destacar que la metodología de la encuesta, que no presentamos aquí, hace que nuestra interpretación sea parcial. El punto no es realizar una radiografía del país en general, sino de los elementos que sirven a los intelectuales para generar su punto de vista.

²² Es posible que esta misma actitud ocurriera en otras naciones frente al despliegue del neoliberalismo. Es importante resaltar esto porque no queremos asumir la postura esencialista de la cultura, sino la manera en que su caracterización se ha trenzado con el proyecto de nación a partir y su interpelación en determinados grupos sociales.

²³ Adelgazamiento en cuanto a su forma keynesiana, pero de ninguna manera absoluta. El Estado neoliberal corresponde a uno terriblemente fuerte y militarizado.

desencantos. Es un campo de batalla. En particular, los partidos políticos son considerados como aquello que más divide a la sociedad mexicana. respecto a los objetivos del país para los siguientes 10 años, las respuestas fueron: economía fuerte (38%), seguridad social (23%), democracia funcional (20%) y estado de derecho (20%). (Este País, 2011).

Estas respuestas hablan de un cierto grado de inconformidad con respecto al estado de las cosas en México: es decir, con problemas de desigualdad, corrupción política, economía estancada y el Estado inoperante. No olvidemos que todo nacionalismo apela a la defensa del suelo patrio, de los recursos naturales, del modelo político y económico, del pasado histórico. ¿Vale la pena defender a una nación que no está satisfaciendo necesidades fundamentales de sus ciudadanos? Será en la promoción de un modelo de vida liberal, en donde encontrarían motivación los intelectuales del nacionalismo cívico mexicano para defender a la nación.

Retomando las aportaciones de las encuestas, se puede leer con claridad que, en aquellos temas relacionados con el nacionalismo mexicano, se vive una tensión entre la tradición y el cambio. No podía ser de otra forma. Es prácticamente el mismo argumento de los intelectuales del nacionalismo cívico: algo queda, algo debe rescatarse y mucho debe modificarse. Es este mismo argumento el que nos permite reafirmar la premisa de la narrativa nacionalista como dinámica y, por lo tanto, en constante transformación. Pero los resultados de las encuestas van un poco más allá, porque logran retratar el sustrato pragmático del nacionalismo. Es decir, qué vale la pena mantener del nacionalismo mexicano y qué vale la pena desechar o cambiar con la finalidad de hacer vivible a México.

En un amplio estudio basado en preguntas aglutinadas en diversos temas, Julia Isabel Flores logró reunir en 2015 casi todas las cuestiones que parecerían necesarias para resolver la interrogante de cómo percibe el mexicano su propio nacionalismo²⁴. Sus conclusiones apuntan a la idea de cambio. Por supuesto, hay valores, concepciones, nociones y aspiraciones nacionalistas perdurables que se expresan en las encuestas. Pero lo que resalta es el cambio que hay en el nacionalismo mexicano que Flores describe en las claves de la transformación de los valores. La primera tiene que ver con la educación y con el hecho de que a mayor escolaridad “aumenta la tendencia a tener valores democráticos” (Flores, 2015: 343). La segunda tiene que ver con el

²⁴ Nuevamente, la cuestión de la metodología es importante, pero no afecta el sentido de nuestra argumentación.

recambio generacional: “los jóvenes experimentan en una mayor medida que la población adulta valores libertarios, igualitarios, favorables a la igualdad de géneros, permisivos sobre el plano de la moral y progresistas en el plano político (Flores, 2015: 344). La tercera apunta hacia un reconocimiento implícito del problema de la desigualdad en México, ya sea en términos de estratificación social, acceso a las oportunidades para estudiar y trabajar, así como las diferencias en el desarrollo de las regiones que componen al país (Flores, 2015: 345). La cuarta clave se sostiene en el incremento de la autonomía individual que implicaría un aumento de la tolerancia hacia el otro, tanto como la exigencia del respeto a uno mismo. Dice Flores que “la tolerancia es el indicador por excelencia de una sociedad que se va volviendo más democrática” (Flores, 2015: 347).

Como colofón a su extenso estudio, Flores considera que las respuestas dan cuenta de que existe un creciente patrón que apuesta por la “superación personal” y que no aspira a “cambiar al mundo” sino a “cambiar de vida.” (Flores, 2015: 350). Este no más que el ideal liberal individualista por excelencia.

Finalmente, ninguna radiografía del nacionalismo mexicano podría estar completa sin contrastarlo con el mundo o con otras naciones. Esta empresa ha sido asumida sistemáticamente por el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). El proyecto se denomina “Las Américas y el Mundo” y en su página web indica que “es el único estudio de opinión pública sobre temas de política exterior en América Latina. El proyecto inició en 2004 en México y, a partir de 2008, se transformó en una investigación de alcance regional latinoamericano.”

El último reporte sobre México, levantado en 2014 presenta en su resumen ejecutivo las siguientes conclusiones que abarcan los resultados 10 años que abarcan de 2004 a 2014:

1. Los mexicanos perciben que los asuntos mundiales afectan más al país que a las propias personas; no obstante, desean una política exterior que mejore su bienestar personal y la seguridad nacional.
2. La población es pesimista respecto al mundo y quiere una participación internacional limitada. Los líderes son optimistas y desean una participación activa y con liderazgo.
3. Los mexicanos prefieren una política exterior que utilice instrumentos de poder “suave” e invierta más recursos en ello.
4. Aumentó el déficit de interés, conocimiento y contacto de los mexicanos con el mundo.

5. Los mexicanos tienen una identidad estable hacia la comunidad nacional, aunque son más cosmopolitas y su nacionalismo es más patriótico.
6. Las actitudes hacia la apertura económica son positivas.
7. La ONU tiene valoraciones altas, pero su actuación en el país tiene límites.
8. La emigración de mexicanos ha disminuido, así como las buenas actitudes hacia la inmigración.
9. Existe una brecha entre líderes y población en la exposición al discurso de los derechos humanos, aunque ambos comparten la mala situación de estos en el país.
10. Las actitudes y opiniones hacia Estados Unidos han mejorado en la última década.
11. Las preferencias regionales están en América Latina, donde hay amigos, pero con valoraciones distintas.

Las conclusiones sobre el nacionalismo mexicano aportan también elementos dignos para ser revisados. Las baterías de preguntas estuvieron organizadas en torno a tres dimensiones: la cultural, la política y la soberanía nacional.

En primer lugar, “la dimensión cultural del nacionalismo tiene que ver con una actitud defensiva o de rechazo a mentalidades, modos de vida y formas de ser de otras naciones distintas o ajenas a la propia” (Maldonado *et. al.*, 2014: 41). En las respuestas de los encuestados, se encontró que “uno de cada tres mexicanos son nacionalistas culturales que consideran que es malo que ideas y costumbres de otros países se difundan en México”²⁵ y que “la mitad de los mexicanos no ven con buenos ojos o tienen dudas con respecto a la influencia de culturas distintas a la mexicana” (Maldonado *et. al.*, 2014: 41). Estas respuestas no difieren con posiciones similares en Estados Unidos y Europa en una era de crecientes sentimientos negativos hacia la inmigración en todo el mundo.

“Una segunda dimensión del nacionalismo que captura la encuesta es de naturaleza política y se refiere a la indisposición para permitir el ingreso e incorporación a la comunidad nacional de personas que no tengan la nacionalidad mexicana por nacimiento” (Maldonado *et. al.*, 2014: 42). La respuesta mayoritaria fue abrumadora: hay una fuerte oposición en el público mexicano

²⁵ Insistimos: la cuestión de la metodología, sobre todo saber las características de la muestra, es relevante, aunque nuevamente hacemos hincapié en que este factor, no necesariamente afecta el uso que damos a este trabajo.

a que extranjeros nacionalizados puedan ocupar puestos de representación popular y representarlos políticamente. Una mayoría rotunda de 78% rechaza la idea de que un extranjero nacionalizado pueda llegar a ser electo como presidente de la república” (Maldonado *et. al.*, 2014: 42). Nuevamente, resultaría muy difícil no encontrar respuestas similares en otros países, en lo que, al igual que México, los derechos políticos y sociales se consideran propios de los nacionales.

La tercera dimensión del nacionalismo “que indaga la encuesta se relaciona con las nociones de soberanía nacional, autodeterminación e integridad territorial.” (Maldonado *et. al.*, 2014: 41-4). Aquí se busca establecer qué tanto los mexicanos están dispuestos a defender la independencia y autonomía de su país o qué tanto están dispuestos a cederla en pro de beneficios económicos. Los resultados indican que “53% de los mexicanos están de acuerdo con la idea de que México y Estados Unidos formen un solo país, si esto representa una mejor calidad de vida” (Maldonado *et. al.*, 2014: 43). En este punto resultaría interesante profundizar con estudios similares, porque no se puede entender el nacionalismo sin el componente soberanista. Este conflicto de orden económico, político, simbólico y cultural está vigente en las contradicciones diarias que viven los ciudadanos de la Unión Europea y que motivaron la salida del Reino Unido de la unión. En el caso mexicano, el tema cobra relevancia ante la polémica de ubicar a México como una nación norteamericana o como una nación latinoamericana. El debate se ha reabierto con fuerza toda vez que los nacionalistas cívicos mexicanos critican con energía a los gobiernos progresistas latinoamericanos a los que califican de populistas. Por el contrario, abrazan y aplauden el alineamiento de México hacia las estrategias estadounidenses y europeas y celebran que el país forme parte del G20 y se compare con las naciones desarrolladas de la OCDE. Si todo esto implica alejarse de la región latinoamericana, los nacionalistas cívicos consideran que es un precio digno de pagarse.

En resumen, las encuestas sobre el nacionalismo mexicano o los valores identitarios del mexicano están motivadas por el hecho de los cambios sociales e internacionales que experimenta el país. Es obvio suponer que “el carácter mexicano” no es igual en el siglo XXI que durante los primeros años de la independencia o durante la segunda mitad del siglo XX. Y las encuestas, como escribí antes, pretenden detectar qué se mantiene vigente y qué se ha transformado en el imaginario colectivo de los mexicanos sobre su identidad.

En el fondo, lo que las encuestas buscan son respuestas a preguntas simi-

lares que se destacan en la preocupación de los intelectuales del nacionalismo cívico mexicano por encontrarle razones, justificaciones y legitimidad a la irrenunciable necesidad de ser y sentirse mexicano en el mundo contemporáneo. Pero eso es un problema, ser mexicano implica reconocer elementos de identidad compartidos y rechazar otros que no lo son. Todo nacionalismo descansa en un continuo ejercicio de antagonismos, seleccionando lo que le es propio a una comunidad imaginada y lo que le es ajeno. También, lo que merece defenderse y lo que no. Estos planteamientos nos servirán de eje para evaluar en el siguiente apartado los contenidos y el alcance del nacionalismo cívico mexicano

La propuesta. El nacionalismo cívico en México

¿Debe ser el México moderno un país aislacionista o cosmopolita? ¿Debe seguir el ímpetu de la globalización o participar activamente de ella? ¿Es posible hacer coincidir la realidad geopolítica norteamericana de México con sus aspiraciones de hermandad latinoamericanistas? ¿Debe tener México socios o aliados? ¿Cuál es el precio que debe pagar México por ser socio comercial o aliado político de alguna nación en particular? ¿Qué piensa la gente de todo esto? ¿Qué nos dicen las respuestas de las encuestas sobre la naturaleza del nacionalismo mexicano contemporáneo?

Estas preguntas están penitentes por ser respondidas entre quienes reflexionan sobre el nacionalismo contemporáneo mexicano por las siguientes razones: porque los nacionalismos excluyentes siguen vigentes como en la extrema derecha de Europa e Israel; porque los discursos ultra nacionalistas de potencias como China, Estados Unidos y Rusia abruman al mundo justificando sus acciones; porque el nacionalismo catalán, escocés, palestino o saharauí reclaman su reconocimiento y legitimidad; porque el nacionalismo clásico en India, Sudáfrica, Brasil, Irán o Venezuela, plantan cara a los discursos globalizadores, neoliberales y hegemónicos; porque el excepcionalismo nacionalista estadounidense defendido por Samuel Huntington (Referencias Who Are We) alimenta las conciencias de los votantes de Donald Trump contrastando los valores anglosajones con los mexicanos.

En suma, el nacionalismo es un problema para los intelectuales mexicanos porque todo nacionalismo corresponde al diseño de una identidad colectiva imaginada que pueda identificarse con un pasado relativamente común, con

un presente inevitablemente común y con un futuro deseablemente común. No importa si se trata de un nacionalismo moderno o contemporáneo y de valores liberales, capitalistas o democráticos; como todo nacionalismo, pretende enarbolar valores que enorgullezcan a la gente que vive en un territorio determinado en un tiempo particular, y que canalice ese impulso empático hacia la solidaridad y el sacrificio por el otro para “hacer comunidad”.

Al explicar las preguntas realizadas sobre el nacionalismo por el proyecto del CIDE, sobre México y el mundo, los autores aportan una definición instrumental que nos puede servir de guía: “El nacionalismo, como una forma intersubjetiva de relación entre población y Estado, es un fenómeno complejo y multidimensional que alude a nociones de apego, lealtad y defensa de una comunidad imaginada sobre la creencia de una cultura compartida, un mismo origen y un territorio común” (Maldonado, *et. al.*, 2014: 41). El nacionalismo construye alteridades y construye elementos solidarios para cohesionar la defensa de lo propio. Ese puede ser el éxito del nacionalismo revolucionario. Al menos de forma pasajera, logró consolidar sentimientos patrios más o menos generalizados. Y eso es lo que los intelectuales del nacionalismo cívico mexicano critica.

Sin embargo, al dismantelar los criterios del nacionalismo revolucionario mexicano surgen dos preguntas profundamente preocupantes: ¿tiene sentido seguir siendo mexicano? ¿vale la pena ser mexicano en un país arruinado por la corrupción, atemorizado por la violencia y avergonzado por la desigualdad?

A éstas, le sigue otra pregunta elemental de cualquier retórica nacionalista: ¿Qué es lo que vale la pena defender de México, su pasado histórico, sus recursos naturales, sus valores familiares o religiosos, su diversidad folklórica, la integridad de su territorio, los estilos de vida, las mínimas conquistas sociales como la salud y la educación públicas, su precario Estado de bienestar, su gastronomía o acaso sus sitios turísticos?

Es obvio que no vale la pena defender de México a sus gobiernos corruptos y antidemocráticos, inoperantes ante el crimen organizado y hasta cómplices de la corrupción y de la escalada de la violencia. Entonces ¿qué pretende el nacionalismo cívico mexicano, en dónde radica la fuente de su orgullo o la justificación para clamar por la defensa de un México digno de ser protegido? Pues bien, ante el dismantelamiento de un discurso nacionalista, emerge la construcción de uno nuevo.²⁶

²⁶ Obviamente, esto ocurre desde el punto de vista de la hegemonía que está preocupada por el sostenimiento de sus relaciones de dominación. Este desborde del

El llamado a la clausura del nacionalismo revolucionario mexicano posibilita un vacío identitario para quienes viven en México y no encuentran ya razones reales ni simbólicas para seguir siendo mexicano, salvo la fuerza de la costumbre y la inevitabilidad de una existencia pasajera que, por el hecho de ser cotidiana, se sobrelleva. Quizá los intelectuales del nacionalismo cívico mexicano habrán tenido que afrontar la disyuntiva: ¿nacionalismo o no nacionalismo? Una respuesta negativa supondría una organización social radicalmente distinta que pusiera contra las cuerdas la existencia misma del Estado moderno. De manera que, para el interés hegemónico preocupado por conservar lo existente, la perspectiva se concentraría en evidenciar la imposibilidad de vivir en un país sin un mínimo de criterios de identidad colectiva a gran escala que permita llevar las relaciones sociales tal cual se conocen: esto hace evidente al mismo tiempo la incapacidad de otra forma social que no sea el nacionalismo.

Alguna vez Lorenzo Meyer vez preguntó “y si ya no hay necesidad del nacionalismo en México, ¿qué le queda a México?”. Es otra forma de preguntar ¿cómo se puede ser nación sin criterios elementales de identidad nacionalista? Desde lo que podemos ver actualmente, no parece que la fuerza del nacionalismo se derrumbe repentinamente²⁷. La globalización, en su contradicción entre la producción (territorial y local) y la circulación (global y desterritorial) (Pascual y Ghiotto, 2020) no podrá dismantelar en el corto plazo el ideal exclusivista de los nacionalismos que se vienen construyendo y reconstruyendo en el mundo desde hace más de tres siglos.

Quizá esto sea una respuesta a lo que hemos denominado como el nacionalismo cívico mexicano. Es posible que su formulación sea intuitiva y, como señalamos antes, sin conexiones claras en las que sus promotores se identifiquen como parte de un colectivo, pero con ejes fácilmente reconocibles dentro

discurso nacionalista, puede observarse como un desplazamiento en el paradigma de la resistencia en el campo popular: mientras que durante el siglo xx el concepto de liberación nacional caracterizó a la izquierda latinoamericana, tras la caída de la Unión Soviética se han venido mostrando otras prácticas organizativas que rompen el esquema nacional: uno de los casos más alumbreadores se encuentra en México con la emergencia Zapatista, aunque en el siglo XXI, la revolución de las y los kurdos también es un ejemplo claro del desplazamiento del discurso nacional.

²⁷ Si bien mencionamos la experiencia Zapatista y Kurda, también podemos ver que en otras movilizaciones radicales que la bandera del nacionalismo no se termina de quemar. Por poner un ejemplo: el movimiento chileno que comenzó en el 2019, con todo y su potencial transformador contradictorio, sigue teniendo en el centro de su estética rebelde a la bandera mapuche y chilena oficial.

del imaginario liberal burgués. Como describiremos a continuación, el ideal del nacionalismo cívico mexicano propuesto por algunos intelectuales en el país responde al ideal de los medios y modos de vida de las clases medias. En otras palabras, sólo valdrá la pena ser mexicano y defender al país si éste permite los modos de vida deseados por los valores socioculturales de las clases medias ciudadanas.

La noción de nacionalismo cívico que expresamos a continuación, se conforma a partir de las definiciones propuestas por Rousseau, Hans Kohn y Ramón Máiz. Entendemos por nacionalismo cívico la aspiración por conformar una sociedad que comparta valores liberales fundados en la libertad, el reino de la ley, la justicia, la eficacia gubernamental y la convivencia cívica. Se trata de un nacionalismo que permite la adscripción de cualquier persona porque se fundamenta en el ideal de la “voluntad popular”, es decir, en el contrato libre, racional y soberano de los individuos por pertenecer y ser partícipes del funcionamiento de una sociedad libre, justa y equitativa. Como dice Máiz, el nacionalismo cívico tendría una carga positiva moderna occidental por ser cívico, inclusivo y político (Máiz, 2004: 107). El propósito del nacionalismo cívico es distanciarse de otras formas de reconocimiento identitario no modernas, basadas en mitos de predestinación, concepciones excepcionalistas, aislacionistas y étnicas.

El nacionalismo cívico mexicano pugna también por distinguirse de formas contemporáneas de nacionalismos beligerantes como el nacionalismo étnico de la extrema derecha en el mundo occidental, el nacionalismo religioso de algunos países islámicos, y el nacionalismo de izquierda anti hegemónico, anti globalización y anti neoliberal como el de algunos gobiernos de Sudamérica durante el siglo XXI.

Tras el proyecto claramente identificado de dismantelar el nacionalismo revolucionario en México, la apuesta por el nacionalismo cívico responde a la búsqueda de criterios mínimos de convivencia deseables y exigibles a las clases gobernantes. Para quienes los han formulado, como Bartra, Aguilar Camín, Krauze, Denisse Dresser y Castañeda, entre otros, lo que destaca es la apuesta por la democracia electoral, la rendición de cuentas en el ejercicio de gobierno y la eficacia gubernamental para la resolución de problemas comunes como la violencia y la inseguridad. En una primera instancia, valdría la pena ser mexicano en un país democrático, con gobiernos eficientes, transparentes y que rindieran cuentas. Es decir, el nacionalismo cívico mexicano apuesta por la correcta gestión gubernamental como requisito básico e indis-

cutible. Para lograr esta meta, el primer frente es construir una sociedad civil organizada, cohesionada y poderosa.

Y estas pretensiones descansan sobre la base de que México es un país en obra negra, que no ha consolidado ni la equidad, ni la transición a la democracia. Así se puede leer en el prólogo del libro de Denisse Dresser (2016), o en la agenda propuesta por Castañeda y Aguilar Camín. (2009; 2010). De lo que se trata, dice Dresser (2016), es cambiar la estrategia: “la consigna actual no debería ser la celebración de lo logrado, sino la honestidad ante los errores cometidos [...] se trata –en esencia– de cambiar cómo funciona la política y cómo funciona la sociedad.” El eje de su argumento es luchar por la construcción de ciudadanía, algo que ella considera “hacer una declaración de fe”. En esta propuesta resuena el ideal de Renan de que “una nación es un alma, un principio espiritual” o de que la ciudadanía “en sus sentidos formal e informal de pertenencia social, es también un estado afectivo, en el cual se configuran los afectos” (Berlant, 2011, 115).

En un tono que amalgama la actividad legal y comercial de los Estados y los individuos (Berlant, 2011: 114), es decir, más pragmático y orientado hacia las aspiraciones de la sociedad de consumo, Castañeda y Aguilar Camín proponen una agenda, también para superar el México en obra negra. Primero debía liberarse de su pasado y de la “pobre idea que tiene de sí mismo” (Aguilar Camín y Castañeda, 2010: 7). Segundo, aceptan, con cierto grado de resignación, que para materializar los cambios que requiere México se necesita que los políticos, los partidos, los poderes fácticos y los grupos de poder los aceptes y los promuevan a pesar de afectar su *status quo* que les otorga una posición privilegiada (Aguilar Camín y Castañeda, 2010: 101). Y para ello se requiere de ciudadanos que presionen y persuadan a las élites (Aguilar Camín y Castañeda, 2010: 101).

En el fondo, la idea que priva es que para lograr que México deje de ser un país en obra negra, incompleto y maltrecho, se requiere la cereza del pastel de la modernidad que cristalizaría la añorada transición democrática: una sociedad civil organizada. El nacionalismo cívico mexicano ha generado la narrativa de la responsabilidad de la sociedad civil para contribuir a la reconstrucción del Estado y la defensa de la nación.

Más adelante, en un segundo cúmulo de propuestas, el nacionalismo cívico mexicano también aborda el problema del Estado de derecho, de la justicia, la equidad y el combate a la desigualdad. La miseria y la pobreza, la precariedad de la seguridad social, la mediocridad de la educación pública y temas

similares forman parte de la agenda del nacionalismo cívico mexicano. Es una agenda que pone el dedo en las llagas que no se curan en el país. Pretende hacerlo visible mediante la movilización ciudadana y la denuncia. A través de marchas contra la violencia y de acciones específicas mediante una variedad de organismos no gubernamentales, los temas lacerantes del precario Estado de derecho en México salen a la luz pública. En buena medida esto es posible gracias a varios medios de comunicación masiva que contribuyen a la visibilidad de los *Think Tanks* y las ONG's involucradas y de sus temas.

Por ejemplo, se hacen públicos los estudios sobre desigualdad y pobreza de OXFAM México, o sobre las estrategias de política exterior publicados por COMEXI; se divulgan los trabajos de INTEGRALIA sobre la calidad democrática en el país, las propuestas de IMCO para orientar y mejorar las políticas públicas, los resultados de “Mexicanos Contra la Impunidad” que ha hecho un recuento de los escándalos de corrupción en diferentes entidades del país, o las investigaciones sobre la corrupción de gobernadores en el país documentadas por “Animal Político”. Esta estrategia corresponde al objetivo de construir una narrativa nacionalista de corte liberal o neoliberal.

Se propone, por ejemplo, reconocer las razones geográficas, económicas, políticas, migratorias e históricas para que México se considere así mismo como un país de Norteamérica (Aguilar Camín y Castañeda, 2010), como se acentuado con la puesta en marcha del T-MEC. Se defiende la idea de que el libre mercado, el comercio internacional, la inversión extranjera directa y la privatización de los recursos naturales es el camino deseable. Por supuesto, para lograr esto hay que dismantelar los “prejuicios” del nacionalismo revolucionario obsoleto, como propuso Enrique Krauze en 2008 para defender la privatización de la industria petrolera mexicana: “la razón histórica debe tener sus límites, sobre todo cuando sus paradigmas entran en conflicto con las circunstancias reales. Al menos tres afinamientos vienen al caso. En primer lugar, el miedo indiscriminado a todo lo que viene de afuera nos ha debilitado: en el siglo XIX retrasó irremediablemente la inmigración y en el XX minó nuestra competitividad internacional. En segundo lugar, la historia -al menos en este caso- no puede repetirse. Por más voraces que sean, las compañías petroleras de hoy no pueden moverse ya con la impunidad de sus antecesoras en los años treinta. En tercer lugar, hay que reconocer alguna vez que nuestra victimada historia no es tan excepcional” (Krauze, 2008).

Y para que la lógica del mercado opere en México, los intelectuales del nacionalismo cívico siempre tendrán como contra ejemplo lo que denominan “el

fracaso económico” de Cuba o el chauvinismo petrolero de Venezuela que se sustenta en modelos dictatoriales y antidemocráticos. Es decir, los intelectuales del nacionalismo cívico mexicano enarbolan los logros de la democracia electoral y de la libertad de opinión de la prensa para señalar que los “otros”, los antidemocráticos como Cuba y Venezuela, son también anticapitalismo, anti privatizaciones, anti neoliberales. De alguna forma defienden la idea de tomar partido. La opción de la izquierda trasnochada que critican los promotores del nacionalismo cívico serían Cuba, Venezuela, Bolivia o Nicaragua. La opción de ellos serían Estados Unidos y la Unión Europea. Los caminos deseables serían la OCDE, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional; los deleznable: UNASUR y el ALBA. La fórmula sería la siguiente: (sociedad civil + democracia + mercado + mundo occidental = México moderno, justo e igualitario).

Y en un tercer escalón, mucho más difícil de alcanzar, podemos encontrar las denuncias a las prácticas cotidianas de la discriminación y la humillación. Algunos intelectuales promotores del nacionalismo cívico mexicano se darían por satisfechos con un Estado eficaz y transparente, otros requieren de cambios estructurales más profundos para resolver la injusticia y la desigualdad en el país, pero otros más empiezan apuntar sus baterías críticas a los graves problemas culturales que observan en el país. En este nivel apenas llegamos a la denuncia del México racista, del México machista y homofóbico, del México con profundos prejuicios raciales y de género que harían insostenible la convivencia, a pesar de la apuesta por gobiernos eficaces y transparentes o por cambios estructurales superficiales en un reparto más equitativo de la riqueza y de la procuración de justicia.

Dos libros aparecieron en 2016 que abordan dicha problemática. Federico Navarrete publicó *México racista: una denuncia*, en el que hace un elaborado estudio de los modos y las formas en las que en México priva de manera generalizada el desprecio por los rostros y los hábitos del mestizo o del indígena. Y, por el contrario, se celebran los rostros y los hábitos del México blanco. El trabajo de Navarrete va desde la publicidad hasta el lenguaje para denunciar que el racismo opera en México. Esta crítica a la cultura política en el México contemporáneo se vio reforzada por un estudio realizado por el Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI) titulado “Módulo de Movilidad Social Intergeneracional (MMSI)”. Uno de los resultados destacados señalaba que “Mientras más oscuro es el color de piel, los porcentajes de personas ocupadas en actividades de mayor calificación se reducen. Cuando los tonos

de piel se vuelven más claros, los porcentajes de ocupados en actividades de media y alta calificación se incrementan” (INEGI, 2017). Está polémica revive la idea del “fracaso del mestizo” sugerida por Palou, como estrategia “biotipológica y biopolítica” de la construcción ideológica del nacionalismo revolucionario. Y también apunta a un problema vigente de racismo que obstaculizaría cualquier proyecto de identidad cívica en un México en el que predomina la discriminación.

Esta discriminación se aprecia más amplia en la medida en que se descubren las formas en las que opera la humillación en México, como lo ilustra en su libro L. M. Olvera, *Árboles de largo invierno: un ensayo sobre la humillación*, publicado también en 2016. En el texto de Olvera desarrolla varios pasajes de la vida contemporánea de México en el que la desigualdad social se convierte en el aditamento de la práctica cotidiana de la humillación. Humillación en contra de los pobres, de los migrantes, de las mujeres de los homosexuales de los jóvenes y de los migrantes; humillación provocada por las élites, por el abuso de las autoridades, por el desprecio y la violencia de las bandas criminales.

Los temas del racismo y de la humillación aparecen justo cuando la retórica del nacionalismo revolucionario se diluye para darle paso a la propuesta de un nacionalismo liberal de corte burgués. La descripción de los contenidos de la narrativa del nacionalismo cívico mexicano, apuntan hacia una polémica sobre la cultura política y la ciudadanía en México. Hasta ahora predomina el contenido instrumental de un nacionalismo cívico liberal que se reduce a proponer gobiernos menos corruptos y bienestar económico. Pero el nacionalismo cívico mexicano está lejos de abarcar la enorme gama de temas no resueltos en un país marcado por la desigualdad y la violencia.

Conclusiones

El nacionalismo mexicano, como fenómeno socio cultural, se encuentra en un momento de redefinición que no desentona con las crisis políticas e identitarias que viven buena parte de las naciones del mundo contemporáneo. En otras palabras, el nacionalismo mexicano no es el único que experimenta el conflicto que desata la lucha por mantener su vigencia o doblegarse ante su obsolescencia. La apuesta por el nacionalismo cívico mexicano está en marcha ya desde la década de los noventa del siglo pasado. Es un proyecto enarbolado por un contingente de intelectuales que ven en su ideario, la mitificación de

un colectivo nacional que favoreció el autoritarismo del régimen político que lo articuló.

Ramón Máiz (2004) plantea que se debe superar el obstáculo epistemológico de la dicotomía artificial entre nacionalismo-étnico/nacionalismo-cívico para lograr la evaluación normativa de ambos procesos desde “las irrenunciables exigencias de la democracia”. El reto de los promotores del nacionalismo cívico mexicano recae precisamente en superar dicho obstáculo. En su afán racionalista de pronto pareciera que enarbolan sólo las bondades de la subjetividad instrumental: la identificación colectiva bajo la condición del bienestar.

Máiz advierte “que cada particular combinatoria de elementos políticos y étnicos propuesta por cada nacionalismo, son siempre el resultado de una hegemonía entre las varias posibles, y por definición contestables y contestadas, por lo que deben ser sometidos a escrutinio evaluación normativa [...] pero a la vez resulta preciso garantizar democráticamente las condiciones de contexto para la deliberación, participación e inclusión de mayorías, minorías e individuos singulares en la conversación a múltiples voces que constituye cada nación.” (Máiz, 2004).

La evaluación normativa del nacionalismo cívico mexicano debe comenzar por reflexionar sobre el universo simbólico que defienden sus promotores. El contingente intelectual y ciudadano que lo enarbola responde a las aspiraciones de las clases medias ciudadinas y educadas de México. Por ello aspiran a tener gestores más que gobernantes, a recibir rendición de cuentas de una administración austera más que cambios estructurales, y a gozar de los beneficios del mercado propios de la vida urbana. Quizá piensen que tales demandas son básicas para garantizar la participación y la inclusión de mayorías, minorías e individuos singulares. Pero, hasta el momento, en el nacionalismo cívico mexicano, lo que predomina en su contenido es la narrativa liberal que opaca en la conversación a las múltiples voces que constituyen la nación.

V

La ofensiva nacionalista contemporánea: el fenómeno Trump

EL ESTUDIO FINAL de este libro está dedicado a reflexionar sobre los contenidos retóricos del nacionalismo en los Estados Unidos tras la victoria de Donald J. Trump en las elecciones presidenciales del 2016 y su ascenso al aparato político más mediático del mundo. El caso estadounidense, definitivamente se convirtió en un polo de atención para los interesados en los estudios del nacionalismo y no solamente por ser el país con más reflectores a nivel internacional, sino fundamentalmente porque su desenvolvimiento dejó en claro que la escultura de terror que se había dado por destruida desde el fin de la Guerra Fría, exhibía su forma junto a la Estatua de la Libertad. De manera que el caso estadounidense nos permite aproximarnos a un tratamiento crítico del nacionalismo que se añade al conjunto de perspectivas presentadas en los capítulos pasados. Para ilustrar nuestra propuesta, ordenamos el capítulo de la siguiente manera: inicialmente, proponemos una vuelta teórica que alumbré el potencial político del nacionalismo y su tensión con la globalización neoliberal; en segundo lugar, bajo las características del nacionalismo en esta clave, se tratará la configuración del nacionalismo estadounidense tanto en su desarrollo histórico como en su configuración más reciente; finalmente, a partir del análisis del discurso de Donald Trump, mostramos la capacidad del nacionalismo para articular procesos identitarios que generan fronteras tan profundas como socialmente peligrosas.

De la globalización neoliberal a la vuelta a la nación: el vuelo sudamericano

Hasta el momento, hemos establecido desde distintos enfoques la vigencia del nacionalismo y las formas en las que se expresa contemporáneamente.

Los acontecimientos que han tenido lugar en los últimos años, no hacen sino reforzar esta perspectiva. No obstante, es necesario retomar un ejemplo para ilustrar algunas particularidades del nacionalismo que nos permiten acercarnos con claridad a la expresión política más cruda derivada de su naturaleza: básicamente, hemos de referirnos en este apartado a la condición identitaria y por lo tanto dominante y excluyente que le constituye.

Como hemos mencionado en capítulos previos, con el final de la Guerra Fría y el triunfalismo norteamericano, la tesis sobre la eventual caducidad de los Estados nacionales parecía sostenerse con firmeza. En su despliegue, el proyecto de la globalización neoliberal materialmente ganaba cada vez más peso a través de la profunda libertad del intercambio de mercancías a nivel mundial, la hiperconexión financiera y el desarrollo de la tecnología, sobre todo en relación a sistemas de comunicación. Este proyecto, aunque agrietado desde el inicio por la aparición de luchas en el campo popular desde distintos lugares del planeta que desafiaron su despliegue,²⁸ se estableció como la gran narrativa de los años 90, al menos en la academia dominante (Ianni, 1996). Los procesos reales de la globalización neoliberal aparecían, en un análisis bastante superficial, como la progresiva disminución del Estado, aunque más bien se trataba de una reconfiguración que desplazó los manuales keynesianos del Estado benefactor por el incremento del gasto en defensa y seguridad como la política pública prioritaria (Fuentes y Fini, 2018).

Pronto, esta narrativa entró en crisis a través de varios ejemplos que ya hemos esbozado en este libro (separatismo, nacionalismo cívico, cosmopolitismo, etc.) y que argumentaron que, más que una superposición de la globalización al nacionalismo, existe una relación intrínseca entre estas dos formas políticas, como lo expresa Jonathan Hearn (2015) o, desde una perspectiva crítica, Hardt y Negri (2005) y David Harvey (2005), por mencionar algunos.

La globalización neoliberal y el nacionalismo, podemos establecer, en realidad no generan tensiones antagónicas, sino que son parte de una misma dinámica que se encuentra caracterizada por el despliegue de las relaciones de capital. El debate alemán sobre la derivación del Estado (Bonnet y Piva, 2017), así como en general las posturas del marxismo heterodoxo, han expuesto que la relación entre Estado y capital no se contraponen, sino más bien

28 Usamos la categoría 'agrietar' haciendo alusión al trabajo de John Holloway (2010).

el Estado moderno, es decir nacional, forma parte central de la dinámica básica del capital.²⁹ La fortaleza de este argumento es innegable; sin embargo, lo que se sigue contraponiendo entre la globalización y el Estado nacional es su narrativa. Lo que se articula en esta, es precisamente que existe una autonomía entre el Estado y el capital, una separación de lo político y lo económico (Meiksins Wood, 1995). De esta separación se desprende que la pugna por el control del Estado consiste en la disputa por controlar lo económico (capital) a través de la política (Estado) o de forma inversa si la política queda subordinada por la economía. La postura de Bonefeld (2005, p.42) ilustra perfectamente este argumento: “Resumiendo, el núcleo del debate sobre la globalización está en si el capital ha escapado real e irremediamente del poder del Estado, o si el Estado es capaz de recuperar el poder sobre el capital.”

En el siglo XXI, el debate, traducido en términos políticos, pasó de la defensa de la globalización neoliberal a la promesa de la recuperación del Estado nacional. Esta postura, que en realidad no tiene una coordenada determinada en términos de la geometría política institucional, se hizo presente a partir de la crisis del modelo neoliberal, por lo que, antes de entrar con el caso estadounidense, se puede encontrar un ejemplo de la vuelta al Estado nacional en el progresismo sudamericano.

Caracterizado por su rechazo al Consenso de Washington, la denominada ‘marea rosa’ del sur de América se concentró en proponer un modelo político a través de distintos matices en los propios gobiernos³⁰ que lidiara con el desastre que la globalización neoliberal había traído a la región. Es posible encontrar tres puntos principales a partir de los cuales la idea de la nación cobra fuerza en los gobiernos progresistas y su modelo posneoliberal:³¹ la idea del

²⁹ En este texto, no desarrollaremos con mayor profundidad el argumento sobre el Estado y capital debido a las delimitaciones que hemos seleccionado para este espacio. Sin embargo, si se requiere tener mayor profundidad con respecto a lo esbozado, se recomienda consultar las discusiones citadas en el texto o acercarse a las propuestas de las Nuevas Lecturas de Marx (Neue Marx Lektüre), al Open Marxism y, por supuesto, a la tradición anarquista.

³⁰ En Veltmeyer y Petras (2015) podemos encontrar una primera subdivisión en los gobiernos posneoliberales: radicales y moderados. Los primeros se encontrarían emblemáticamente en Bolivia, Ecuador y Venezuela, mientras que los segundos en los casos de Argentina, Brasil y Chile.

³¹ También Veltmeyer y Petras (2015) definen al modelo posneoliberal como una propuesta que enarbó los discursos de los gobiernos progresistas latinoamericanos y que básicamente consiste en un proyecto político, económico y cultural que sienta distancia de lo ocurrido con el Consenso de Washington y las políticas neoliberales que surgieron a partir de la década de los años 70. Esto conecta perfectamente con la

antimperialismo; la reconstrucción del Estado y las nacionalizaciones; y la de los beneficios de las rentas de la tierra. Obviamente, estos tres elementos no se presentaron de manera homogénea en todos los gobiernos ni mucho menos resultaron excluyentes. La cuestión es que estos tres puntos pueden observarse intermitentemente entre las prácticas y discursos de los que enarbolaron el modelo posneoliberal en buena parte de Sudamérica, como también ya lo hemos expresado en el capítulo III.

El primero de los elementos, el del antimperialismo que hemos abordado en el capítulo inicial, ha sido una figura clásica para el nacionalismo contemporáneo. En general, la idea de reforzar el sentido de la nación a partir de una reivindicación decimonónica, se remonta a uno de los elementos más paradigmáticos de la construcción nacional durante los siglos pasados. Además, la historia colonial de América Latina dota de un amplio potencial político al concepto incluso cuando su significado se encuentra en disputa.³²

No pretendemos hacer un desglose de los debates acerca de la postura antimperialista en la región, sino más bien enunciar que el uso del concepto se volvió parte del carácter nacional en este giro a la izquierda.³³ A partir de la potencia identitaria que ofrece la nación, el discurso latinoamericano aprovechó el binomio inclusión-exclusión contenido en la identidad³⁴ para la

visión de las tensiones a partir de la crisis de la globalización neoliberal.

³² Como ilustra la introducción del texto editado por CLACSO y coordinado por Kozel, Grossi y Moroni (2015), aunque existe un reavivamiento del tema en general, la idea del antimperialismo no puede ser definida con unanimidad, como la mayoría de los conceptos sociales, ni desde los espacios académicos ni en el imaginario popular. Mucho menos en los últimos años se puede decir que el antimperialismo viene a significar lo mismo que el antiamericanismo (postura antiestadounidense), aunque definitivamente este tiene un papel privilegiado en las prácticas discursivas.

³³ Si se desea revisar a mayor detalle las discusiones al respecto, se recomienda el artículo de Morales Manzur (2016) quien se esfuerza no solamente por construir el bagaje del concepto sino las formas en que se ha vinculado con la América Latina contemporánea. De igual manera, el trabajo de Deras (2013) ilustra el panorama del antimperialismo de la región durante las primeras décadas del siglo xx, por lo que el lector puede encontrar en su artículo un punto de partida para estudiar esta problemática.

³⁴ Obviamente, la cuestión de la identidad se ha abordado desde múltiples perspectivas: las identidades múltiples de Bernard Lewis (1999), la identidad reaccionaria de Amartya Sen (2007) o como el tradicional marco de referencia sociológico. Para nosotros, el tema de la identidad convoca especialmente a un problema que Adorno (1984) abordó en la 'Dialéctica Negativa': la identidad, aunque aparentemente concentran su expresión política en el par conceptual inclusión-exclusión, en realidad se caracteriza por la abstracción de las propiedades cualitativas, para reducirlas a lo puramente cuantitativo que es su denominador común. La identidad nacional, con lujo de violencia y brutalidad, tritura en su estómago dicha abstracción.

movilización política contra el antimperialismo, manteniendo una cadena de significados que vincula al colonialismo dispuesto rencorosamente en la historia del hemisferio. Obviamente, la cuestión del antimperialismo se discute no de la manera en que se hacía a principios del siglo XX, sino sumando una serie de elementos que generalmente tienen que ver con las dinámicas de mercado del modelo neoliberal, particularmente la cuestión de la intervención extranjera como forma de garantizar el comercio y los recursos de determinada zona geográfica, pero también con mecanismos multilaterales de integración regional y cooperación internacional, como es el caso de Mercosur, UNASUR o el ALBA.

A través de la práctica discursiva de los gobiernos posneoliberales, se puede observar la forma en que el antiimperialismo conformó un elemento retórico de uso frecuente que impulsó los sentimientos nacionales que reclaman la soberanía nacional e incluso la unidad latinoamericana. Respecto a este punto, los discursos que ejemplifican de mejor manera la postura son los pronunciados por Hugo Chávez en Venezuela³⁵ o los de los Kirchner en Argentina, que ya hemos abordado en el Capítulo III. Otro ejemplo lo representa el caso de Bolivia, donde Evo Morales no solamente ha hecho del antiimperialismo un recurso constante en sus pronunciamientos, sino que además creó la ‘Escuela de Comando Antiimperialista General Juan José Torres’ que representó el fortalecimiento en el plano militar y simbólico del carácter de su nación.

Por otra parte, el elemento de la reconstrucción del Estado y la nacionalización conformó una respuesta directa contra el neoliberalismo. El detrimento de las capacidades del Estado en la visión de estos gobiernos fue proporcional a los espacios que controló el sector privado y que desembocó en políticas propias del denominado capitalismo salvaje, lo que generó que el despliegue del nacionalismo latinoamericano durante el giro a la izquierda abanderara la idea de un Estado que retomara las áreas que le habían sido arrebatadas. Así, en el modelo posneoliberal la reconstrucción del Estado y la nacionalización tienen un vínculo estrecho con el retorno a un pasado que permite iluminar el futuro: la idea de recuperar el terreno perdido encuentra una justificación, incluso moral, en regresarle el poder al Estado nacional que no es sino la encarnación de la soberanía popular. En este sentido, Svampa (2008) comenta lo siguiente:

³⁵ Para profundizar en el tema de Chávez y el nacionalismo, se recomienda la lectura del texto de Eastwood (2007), quien además condensa una parte de la tradición de los estudios sobre nacionalismo que suma a la propuesta del primer capítulo.

El cambio de época registrado en los últimos años en la región, a partir de la desnaturalización de la relación entre globalización y neoliberalismo, ha configurado un escenario transicional en el cual dos de las notas mayores son, por un lado, la reactivación de la matriz nacional-popular, por otro, la vuelta a un modelo “desarrollista”. Así, un primer elemento a considerar es el retorno de la tradición nacional-popular, ligada a la temática de la (re) construcción del Estado, en un contexto de crítica a las políticas neoliberales, cuyo resultado fuera tanto el vaciamiento de la capacidad reguladora del Estado, como la adopción de un carácter metaregulador. (p. 22)

La recuperación de las tareas del Estado tenía que ver tanto con una oleada de nacionalizaciones que fortalecían al poder estatal, como con distintas regulaciones que desarticulaban los brazos infinitos del modelo neoliberal.

Por otra parte, los procesos de nacionalización no solamente tienen una función dentro del nacionalismo económico, sino que también sirven para la creación de símbolos en el ideario nacional que contribuyen a una especie de recuperación de la identidad nacional que el neoliberalismo había socavado. En otras palabras, la narrativa neoliberal, con su necesidad de desterritorializar, activó cuando menos una reducción de la reproducción cultural de lo nacional en oposición a lo global, cuestión que reclamarían los gobiernos progresistas para distanciarse del entramado neoliberal.

El otro elemento que anunciamos es el de los beneficios de la tierra. Este punto ha dado pie a una serie de debates respecto al modelo posneoliberal, sobre todo porque para explotar dichos beneficios, se han amparado en el (neo)extractivismo, lo que ha generado numerosos cuestionamientos formulados principalmente desde la ecología política y las luchas socioambientales. En realidad, lo que a nosotros nos interesa de este elemento es que ha venido conformando un recurso para incrementar los indicadores macroeconómicos de los Estados involucrados, al mismo tiempo que los posiciona en la arena internacional y proyecta un discurso que lo justifica a su interior. El punto central consiste en que el aparato estatal reproduce la idea de que la tierra debe de beneficiar a sus habitantes (connacionales), lo que corresponde con la narrativa del nacionalismo cívico mostrado en el capítulo anterior y que subraya los beneficios obtenidos al ser parte de la comunidad nacional.

Los frutos de la tierra, según esta retórica, no deben de extraerse y generar beneficios solamente para las compañías extranjeras o multinacionales, sino para los auténticos poseedores de ese suelo que son representados por la soberanía nacional. No obstante, en el peor de los casos, cuando los beneficios de

la tierra a manera de bienes no pueden incorporarse en la economía nacional, al menos debe hacerlo la renta de esos recursos que más tarde se traducirían en la redistribución del ingreso. El aprecio por el territorio, elemento básico de la comunidad imaginada en su forma nacional, se recrea en la narrativa de los gobiernos posneoliberales y constituye uno de sus pilares fundamentales.

Lo que observamos a través de los principales elementos que constituyen la postura nacionalista en los gobiernos posneoliberales, es que desde inicios del siglo XXI se ha enarbolado la idea de lo nacional como la respuesta más coherente a los procesos de la globalización. Es decir, desde el entendimiento y la práctica política de los gobiernos que conformaron el giro a la izquierda, la vuelta al nacionalismo significó en sus propios términos un rechazo frontal a la globalización neoliberal,³⁶ por lo que sienta un precedente para la comprensión del panorama contemporáneo de la vuelta al nacionalismo más tradicional y la narrativa de la oposición, en este caso proveniente desde la izquierda institucionalizada.

Elementos básicos del nacionalismo estadounidense

Así como sucedió con la izquierda progresista, la confrontación a la globalización neoliberal no tardó en explotar en Occidente. A pesar de que no en todos los rincones del mundo occidental se había padecido al mismo nivel la violencia estructural del neoliberalismo, para el 2008 la crisis financiera golpeó de frente la ilusión y mostró con claridad la debilidad del capital en su etapa más reciente.³⁷ Aunque la confrontación se dio de muchas formas, incluyendo numerosas expresiones de emancipación radical, el nacionalismo fue nuevamente una oportunidad para la toma del Estado por la política institucional. A diferencia de lo que sucedió en América Latina, en Europa y Estados Unidos, este proceso estuvo principalmente liderado por movimientos conservadores y, en muchos casos, por una ola que no se puede describir sino a través del fascismo.

En los Estados Unidos el retorno a la nación, o mejor dicho su contraata-

³⁶ Como hemos mencionado anteriormente, este rechazo de la narrativa responde más a la instrumentalización política por parte de los gobiernos progresistas para tomar el poder que a una oposición real entre nacionalismo y globalización.

³⁷ Es posible que el 9/11 también mostrara un regreso a la narrativa del nacionalismo clásico; sin embargo, fue en 2008 que esta narrativa se subvierte de manera más frontal a la que enarbolaba la globalización neoliberal.

que, se explica mejor si se toma en consideración elementos fundamentales del proceso histórico de su nacionalismo. De inicio, es necesario comentar que el nacionalismo estadounidense difiere sustancialmente de los otros nacionalismos en las colonias americanas y los Estados europeos. Esta diferencia tiene varios matices; sin embargo, podemos partir de tres señalamientos básicos: el territorio, la cultura y el desarrollo cívico. En un inicio, el territorio para la formación del nacionalismo estadounidense no representa ni por mucho lo que para otros Estados nacionales en América y Europa. Esto debido a que los estadounidenses, en su etapa más temprana, no se asentaron en un solo territorio al que vincularon a un pasado histórico, característica básica en la mayoría de procesos de construcción del nacionalismo. Más bien, los primeros colonos del actual suelo estadounidense recorrieron el territorio sin hacer un vínculo profundo con la tierra. En su lugar pusieron al centro la idea del colono en sí mismo como el portador de la potencia nacional. Esta idea construye el argumento de la identidad nacional estadounidense basada en la herencia ilustrada de la libertad y el individuo. No es que no exista un aprecio por la tierra en su totalidad, sino que este aprecio aparece mucho más relativo que otros elementos, puesto que de hecho la tradición sentada por los colonos estadounidenses tiene que ver con una especie de nomadismo que hasta la fecha puede observarse en la sociedad americana.

En cuanto a la cultura, un tema que debe ser resaltado es la cuestión de la religión. Durante la conformación de la nación, los estadounidenses no tuvieron una forma religiosa exclusiva que diera pie a la cohesión nacional que comúnmente proporciona este elemento, además de que tampoco gozaron de la adscripción rigurosa a los valores que de ella emanan y que proporcionan determinado sentido de pertenencia a la comunidad, al menos no de la manera en que sucedió en otras colonias americanas con el catolicismo (Jenkins, 1997: p.31).

No obstante, nuestra afirmación debe ser matizada. El protestantismo y su ética jugaron un papel importante en la conformación de una base nacional para el país. Sin embargo, sus procesos no pueden ser entendidos como una cuestión exclusiva de los Estados Unidos. Es decir, en México el catolicismo tomó una postura muy particular a partir de la creación del mito guadalupano; en Estados Unidos no existe un ejemplo análogo. De cualquier forma, es importante destacar que lo que nos preocupa del entramado de la religión es la manera en la que los valores que la circulan generan un marco de referencia identitario. Este marco de referencia conforma una parte de la fisonomía

nacional estadounidense que no se puede dejar de contemplar al momento de revisar su composición.³⁸

Los dos elementos mostrados hasta el momento dan cuenta de la distinción nacional de los Estados Unidos respecto a otros países, pero al mismo tiempo evidencian una debilidad en el entendimiento de su composición orgánica. La cuestión entonces radica en discernir cuáles fueron las fortalezas del modelo estadounidense en cuanto a su arquitectura nacional, sobre todo para generar los fuertes vínculos identitarios que ha venido produciendo con el paso del tiempo. Esta respuesta puede ser obtenida a partir del tercer elemento: el cívico. Como resalta Kohn (1996), Estados Unidos, un país incluso sin nombre propio, tuvo la capacidad de concretar su cuerpo nacional a partir de una idea: la de la inglesa tradición de libertad. Esta idea asentó un experimento político, económico y social que se llevó a cabo en el suelo estadounidense y que representó la reafirmación de la filosofía política del siglo XVIII en un escenario naciente. Todo lo que viene alrededor de esta idea y que plasma en la estructura cívica de la nación norteamericana, nos da pistas de cómo entender su particularidad.

Otra postura que podemos sumar al entendimiento de los pilares de la identidad nacional estadounidense es la de Samuel Huntington. Para Huntington (2004) existen dos elementos que son mayoritariamente populares, pero al mismo tiempo conforman una verdad a medias: la inmigración y el Credo estadounidense. Con respecto a la inmigración, Huntington establece que en realidad lo que se tuvo en los Estados Unidos, antes de ser una nación de inmigrantes, fue una nación de colonos, resaltando la diferencia entre colonos y migrantes de la siguiente manera:

Los colonos dejan una sociedad previamente existente, generalmente en grupo, con el fin de crear una nueva comunidad (una ciudad sobre una colina) en un territorio nuevo y, a menudo, distante. Están imbuidos de una conciencia de propósito colectivo. Implícita o explícitamente, suscriben un pacto o carta constitucional que define la base de la comunidad que crean y su relación colectiva con su patria original. Por el contrario, los inmigrantes no crean una nueva sociedad. Se trasladan de una sociedad a otra distinta. La emigración es, en muchos casos, un proceso personal que afecta a individuos y a familias que definen individualmente su relación con su patria anterior y con su nueva patria de acogida. Los colonos de los siglos XVII y XVIII fueron a América por-

³⁸ Hans Kohn (1966) ofrece un argumento similar al que planteamos, por lo que se recomienda la lectura de su texto si se desea profundizar al respecto.

que era una tabla rasa. (...) Los inmigrantes llegaron más tarde porque querían forma parte de la sociedad que los colonos habían creado. (...) Antes de que los inmigrantes pudieran ir a Estados Unidos, los colonos tuvieron que fundarlo. (pp. 64-63)

La narrativa del *Melting Pot* estadounidense lo proyecta como un espacio multicultural, o en la imagen más positiva pero también liberal del país, en un espacio multirracial que ha hecho de la diversidad su grandeza. Lo que Huntington nos sugiere es que esta visión de los Estados Unidos es solo una verdad a medias esencialista del país. En otras palabras, los Estados Unidos están conformados por la exaltación de su origen británico, protestante y blanco antes que cualquier gran mezcla cultural. Entender de esta manera la identidad nacional estadounidense hace que todos los inmigrantes que entran a los Estados Unidos, más que nutrir y recrear un *Melting Pot*, contaminan la cacerola y configuran no más que una externalidad de la auténtica sociedad estadounidense. Como principio político, la otredad que se genera en esta percepción, muy a la Said (2008) en *Orientalismo*, ha estimulado la práctica del racismo. En otras palabras, Huntington, al señalar al colono como un elemento jerárquicamente superior al inmigrante para los valores de la identidad nacional estadounidense, sólo tiene razón si pensamos que esta es la motivación y justificación política de la generación de la dualidad inclusión-exclusión que todo nacionalismo trae consigo. Quizá este argumento, cuando se proyecta en bruto, refleja la perspectiva de la veta de la blanquitud más profunda en los Estados Unidos y que se ha abierto camino en los últimos años.

Con respecto al Credo, Huntington lo entiende conformado por los cívicos “principios de libertad, igualdad, individualismo, derechos humanos, gobierno representativo y propiedad privada” (p. 65). La idea se encuentra vinculada a la perspectiva de los Estados Unidos como un país de colonos, pero es más que eso. El Credo estadounidense contiene una posura altamente conservadora al representar el espíritu más genuino de lo ‘británico’. Es decir, en un origen, la sociedad estadounidense no se diferenciaba étnicamente del británico, por lo que desarrolló un valor cívico que al mismo tiempo se convirtió en el universal que acompaña la historia del país. El Credo separa a los estadounidenses por su legitimidad con respecto a los ideales ilustrados encunados en Europa. No obstante, estos valores deben de ser puestos a prueba considerando la profunda historia de exclusión que en la tierra de la libertad se ha dado cita.

La otredad, como podemos ver, es parte fundamental de la identidad na-

cional. El ejemplo más ilustrativo es el de la barrera racial, de la que habla Zinn (1999):

No hay país en la historia mundial en la que el racismo haya tenido un papel tan importante y durante tanto tiempo como en el de los Estados Unidos. El problema de la “barrera racial” o color line —en palabras de W.E.B. Du Bois— todavía colea. (p.27)

Ya no solamente se trata de un problema que produce la inferioridad de los negros e indígenas en términos raciales, sino también una cuestión que se extiende por la migración general de los no blancos. Si aceptamos la esencia del nacionalismo estadounidense como una construcción de la blanquitud, podemos dar cuenta de que el fenómeno trae consigo una exclusión de todos aquellos sectores que no comparten ciertas características étnicas y que no pueden ser absorbidos tampoco por ellas.³⁹ El Credo es funcional y explica una parte de la identidad, pero solamente aplica con toda su extensión si se considera como una diferencia cívica entre sociedades del mismo núcleo étnico, de lo contrario se deja ver que la composición dominante del nacionalismo estadounidense también se carga de una otredad en la que domina la blanquitud angloamericana y sus excrecencias.

La discusión sobre los pilares del nacionalismo estadounidense es mucho más amplia de lo que aquí mostramos. Sin embargo, partir de estos puntos podemos entender el despliegue de los procesos que analizamos a continuación. De hecho, estos elementos nos ofrecen una idea clara de que el panorama actual no es ni por mucho una novedad: en realidad es un regreso a la metáfora del huevo de la serpiente. El nacionalismo estadounidense no ha conformado un principio político alejado del que se exalta en nuestros días: los sucesos contemporáneos no son una verdadera novedad, sino quizá simplemente un momento actualizado.

De cualquier manera, para narrar la identidad nacional estadounidense de manera más compleja, sobre todo a partir del siglo XX, tendríamos que hacer un recuento de toda la serie de símbolos masificados mediáticamente por la industria cultural que proyecta el grado más banal, pero no por eso menos importante, del ser americano. McDonald's, Coca-Cola, Hollywood, Disney, Apple, el Capitán América y Superman, entre muchos otros, han ocupado

³⁹ En el caso de los italianos e irlandeses, por ejemplo, fueron convertidos mayoritariamente en blancos. No así con los latinos, donde el color de la piel funda el primer obstáculo.

las pinceladas más gordas de la proyección estadounidense. No se diga menos de las ciudades del país a la manera en que las describe Baudrillard (1987), ni tampoco la creación del espíritu heroico que se refleja en la 'bondad' del idealismo wilsoniano y el rescate del mundo en la Segunda Guerra Mundial. Para sumar más todavía, los estadounidenses les ganaron la competencia al Socialismo real y rehicieron el mapa, abriendo la puerta al fin de la historia, aunque después esta misma se cerrara más rápido de lo esperado. La bandera, los monumentos, incluso los pueblos montados como atracciones turísticas para fingir un pasado que nunca existió, forman parte elemental de la identidad nacional que ha venido agregando elementos y detalles, pero sus pilares, e incluso su incansable intento por hacer de ellos valores universales, continúan presentándose con firmeza, tal y como se demuestra en el día a día plagado del cielo que tiene barras y estrellas.

El fenómeno Trump

Estados Unidos es uno de los países en los que el nacionalismo banal del que habla Billig (1998) se muestra con una fuerza inaudita. Los elementos que respaldan la reproducción de la nación estadounidense pasean de calle en calle: por los cláxones de Manhattan y el rugido de los Lamborghini en Beverly Hills; por el aroma a marihuana en Haight-Ashbury y la juventud en las bibliotecas de Georgetown; por la vida nocturna de Gold Coast y el neón del Barrio Art Decó. Al mismo tiempo, la potencia política de la cultura nacional estadounidense se muestra en los pórticos de las casas como bandera ondeando después del 9/11, pero también como grito en los estadios de béisbol (¡U-S-A! ¡U-S-A!) o como la mano sobre el pecho durante la transmisión de las olimpiadas por televisión. En general, hay una fuerza ampliamente visible que acompaña las prácticas materiales e inmateriales de la nación: no es de extrañar que su instrumentalización frente a la crisis del capital tome un papel importante en la competencia por el control del aparato político del Estado.⁴⁰

⁴⁰ Como ya hemos señalado, tratar el caso estadounidense es importante no solamente por su relevancia a nivel internacional, sino también por el papel que ha ocupado en el desarrollo de la globalización neoliberal. Esto debido a que muchos intelectuales señalan que el proceso de globalización es más bien la 'americanización' del mundo, por lo que es curioso que el país al que primordialmente se le vincula con el desarrollo de la globalización contemporánea, sea también en el que se presenten las tensiones más mediáticas.

Precisamente, la política oficial en los Estados Unidos sorprendió al mundo durante el año 2016, cuando el atípico candidato republicano Donald J. Trump ganó paulatinamente puntos en las encuestas, hasta convertirse en el 45° presidente de la unión americana. Aunque la elección resultó de gran conmoción para muchos sectores alrededor del mundo, Trump se instaló en la Casa Blanca en enero del 2017 con una agenda que pretendía cumplir lo prometido en campaña: propuestas una más polémica que la otra donde lo políticamente incorrecto se pronunciaba como el eje rector. La disputa por concretar dichas medidas continúa al momento en que estas líneas son escritas, al grado de que nos enfrentamos a una reconfiguración apresurada de la sociedad mundial.⁴¹

Al acercarse el fin del gobierno de Obama, parecía claro que el desánimo arrastrado por la crisis financiera, la sensación del fin de ciclo del poder estadounidense, así como su reflejo en la poca contundencia de la política exterior, conducirían a la búsqueda de un cambio profundo en la conducción del aparato político estadounidense. Sin embargo, unos años antes, pocos hubieran esperado que la pulsión de cambio fuera aprovechada por el magnate neoyorkino. De hecho, la búsqueda de su candidatura inicialmente tuvo un ánimo de broma compartido por la sociedad mundial en general y la clase política estadounidense en particular. Pocos creían que su participación superaría siquiera las elecciones primarias: con una polémica hoja de vida como empresario de 'éxito' relativo y showman en la pantalla chica, daba la idea de que Trump figuraba más en el entretenimiento vulgar que en la toma de decisiones en la Oficina Oval.⁴²

⁴¹ El reacomodo del conflicto entre Israel y Palestina debido al reconocimiento estadounidense de Jerusalén como la capital israelí y la apertura de su embajada en dicha ciudad, la salida de Estados Unidos del pacto nuclear con Irán y la escalada del conflicto durante los primeros días del 2020, las relaciones tensas con Corea del Norte, la negociación del TLCAN con México y Canadá son temas sumamente sensibles a la orden del día que están poniendo en disputa el 'orden' internacional como se había presentado hasta el momento.

⁴² La historia de Trump es bien sabida: creció en una familia dedicada al negocio de la construcción y bienes raíces que no se encontraba entre la élite empresarial de Nueva York. No tuvo una carrera académica destacada, aunque estudió en una de las universidades de la afamada *Ivy League*, ni tuvo una juventud marcada por afiliaciones políticas rastreables. Su aparición pública tuvo que esperar hasta que se hizo cargo del negocio familiar y reorganizó el corte de la empresa. Quizá su imagen comenzó el proceso de mediatización cuando se hizo presente en la Quinta Avenida al erigir la *Trump Tower*. En los medios de comunicación masiva, sumó presencia al poseer el concurso de belleza de *Miss USA* y *Miss Universe*; sin embargo, su imagen pública definitivamente

Para posicionarse en el mapa presidencial, Trump tuvo que lidiar con sectores sumamente adversos tanto de su propio partido, la oposición de los demócratas y de la sociedad en general. De hecho, el desafío que supuso su llegada a la Casa Blanca y la manera en que lidio con él, continúa siendo materia de investigación. No obstante, una de las claves que proponemos para explicar este acenso, está vinculada a la idea central de nuestro capítulo: el showman hizo de la crisis de la globalización neoliberal un enemigo del que se sirvió como estandarte de campaña. El hecho es que, aunque Trump y su equipo no definen a la globalización neoliberal precisamente en esos términos,⁴³ aterrizó sus efectos en una postura radical sobre la inmigración ilegal, la falta de empleo, las deplorables condiciones laborales, la disminución de la presencia estadounidense en el mercado mundial y, muy especialmente, la fragilidad del excepcionalismo estadounidense, situación que en general fue permitida, e incluso provocada según Trump, por una clase política incompetente a la que se propuso derrotar. De manera que su famoso eslogan, '*Make America Great Again*', no hace sino exaltar la recuperación del poder, y con eso una válvula de escape a la crisis, apelando a propuestas que conectan con múltiples sectores de la sociedad, especialmente con aquellos que forman parte del ala más conservadora de los Estados Unidos y su nacionalismo fascistoide.

A lo largo de la campaña, Trump pasó de magnate a hombre del pueblo a través de la potente instrumentalización identitaria del nacionalismo, poniendo a la inmigración ilegal al centro de un discurso que muy pronto fue haciendo eco y despertando un clima oscuro, cuestión que se expresó tanto en las calles como en los medios de comunicación, especialmente a través de las redes sociales. Con Twitter y Facebook como instrumentos,⁴⁴ y amparado en el poder de las '*fake news*',⁴⁵ el candidato del pueblo fue cerrándole la partida a la casta política estadounidense representada por Hilary Clinton.⁴⁶

se tiene que ligar al *reality show* '*The Apprentice*', donde Trump fungió como el *host* de 14 temporadas, teniendo millones de televidentes alrededor del mundo.

⁴³ De hecho, Trump ha hecho más referencia a lo que denomina como globalismo, que no necesariamente significa lo mismo que globalización: a diferencia del segundo, este término evidencia la pérdida de soberanía estadounidense, tal y como mostraremos más adelante.

⁴⁴ Sobre la importancia de Twitter en la elección de Trump se recomienda el artículo de Brian L. Ott (2017), quien además de presentar un estudio de caso sobre el funcionamiento de la red en el discurso público del actual presidente estadounidense, también muestra el funcionamiento de la mencionada plataforma en la sociedad en general.

⁴⁵ Sobre el impacto de las '*fake news*' en la campaña de Trump, véase el artículo de Hunt Allcott y Matthew Gentzkow (2017).

⁴⁶ En este despliegue, es necesario considerar también la participación del movi-

‘*We, the People of the United States of America*’

Como hemos venido mencionando, las narrativas de la globalización neoliberal y del nacionalismo se encuentran en pleno conflicto y se pueden captar a través de múltiples expresiones. En este apartado, mostramos cómo esas tensiones se expresan en el discurso de Trump⁴⁷ durante el primer año de su presidencia. Inicialmente, el discurso inaugural estuvo cargado de un clima literalmente sombrío. Las nubes complementaron el poema dramático que cerraba la metáfora del estado de ánimo de una parte considerable de la sociedad mundial. Al dirigirse a la nación, Trump dibujó la estructura de lo que sería el discurso político que sostendría a lo largo del año y que se traduciría en una serie de consecuencias políticas sumamente adversas para quienes se encontraban en los márgenes de su enunciado o, peor aún, para aquellos que encarnaron la parte acusada en el antagonismo y representaron la frontera de sus declaraciones.

De inicio, el discurso se cargó de una potencia tan oscura como atractiva: la democracia, signifiante con un significado bastante abierto, pero generalmente positivo, se puso en la línea del frente en las palabras del nuevo mandatario. En realidad, esto no solamente cumplía con el ritual que ejercen todas las democracias, sino que además enfatizaba el hecho de que había ocurrido un secuestro del poder por parte de una élite gobernante y que era momento de regresarlo a la gente:

Today’s ceremony, however, has very special meaning. Because today we are not merely transferring power from one Administration to another, or from one party to another – but we are transferring power from Washington, D.C. and giving it back to you, the American People. (Trump, 2017, 20 de enero).

Esta parte del discurso constituye un punto fundamental en la medida en la que abrió el proceso de construcción del sujeto nacional del que hablaremos más adelante. En un inicio, poner a la *American People* como los legítimos propietarios del poder despierta una inquietud que cuestiona si la abstracción del pueblo americano se traduce a un sujeto concreto o queda articulado como un

miento *Alt-right* y la colaboración de Bannon. Véase el trabajo de Joshua Green (2017) para profundizar en esta consideración.

⁴⁷ Este apartado es construido a partir del análisis de 10 discursos oficiales de Trump durante el 2017 bajo un diseño metodológico que retoma las propuestas de la Escuela de Essex y la propuesta de Teun Van Dijk y Mendizábal (1999).

llamado vacío. De cualquier manera, esta abstracción es la piedra inicial de la arquitectura identitaria que se puede rastrear en las palabras del presidente.

El discurso contiene una potencia que abre el camino para la construcción de su punto nodal 'nación': su aparente desfetichización. Aunque obviamente el discurso de Trump no intenta romper la idea de la comunidad imaginada que plantea Benedict Anderson (1993), enfatiza la necesidad de la comunidad concreta, punto esencial de las tensiones que después se proyectan en un espacio mayúsculo (nacionalismo-globalización neoliberal). En un primer sentido, esto sirve para anotar que la canalización del deseo por la comunidad concreta tiene un entrecruzamiento entre el campo popular y el aparato político oficial. La aparente desfetichización que propone Trump, está marcada por regresar a la idea de que la nación la conforma la gente. Aunque la (im)precisión de la 'gente' todavía es bastante confusa, como decíamos anteriormente, el hecho de que tenga una presencia al menos como boceto, bloquea la cosificación tradicional de la nación: esta deja de tener vida propia e independiente y abandona la propiedad ahistórica que generalmente se le confiere. No obstante, el discurso del presidente tampoco llega tan lejos en un sentido radical no contenido en el esquema liberal, de ahí que nombremos como 'aparente desfetichización' al proceso que realiza. En realidad, Trump continúa la lógica de la sustitución de un mito por otro, característico de la nación ilustrada: si rompiese esta lógica, probablemente rompería cualquier fuerza política contenida en lo nacional, lo que está muy por encima de las pretensiones del republicano.

En el mito nacional esbozado en este primer discurso también se encuentra la esperanza de un destino al que se llega solamente a través de los valores que la unidad de la nación puede contener:

Americans want great schools for their children, safe neighborhoods for their families, and good jobs for themselves. These are the just and reasonable demands of a righteous public. But for too many of our citizens, a different reality exists: Mothers and children trapped in poverty in our inner cities; rusted-out factories scattered like tombstones across the landscape of our nation; an education system, flush with cash, but which leaves our young and beautiful students deprived of knowledge; and the crime and gangs and drugs that have stolen too many lives and robbed our country of so much unrealized potential. This American carnage stops right here and stops right now. We are one nation – and their pain is our pain. Their dreams are our dreams; and their success will be our success. We share one heart, one home, and one glorious destiny. (Trump, D. 2017, 20 de enero).

La construcción de un momento, que es su elección como presidente, da sentido a la decisión de recuperar tácitamente el poder estadounidense. Para la visión pragmática y empresarial de Trump,⁴⁸ esa reconstrucción no es una posibilidad, es una realidad que se traduce en acciones concretas, por lo que obviamente se tiene que configurar un enemigo claro, un antagonista. La respuesta que sujeta este antagonismo tiene que ver precisamente con la globalización neoliberal.

Aunque la globalización neoliberal no aparece propiamente en la narrativa del presidente,⁴⁹ su discurso conecta con significados que se encadenan naturalmente a dicha categoría, además de que, desde esta presentación inicial, es posible notar que su aparición se emplaza a manera de tensión con un nacionalismo que se preña moralmente de un significado positivo.

La configuración de la nación no se hace esperar. Los discursos se construyen como una especie de rompecabezas: cuando inicias, es posible que la pieza final esté completamente distorsionada; sin embargo, conforme se unen las piezas, se suman puntos que después te ofrecen una imagen íntegra. De manera que, a partir de una condensación de la totalidad de estos discursos, nos es posible observar una imagen distinta a la fragmentada y luego podemos detenernos en sus elementos constituyentes. Como parte de estos elementos, se encuentra la construcción de un relativamente nuevo sujeto nacional. En términos generales, el sujeto al que nos referimos es el 'trabajador': no es un sujeto completamente novedoso en la historia, decir lo contrario incomodaría al menos a quienes pensaron en el sujeto trabajador como el centro de la teoría revolucionaria del siglo pasado, pero aparece en un momento específico que articula el antagonismo y la construcción de fronteras políticas.

En un primer momento, hay que destacar que el 'trabajador' está conectado profundamente a los elementos básicos de la nación americana que se está reformulando. De manera que, cuando Trump enuncia a los trabajadores en su discurso inaugural como los 'olvidados', nos muestra que la nación, al ser-

⁴⁸ A lo largo de su comunicación en general, Trump manifestará una especie de visión de competencia liberal que ya es muy conocida: según su cosmovisión, el mundo se divide en binomios entre ganadores y perdedores/débiles y fuertes. Esta visión, que ayuda a entender el papel que juegan categorías como la fuerza o el destino en su discurso, hay que tenerla en cuenta para reflexionar sobre sus intenciones pragmáticas; es decir, cuando el mundo es un binomio, la mentalidad del tipo Trump no buscará sino estrategias para estar en lado dominante como puede apreciarse en la consigna de *America First*.

⁴⁹ Obviamente esto también se explica porque es una categoría sociológica que empleamos nosotros para dotar de sentido al fenómeno abordado.

vicio del sujeto nacional, tiene una deuda con el mismo que hay que zanjar. El problema entonces ilumina la formación del antagonismo: se tiene que rastrear quién ocupa el lugar de la exclusión, el ‘ellos’, que ha provocado la decadencia del ‘nosotros’.

Los comentarios de Trump cuando se firmó la orden ejecutiva *Buy American, Hire American* en la fábrica *Snap-On* en Kenosha,⁵⁰ nos alumbran la centralidad que toma el ‘trabajador’ en su discurso:

These are great, great people and these are real workers. I love the workers. We’re doing a good job for the workers. And I’m thrilled to be back in Wisconsin. The optimism in this room is the same incredible spirit that is sweeping across our country — and even greater than that great day in November when I won the state of Wisconsin and when we won the presidency. That was a great day. (Applause.) That was a great day. And thank you, Wisconsin. (Trump, 2017, 18 de abril).

Como podemos ver, en el mismo campo en que se enuncia a los trabajadores se vincula con la constitución de un ‘momento’,⁵¹ lo que pone al trabajador como piedra angular de la voluntad popular que se cristalizó en las urnas. Hay que resaltar también que, aunque este discurso en particular está dirigido a trabajadores en el sentido de obreros en las fábricas, el sujeto nacional de Trump no apela a estos bajo el esquema del proletariado. El trabajador es un sujeto que se entremezcla con cualquier forma laboral, pero que tiene la característica básica de participar en la reproducción de la vida estadounidense al interior de un panorama de legitimidad que se cumple bajo condición de relacionarse con determinados valores que va hilando constantemente en el cuerpo de su discurso (familia, patriotismo, legalidad, etc.).

Durante su *speech* en Detroit, que es otro espacio del denominado Rust Belt, Trump resalta la cuestión del ‘*Made in the US*’,⁵² transfiriéndole el peso

⁵⁰ La ubicación es verdaderamente importante. Trump está hablándole a una zona conocida peyorativamente como el Rust Belt, un espacio geográfico en los Estados Unidos de carácter industrial que en la década de los ochentas comenzó su decadencia, el mismo momento en el que el neoliberalismo expuso su fuerza en el mundo y que, por lo tanto, podemos vincular.

⁵¹ Nos referimos a este como las “posiciones diferenciadas que aparecen dentro de un discurso”, siguiendo las categorías de la Teoría del Discurso de Laclau y Mouffe (Howarth y Stavrakakis, 2000; p. 7).

⁵² También había sido articulado en el discurso del 18 de abril en *Snap-On* que citamos anteriormente.

simbólico de la potencia nacional estadounidense (la nación tampoco se puede entender despegada de la mercancía) y, por lo tanto, confiriéndole la carga moral más positiva que sellan las manos de sus trabajadores en quienes pide se concentre la fe para concretar el inminente renacer del país⁵³ (Trump, 2017, 15 de marzo).

De cualquier manera, este sujeto nacional se presenta como el guía del regreso al poder de Estados Unidos. Está encargado no solamente de la reconstrucción del país, sino de ofrecer la posibilidad del consumo de lo propio, tan importante en la visión empresarial de Trump, que reactive la industria americana pero que también posicione la identidad estadounidense al exterior. Una de las cuestiones curiosas en la cuestión del regreso al poder, es que Trump lo piensa constantemente en términos del realismo político, lo que implica que ese poder tiene que verse concentrado en la milicia. No obstante, el soldado queda desplazado de la idea central de la nación: se vuelve un recurso periférico, una especie de instrumento para la recuperación del poder pero no la representación del poder en sí mismo como sí lo cumple el trabajador.⁵⁴

La centralidad del trabajador, ligado a la conducción de la reconstrucción y la vuelta al poder, todavía tiene más potencia cuando la cuestión constituye un asunto de supervivencia. El discurso de Trump en Polonia (Trump, 2017, 6 de julio), quizá uno de los más oscuros por él pronunciado, manifiesta claramente que la inseguridad, característica básica del mundo que él entiende, ha acorralado no solo a Estados Unidos sino a Occidente en general, de manera que la única forma de garantizar la supervivencia de las naciones occidentales es a través de la defensa de los valores que les dieron 'origen'. La reconstrucción, pues, no es solamente en términos materiales, sino también del fortalecimiento de los valores que naturalmente porta el sujeto nacional.

La composición de la nación y el nacionalismo, bajo la operación exclusión-inclusión, se torna más clara cuando la frontera aparece. La globaliza-

⁵³ La idea del renacer, que Griffin (1991) ha nombrado el mito palingenético, pero sobre todo del destino, se vuelve una visión mítica de la labor del trabajador.

⁵⁴ Aunque el discurso nacionalista perfecto puede ser aquel que se enuncia en los cementerios militares, el que Trump ofrece en Arlington (Trump, 2017, 29 de mayo) ante la tumba del Soldado Desconocido, puede confirmar este argumento. Obviamente, muestra un enorme respeto por los soldados, pero siempre como el mártir protector. No es común que los soldados sean la figura central de la nación, menos quizá en el siglo XXI; sin embargo, ante una visión donde la fuerza se convierte en un pilar fundamental, es de resaltar que el soldado no juegue sino el mismo rol mítico que en el canon nacional. Lo que apoya el hecho de que la nación que dibuja Trump se amparó en elementos aparentemente más concretos que imaginados.

ción neoliberal ocupa ese espacio: constituye el proceso claro del antagonismo y articula una serie de significados al mismo. De manera que, así como existe un sujeto nacional, también en el discurso de Trump, que poco sorpresivamente está planteado a partir de binomios, se crea un sujeto global. Genéricamente podemos nombrar a este sujeto como el ‘extranjero’.

La figura del extranjero tiene una composición compleja: primero, porque no está ligado a una postura exclusiva, sino que está conformado por un entramado generado a través de la lógica de la equivalencia. De manera que, para conformar al extranjero, se tejen procesos económicos, políticos, institucionales y sociales que dan como resultado una frontera política clara y potente construida en el discurso de Trump.

En la lógica que Trump desarrolla, los extranjeros se convierten en enemigos malvados⁵⁵ respaldados por una élite interna (los políticos) que les han abierto las puertas para llevar a cabo sus actos despiadados. Sin embargo, está idea abstracta del extranjero tenía que verse representada por un sujeto concreto para potenciar la fuerza política del antagonismo que genera. Entre los dos sujetos concretos que más destaca se encuentran los ‘inmigrantes ilegales’ y los ‘terroristas’. Desde la campaña, estos sujetos se habían colocado como blancos de sus ataques, elemento que mantuvo continuidad en su discurso presidencial.

La frontera, cuando se hace referencia al inmigrante, se convierte en un asunto literal. No obstante, la propuesta de levantar un muro en el sur de la nación no solamente cerca físicamente al país, sino que también crea una barrera de diferenciación simbólica sumamente clara entre el ‘ellos’ y el ‘nosotros’. La idea del inmigrante, fuera de la superficie xenófoba que es la primera interpretación que salta en el análisis, tiene un mensaje amenazante para aquello que no forma parte del credo y la identidad estadounidense. El discurso en Harrisburg el 29 de abril (Trump, 2017, 29 de abril), conmemorando los primeros 100 días de su mandato, es quizá el que expone con mayor claridad este argumento, sobre todo cuando hace referencia a la canción ‘*The Snake*’ de Al Wilson:

(...) I thought of it having to do with our borders. We know they're going to have. We're going to have problems. We have to be smart, we have to be vigi-

⁵⁵ Aunque no lo hemos mencionado, en el discurso de Trump también está presente un fuerte elemento religioso (presbiteriano), que al mismo tiempo es congruente con el nacionalismo estadounidense del que hablábamos anteriormente.

lant. So, here it is, the snake. It is called “The Snake.”

On our way to work one morning, down the path along the lake a tenderhearted woman saw a poor have frozen snake, his pretty colored skin had been all frosted with the dew. Poor thing, she cried out, I will take you in, and I will take care of you. The border. Take me in, oh tender woman takes me in for heaven sake. Take me in, oh tender woman, sighed the vicious snake. She wrapped him up all cozy in a comforter of silk and laid him by her fireside with some honey and some milk. She hurried home from work that night, and as soon as she arrived she found that pretty snake she taken in had been revived. Take me in, oh tender woman. Take me in, for heaven sake. Take me in, oh tender woman, sighed the vicious snake. She clutched him to her bosom. You're so beautiful, she cried, but if I had not brought you in by now, by heavens you would have died. She stroked his pretty skin again, and kissed him and held him tight. But instead of saying thank you, that snake gave her a vicious bite! Take me in, oh tender woman. Take me in, sighed the vicious snake. I have saved you, cried the woman and you bit me, heavens why? You know your bite is poisonous, and now I am going to die. Oh shut up, silly woman, said the reptile with a grin. You knew damn well I was a snake before you took me in.

Does that explain it, folks? Keeping America safe also means rebuilding our defenses.

Definitivamente, la transcripción es mucho menos impactante que el discurso oral.⁵⁶ La entonación misma de este fragmento nos permite interpretar el contenido moral que le otorga a su postura y nos da la posibilidad de reafirmar la cuestión de la maldad (*evilness*) que circula al inmigrante. Además, la figura del terrorista también se conecta plenamente en este discurso: una constante que se mantendrá en las expresiones revisadas. De manera que el inmigrante y el terrorista forman parte de la lógica de la equivalencia, simplificación de un sujeto que va encarnando el cuerpo del extranjero.

A la figura del extranjero se suman además entidades de otro carácter, principalmente instituciones y tratados que, concertados con gran influencia de otros Estados, han sacado ventaja de la postura débil que ha adoptado la administración de los Estados Unidos. Un ejemplo que clarifica esta postura es el discurso que ofrece ante la retirada de los estadounidenses del

⁵⁶ En la liga de la transcripción del discurso que se encuentra en las referencias, se puede apreciar también un vídeo con el momento en que enuncia este fragmento, por lo que si el lector quiere tener un entendimiento más cercano a la experiencia que comentamos, recomendamos ampliamente la reproducción del mismo.

Acuerdo de París (Trump, 2017, 1 de junio). En él, es claro que Trump pone de manifiesto que la arquitectura internacional está diseñada para vapulear a los americanos, a los ‘trabajadores’ de manera más específica, y depositar las creaciones y riqueza de su gente en el exterior. De manera particular, el Acuerdo de París, que es precisamente un acuerdo vinculante sobre el clima mundial, compone también una muestra de que el multilateralismo, incluso en temas de interés global, se convierte en su interpretación en una maniobra puramente política que busca derrumbar el poder estadounidense, lo que al mismo tiempo puede traducirse como el refuerzo de los antagonismos que hemos delineado hasta al momento.

La visión sobre los acuerdos multilaterales, con la carga negativa que se les dispone, está relacionado también con el emplazamiento del neoliberalismo y sus preceptos elementales. La popular postura de Trump sobre NAFTA (TLCAN por sus siglas en español) radica básicamente en la posición desventajosa en términos comerciales en la que se encuentra su país con respecto a México, en primer lugar, y a Canadá, en segundo. La misma lógica se repite en el tema del Tratado de Asociación Transpacífico (TTP), pero también presenta una afrenta similar con relación a mecanismos de distinta índole, como con la OTAN, el G7 e incluso en las Naciones Unidas.⁵⁷ En general, el libre comercio y los acuerdos multilaterales en sus múltiples facetas forman parte de una misma trama internacional en la que Estados Unidos se asume como víctima debido a su pérdida de soberanía,⁵⁸ aunque es importante no confundirnos al pensar que Trump está ejerciendo una lucha en contra de la libertad de comercio, sino más bien en cómo se ha comportado hasta el momento. De cualquier forma, la postura suma a la lógica de la equivalencia en el discurso que se articula con el papel de los medios y el rol de los políticos al interior de la nación.

⁵⁷ La idea en general es que el mundo entero está aprovechándose de los Estados Unidos: si son países occidentales, asiáticos, desarrollados o subdesarrollados en nada cambia la cuestión. Todos están en la misma lógica: “*Then they come back because we’re the big piggy bank that everybody likes robbing. The whole world robs it.*” (Trump, 2017, 8 de diciembre).

⁵⁸ Sobre la idea de la soberanía, o más bien la dialéctica de la soberanía colonial, Hardt y Negri (2005) comentan lo siguiente, sumamente oportuno para el análisis que presentamos: “Mientras, dentro de sus fronteras, el Estado-nación y las estructuras ideológicas a su servicio trabajaban incansablemente para crear y reproducir la pureza del pueblo, en el exterior, el Estado-nación es una máquina que produce Otros, que crea diferencia racial y establece fronteras que delimitan y mantienen al moderno súbdito de la soberanía.” (p. 133).

El discurso de Trump (2017, 23 de agosto) pronunciado en Phoenix, justo después de los incidentes en Charlottesville con respecto a la manifestación *Unite the Right*, abiertamente declara a la prensa como un enemigo coludido con los ‘grupos de presión internacionales’ que buscan seguir sacando ventaja de los Estados Unidos. Lo importante aquí es que, aunque las referencias a la prensa no son verdaderamente constantes en su discurso, con las menciones que realiza les confiere una identidad que forma parte de las fuerzas que se han unido contra la gracia estadounidense.

El papel de los políticos, por otro lado, aunque también juega un rol predominante en la misma identidad del extranjero, se diferencia porque aparece como agente externo: una especie de traidor que, enredando con sus engaños, le abrió la puerta y sirvió después la mesa al enemigo extranjero. En el discurso ofrecido en Pensacola, Trump (2017, 8 de diciembre) se mostró como más le place: desnudó su descaro y rompió lo políticamente correcto. El hecho de presentarse en un mitin, donde comúnmente es apoyado por sus seguidores, le da la posibilidad de potencializar su retórica. De manera que en su discurso enfatiza las figuras que generalmente sostiene, lo que nos da un buen ejemplo de su visión acerca de los políticos:

I've said it so often – that my job is not to be president of the world, my job is to be president of the United States of America. (APPLAUSE) Yet there are powerful forces in Washington trying to sabotage our movement. These are bad people. These are very, very, bad and evil people. They know who they are. These are the people who made their money, their names, their careers, their power off the corrupt and broken system and they liked it the other way so, they will do anything at any time and they'll never stop. But you know what, we're stopping them. You're seeing that right now. You're seeing that right now we're stopping them. (APPLAUSE) It's corrupt. It's rigged and we're stopping them. (Trump, (2017, 8 de diciembre).

La imagen que Trump crea sobre los políticos no es verdaderamente distinta de la que utiliza con los inmigrantes, los terroristas o los medios: en esto radica una de las potencias de su discurso. Logra generar una equivalencia que concentra distintas demandas provenientes de múltiples sectores. Incluso su estrategia solamente coloca algunos pocos nombres concretos sobre la mesa, lo que hace que recaiga un peso mayúsculo sobre el político ficticio. Con esto no queremos decir que las demandas que Trump expresa no corresponden a la realidad política estadounidense, sino más bien que al retomar algunos pocos

ejemplos fácilmente identificables, extiende su identidad a un cúmulo genérico más amplio, lo que finalmente colabora en la fijación de la misma identidad.

Los políticos también encarnan un pasado reciente, inmediato, que no es el glorioso ayer. Es el pasado que se niega. Frente a esto se refuerza la elección presidencial como ‘momento’ que demuestra la mira a un destino del que esa clase política ya no puede ser conductor puesto que fueron ellos mismos los que provocaron la decadencia.⁵⁹ El político obviamente no es extranjero, pero para domar la voluntad del estadounidense ‘trabajador’ se necesitó de un grupo corrupto y malvado que aprovechara la nobleza americana. En este sentido, el político queda como una figura ajena que no representa al auténtico estadounidense y se coloca en la parte excluida del binomio. El discurso es congruente también en la medida en la que Trump pone al frente su poca experiencia en el aparato político como algo que obviamente en el contexto resulta positivo y su capacidad empresarial como muestra de un liderazgo paternal que puede combatir los desafíos que le presentan.

El antagonismo construido en el discurso de Trump nos ofrece una imagen clara: por un lado, la nación como referencia de lo moralmente positivo, glorificada por un pasado mítico que se refuerza en la idea del destino y no en la nostalgia. Aunque la nación ha sido desplazada y ha perdido la fuerza del pasado, se ha comenzado la reconstrucción del país a través de la canalización de la voluntad popular que está guiada por un sujeto nacional a quien Trump le confiere una esencia pura estadounidense: el ‘trabajador’. Al otro lado del discurso se encuentra la globalización neoliberal cuya constitución obviamente es moralmente negativa, además de que se conforma por un entramado de relaciones que, bajo la lógica de la equivalencia, generan una identidad que se liga por las demandas que les confiere. Para que el antagonismo tenga todavía más potencia, se constituyó un sujeto global, el ‘extranjero’, quien no solamente encuentra en su personificación al inmigrante y al terrorista, sino que tiene instituciones y agentes políticos que lo desbordaron durante varias décadas.

⁵⁹ Un ejemplo de esto puede reflejarse en las declaraciones de Trump en Harrisburg, Pensilvania: (...) “But to understand the historic progress we have made, we must speak honestly about the situation that we and I inherited because, believe me, the previous administration gave us a mess. For decades, our country has lived through the greatest jobs theft in the history of the world. You people know it better than anybody in Pennsylvania. Our factories were shuttered. (...) Politicians send troops to protect the borders of foreign nations, but left America’s borders wide open for all to violate.” (Trump, 2017, 29 de abril).

Entre estas figuras opuestas efectivamente existe una tensión clara. En primer lugar, porque el sujeto nacional ha sido desplazado y lacerado por el sujeto global, según la narrativa de Trump. Este proceso de desplazamiento también tiene que ver con el arrebato de poder traducido a prácticas concretas: las fábricas que sostuvieron los años dorados en los Estados Unidos abandonan el país a causa de las facilidades que se ofrecen en el exterior, pero también como consecuencia del poco poder político y la corrupción ejercida al interior del país. Los trabajos que esas fábricas ofrecían y que les pertenecían legítimamente a los trabajadores estadounidenses, han sido secuestrados por el extranjero, según la narrativa que mostramos. No solamente eso, los empleos que quedan al interior del país no se ocupan por los auténticos estadounidenses, sino que son usurpados por brazos extranjeros que ingresan al país quebrando los valores más fijados de la vida americana. También entran en tensión distintos tipos de acuerdos, algunos que afectan la economía estadounidense, otros su poder militar e incluso algunos su soberanía: todos terminan por favorecer al exterior, al 'extranjero', que se convierte en el elemento aglutinante de las tensiones.

No importa si es en Polonia, en Detroit o en las Naciones Unidas en New York,⁶⁰ el discurso de Trump muestra que evidentemente existen tensiones importantes que confrontan a sujetos concretos y que han abierto un enfren-

⁶⁰ En Pensacola Trump (2017, 8 de diciembre) dijo: "I told them, not only do we want no borders – we want the strongest borders you've ever seen. We're going to have such borders. We'll have borders on top of border. America is a sovereign country. We set our immigration rules. We don't listen to foreign bureaucrats. We don't listen to other countries telling us show we should be running our immigration; thank you very much". En Detroit enunció (2017, 15 de marzo) "The era of economic surrender for the United States is over –it's over. And you see what's already been happening: plants are coming back; other plants that were expected to be built in other countries are not being built. (...) We're going to stand up to foreign cheating". Con respecto al Acuerdo de París indicó (2017, 1 de junio): "In short, the agreement doesn't eliminate coal jobs, it just transfers those jobs out of America and the United States, and ships them to foreign countries. The agreement is less about the climate and more about other countries gaining a financial advantage over the United States." Mientras que en la Asamblea General de las Naciones Unidas expresó lo siguiente (Trump, 2017, 19 de septiembre): "For too long, the American people were told that mammoth multinational trade deals, unaccountable international tribunals, and powerful global bureaucracies were the best way to promote their success. But as those promises flowed, millions of jobs vanished and thousands of factories disappeared. Others gamed the system and broke the rules. And our great middle class, once the bedrock of American prosperity, was forgotten and left behind, but they are forgotten no more and they will never be forgotten again."

tamiento político que se traduce en una lucha constante en la diversidad de la sociedad estadounidense. Además, el impacto no es exclusivamente local, sino que, debido al rol que le concierne a los Estados Unidos en las relaciones internacionales, su postura ha generado una confrontación a nivel mundial y con ello la escalada de las tensiones.

Lo curioso también es que en estas tensiones no aparece la crisis financiera en el mapa. Aunque fue importante seguir lo que efectivamente se dijo en el discurso de Trump, el silencio respecto a la crisis es igualmente significativo, sobre todo si se considera que fue un elemento importante en relación al ascenso del actual presidente estadounidense. De manera que el hecho de que la crisis desaparezca de su discurso nos orilla a la realización de nuevas preguntas e interpretaciones. De inicio, se puede pensar que la figura de Trump, por más que aparezca como radical en el escenario liberal, es finalmente un concursante dentro del sistema, por lo que una postura antagónica en contra de los cimientos del capitalismo y no solamente de su funcionamiento, sería una acción que no tendría cabida en el marco en que se ha establecido.

Para concluir, podemos observar que el fenómeno Trump abre muchos cuestionamientos. En primer lugar, es necesario entender que su aparición no es simplemente una casualidad en la historia ni que responde exclusivamente a un momento fugaz en la política estadounidense. De hecho, podemos observar que el fenómeno se ha gestado de a poco en poco, y se ha ido conformando por distintos factores que bailan abrazados. La aparición de Trump se cocinó lento, pero sigue siendo parte de una crisis generalizada que conlleva un descontento popular y lo canaliza en los aparatos políticos: de ahí que nuestras preguntas tendrían que estar dirigidas precisamente en las interpelaciones que se dan entre sus votantes y el discurso que presentamos.

Lo que observamos en este capítulo fue cómo un clima político específico dio la posibilidad de que alguien como Trump, con todas las contradicciones que presenta, fuera eficiente al participar en uno de los rituales de competencia más importantes para las sociedades liberales como lo son las elecciones. En realidad, ese clima, cuando se conecta con los discursos, nos muestra que la emergencia de la fuerza política del actual presidente estadounidense no ha sido de ninguna manera solamente resultado de una buena estrategia de marketing político, sino que se ha valido de determinados vacíos en el escenario que han sido llenados con nuevas identidades y propuestas que, tal parece, tienen un poder de convocatoria mayúsculo.

Para terminar, entre nuestras últimas anotaciones tiene que considerarse la reconfiguración de la política internacional. Aunque se puede vincular la aparición de Trump con otros movimientos similares alrededor del mundo, no podemos sencillamente establecer una relación causal entre estos. De manera que haría falta realizar investigaciones más profundas al respecto que nos ayuden a entender un proceso mucho más global. De inicio, proponemos reflexionar en lo tocante con lo que observamos hasta al momento: hay que pensar que la postura de Trump, más que como estimulante de movimientos similares alrededor del mundo, como un fenómeno que ya teje relaciones con otros Estados y que está generando una reconfiguración. Su discurso definitivamente propone nuevos entendimientos, donde los sujetos que crea y las narrativas que de ahí desprenden están teniendo consecuencias que ya alteraron la forma en que se establecían las relaciones internacionales. No sabemos si específicamente a causa de Trump surjan otros movimientos de su índole, pero sí estamos seguros de que a partir de su emergencia el mundo ha tenido otra dinámica que vale la pena reflexionar.

Conclusiones

A lo largo del capítulo, hemos analizado cómo se producen las tensiones entre globalización neoliberal y nacionalismo que tienen un primer ejemplo en los gobiernos progresistas latinoamericanos, aunque especialmente nos hemos concentrado en el caso estadounidense y la aparición de Trump para mostrar estas tensiones. En realidad, lo que hemos argumentado es que existe una confrontación real entre estas dos formas políticas, independientemente de que su forma básica comparta el mismo núcleo.

El argumento central de que la globalización neoliberal y el nacionalismo son expresiones de las relaciones de capital nos parece potente y certero. Sin embargo, su dinámica particular nos hace ver la imposibilidad de aceptar un análisis reduccionista al respecto: es decir, no asumimos una identidad entre nacionalismo y globalización neoliberal, sino un vínculo que se expresa de manera tensa y que es necesario dar cuenta del mismo.

En la historia reciente de estas formas políticas, parece que su superposición es la dinámica que las atraviesa, aunque esto sea con la finalidad de su instrumentalización política en el plano institucional. Esta capacidad no le es propia al conservadurismo, como lo muestra el progresismo lati-

noamericano, sino que, en todo caso, le es propia al desenvolvimiento del Estado nacional, moderno y capitalista. La oposición entonces entre globalización neoliberal y nacionalismo puede ser entendida como una disputa por el poder político, por la toma del Estado. El ejemplo de Trump puede mostrar con mayor contundencia que esta oposición puede ser desarrollada sistemáticamente y cada vez con más sofisticación: la creación de sujetos antagónicos, el trabajador/nacional y el extranjero/global dan potencia a un discurso político que genera fronteras de terror. La cuestión es que, para quienes estamos interesados en la transformación social, esta oposición no puede representar el núcleo de la emancipación. Más bien, a lo que nos invita esta reflexión es a tener precaución con la forma en que se juega el conflicto en el mismo marco de la dominación, en la que definitivamente nos encontramos inmersos, pero que también nos posicionamos más allá de la misma. Es decir, la pelea entre nacionalismo y globalización no está en el marco de la revuelta de los dominados contra la dominación, elijase el lado que sea para posicionarse, sino es una disputa en el seno mismo de la dominación que puede arrastrarnos, tanto en su apartado institucional en forma de elecciones, como en el activismo ampliado. Como quiera que sea, el capítulo, y el libro en general, sirve para ilustrar que la nación, sea progresista o reaccionaria, como dirían Hardt y Negri (2005), es una potente forma política que sigue sumamente vigente en nuestros tiempos.

Bibliografía

- Adorno, T. (1984). *Dialéctica negativa*. Taurus.
- Allcott, H. y Gentzkow, M. (2017). Social Media and Fake News in the 2016 Election. *Journal of Economic Perspectives*, vol. 31 (2), pp. 211–236
- Allison, R. (2001). Central Asian Security and the International Context. En Allison R. y Jonson, L. (Ed.). *Central Asian Security: The New International Context*. Brookings Institution Press.
- Ambrose, S. E. y Brinkley, D. G. (2011). *Rise to Globalism: American Foreign Policy Since 1938*. Penguin.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Appiah, A. (2007). *Cosmopolitanism: Ethics in a World of Strangers*. W. W. Norton & Company.
- Ariño, A. (2007). Ideología, sistemas de creencias y representaciones sociales. En Cerrato J., y Palmonari, A. (eds.), *Representaciones sociales y psicología social. Comportamiento, globalización y posmodernidad*, pp. 138-153. Promolibro.
- Aron, R. (1996). *Peace and War. A theory of International Relations*. Dobleday.
- Ball, S.J. (1990). *Politics and Policymaking in Education: explorations in policy sociology*. London Routledge.
- Baogang H. (2003). *Cosmopolitan Democracy and the National Boundary Problems*. En Stuart. N. (Ed.) *Policymaking and Democracy*. Lexington Books.
- Barnett, M y Duvall, R. (2005). *Power in Global Governance*. En Barnett, M y Duvall, R. (Coord.), *Power in Global Governance*. Cambridge University Press.
- Bartra, R. (2012). *La sombra del futuro. Reflexiones sobre la transición mexicana*. Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2013). *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*. Debolsillo.
- Baudrillard, J. (1987). *América*. Anagrama.

- Beardsworth, R. (2011). *Cosmopolitanism and International Relations Theory*. Polity Press.
- Berlant, L (2011). *El corazón de la nación. Ensayos sobre política y sentimentalismo*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Billig, M. (1998). *El nacionalismo banal y la reproducción de la identidad nacional*. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 60 (1), pp. 37-57
- Blanque, H. J. y Abdelrehim, Y. (2014). "Catalonia and the Right to Self-Determination from the Perspective of International Law". *Max Planck Yearbook of United Nations Law Online*, vol. 18 (1), pp. 532-562.
- Bohlman, P. V. (2004). *The Music of European Nationalism: Cultural Identity and Modern History*, Volúmen 1. ABC-CLIO, Inc.
- Bohoslavsky, E. (2006). *Territorio y nacionalismo en Argentina, 1880-1890: del espacio al cuerpo nacional*. HAL-SHS (Sciences de l'Homme et de la Société). <http://halshs.archives-ouvertes.fr/docs/00/10/42/25/PDF/BOHOSLAVSKI.pdf>
- Bonefeld, W. (2005). *El Estado y el Capital. Sobre la Crítica de lo Político*. En Bonnet, A. Holloway, J. y Tischler, S. (Comp.), *Marxismo Abierto. Una visión europea y latinoamericana Vol. 1. Herramienta y Universidad Autónoma de Puebla*
- Bonnet, A. y Piva, A. (Comp.). (2017). *Estado y Capital. El debate alemán sobre la derivación del Estado*. Herramienta.
- Brading, D. (1988). *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. Ediciones Era.
- Brissette, E. (2016). *The Prefigurative Is Political: On Politics Beyond 'The State'*. En Dinerstein, A. (Ed.), *Social Science for an Other Politics: Women Theorising Without Parachutes*. Palgrave Macmillan.
- Brunn, S. D. (2000). *The Worldviews of Small States: A Content Analysis of 1995 UN Speeches*. En Kliot, N. y Newman, D. (Ed.), *Geopolitics at the End of the Twentieth Century. The Changing World Political Map*. Frank Cass.
- Calhoun, C. (2007). *Nations Matter: Culture, History, and the Cosmopolitan Dream*. Routledge.
- Cameron, D. (2017). *Self-Determination: Canada and Quebec*. Social Science Research Council Working Papers. http://webarchive.ssrc.org/working-papers/CPPF_Models%20of%20Autonomy_1_Cameron.pdf
- Casanas, E. (2014). *Self-determination and the Use of Referendums: the case of Scotland*. *International Journal of Politics, Culture, and Society*, vol. 27 (1), pp 47–66.

- Castañeda, J. y Camín, A. (2009). Un futuro para México. Nexos. <https://www.nexos.com.mx/?p=13374>
- Castañeda, J. y Camín, A. (2019). Regreso al futuro. Nexos. <https://www.nexos.com.mx/?p=14042>
- Chandler, D. (2004). *Constructing Global Civil Society. Morality and Power in International Relations*. New York: Palgrave-Macmillan.
- Da Silva, L. (2003, 1 de enero). Pronunciamento do Presidente da República, Luiz Inácio Lula da Silva, na sessão solene de posse no Congresso Nacional. Presidência da República Secretaria de Imprensa e Divulgação. [http://www.biblioteca.presidencia.gov.br/presidencia/ex-presidentes/luiz-inacio-lula-da-silva/discursos/discursos-de-posse/discorso-de-posse-1o-mandato?TSPD_101_R0=d3c8a09ef805912b4c1b2fba78b4028dd84000000000000000009918b7b-dffff000000000000000000000000000000000613a5d6700bd-9214d808282a9212ab2000dd948c1828d6edfd210a837640f59816dbc-dfaed526834221b153be8dac59e4d0850bd14210a28005263bd5771f-62688de1a3c327f6e996804a34751fdea5df962ffb5fb1ad44c8d9bc9c-b565ef122ee](http://www.biblioteca.presidencia.gov.br/presidencia/ex-presidentes/luiz-inacio-lula-da-silva/discursos/discursos-de-posse/discorso-de-posse-1o-mandato?TSPD_101_R0=d3c8a09ef805912b4c1b2fba78b4028dd8400000000000000009918b7b-dffff000000000000000000000000000000000613a5d6700bd-9214d808282a9212ab2000dd948c1828d6edfd210a837640f59816dbc-dfaed526834221b153be8dac59e4d0850bd14210a28005263bd5771f-62688de1a3c327f6e996804a34751fdea5df962ffb5fb1ad44c8d9bc9c-b565ef122ee)
- Da Silva, L. (2007, 3 de marzo), Discurso do Presidente da República, Luiz Inácio Lula da Silva, na XIX Cúpula do Grupo do Rio, lido pelo chanceler Celso Amorim. Biblioteca de la Presidencia de la República Brasileira: <http://www.biblioteca.presidencia.gov.br/presidencia/ex-presidentes/luiz-inacio-lula-da-silva/discursos/2o-mandato/2007/03-03-2007-discorso-do-presidente-da-republica-luiz-inacio-lula-da-silva-na-xix-cupula-do-grupo-do-rio-lido-pelo-chanceler-celso-amorim/view>
- Dahbour, O. (2013). *Self-Determination without Nationalism: A Theory of Postnational Sovereignty*. Temple University Press.
- Dahl, R. (1989). *Democracy and its Critics*. Yale University Press.
- Danspeckgruber, W. (2002). *The Self-Determination of Peoples. Community, Nation and State in an Interdependent World*. Lynne Rienner Publishers.
- Del Barco, R. (1983) *El Régimen Peronista, 1946-1955*. Editorial de Belgrano.
- Deras, R. (2013). Una mirada al antiimperialismo latinoamericano desde la invasión norteamericana en Nicaragua y la fundación de la Liga Anti-imperialista en San Salvador (1926-1927). *Revista Realidad*, no. 136, pp. 281-323

- Dittgen, H. (2003). World without Borders? Reflections on the Future of the Nation-State. En Nagel, S. (Ed.), Policymaking and Democracy. Lexington Books.
- Dresser, D. (2011). El país de uno. Reflexiones para entender y cambiar a México. Aguilar.
- Eastwood, J. (2007). Contextualizando a Chávez: el nacionalismo venezolano contemporáneo desde una perspectiva histórica. Revista Mexicana de Sociología, vol. 69 (4), pp. 605-639.
- Echeverría, B. (1998). Valor de uso y utopía. Siglo XXI Editores.
- Elias, N. (1994). El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas. Fondo de Cultura Económica.
- Ethnos Research and Consultancy (2006). The Decline of Britishness. A Research Study. http://www.ethnos.co.uk/pdfs/10_decline_of_britishness.pdf
- Facos, M. (1998). Nationalism and the Nordic Imagination: Swedish Art of the 1890s. University of California Press.
- Fernández de Kirchner, C. (2012, 25 de septiembre). Discurso de la Presidenta Cristina Fernández de Kirchner en el 67° período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto de Argentina. <https://enaun.cancilleria.gob.ar/es/content/discurso-de-la-presidenta-cristina-fernandez-de-kirchner>
- Fiorin, J. L. (2009). A construção da identidade nacional brasileira. Bakhtiniana, Revista de Estudos do Discurso. vol. I (1), pp. 115-126.
- Flores, J. I. (2015). Sentimientos y resentimientos de la nación. Encuesta nacional de identidad y valores. UNAM.
- Foucault, M. (1993). Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber. Siglo XXI Editores.
- _____ (2009). Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión. Siglo XXI Editores.
- Fox, V. (2003, 10 de septiembre) Palabras del presidente Fox al inaugurar los trabajos de la V Conferencia Ministerial de la Organización Mundial del Comercio. Presidencia de la República. <http://fox.presidencia.gob.mx/actividades/discursos/?contenido=6253>
- Freyre, G. (1987). Interpretación del Brasil. Fondo de Cultura Económica
- Fuente, I. (2011). Sahara Occidental: origen, evolución y perspectivas de un conflicto sin resolver. Instituto Español de Estudios Estratégicos,

- Documento Marco 08/2011. http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_marco/2011/DIEEEM08-2011SaharaOccidental.pdf
- Fuentes, A. y Fini, D. (Coord.), (2018). *Defender al Pueblo. Autodefensas y Policías Comunitarias en México*. Ediciones Lirio-ICSyH
- Furtado, C. (1983). *El Brasil después del “milagro”*. Fondo de Cultura Económica.
- Gallarotti, G. M. (2010). *Cosmopolitan Power in International Relations: A Synthesis of Realism, Liberalism and Constructivism*. Cambridge University Press.
- Ganguly, R. y Taras, R. (1998). *Understanding Ethnic Conflict. The International Dimension*. Longman
- Geertz, C. (1987). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.
- Gellner, E. (1983). *Nations and Nationalism*. Cornell University Press.
- _____ (1998). *Naciones y Nacionalismos*. Alianza.
- Giddens, A. (2006). Estados nacionales y violencia. *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, no. 5, p. 1-25.
- González, L. (1986, 1 de diciembre). *Suave patria*. Nexos. <http://www.nexos.com.mx/?p=4701>
- Green, J. (2017). *Devil’s Bargain. Steve Bannon, Donald Trump and the storming of the presidency*. Penguin Press.
- Griffin, R. (1991). *The nature of fascism*. Routledge.
- Grubačić, A. y O’Hearn, D. (2016). *Living at the Edges of Capitalism*. University of California Press.
- Guber, R. (2012). ¿Nacionalismo y autoritarismo? Algunas lecciones de la experiencia de Malvinas. *Praxis Educativa*, vol. XVI (2), pp. 19-30.
- Hanna, R. (1999). Right to Self-Determination in In Re Secession of Quebec. *Maryland Journal of International Law*, vol 23 (1), pp. 214-246. <http://digitalcommons.law.umaryland.edu/mjil/vol23/iss1/9>
- Hardt, M. y Negri, A. (2005). *Imperio*. Paidós.
- Harvey, D. (2005). *A brief history of neoliberalism*. Oxford University Press
- Hearn, J. (2015) Nationalism and globalization: Challenging assumptions. *The SAIS Review of International Affairs*, vol 35 (2), pp. 5-11.
- Hebert, D. G & Kertz-Welzel, A. (ed.). (2010). *Patriotism and Nationalism in Music Education*. Routledge.
- Held, D. (2010). *Cosmopolitanism: Ideals and Realities*. Polity Press.
- Hilpold, P. (2017). Self-determination and Autonomy: Between Secession and Internal Self-determination. *International Journal on Minority and Group Rights*, no. 24, pp. 302-335.

- Hobsbawm, E. (1990). *Nations and Nationalism Since 1780*. Cambridge University Press.
- Hobsbawm, E. (1994). *Naciones y Nacionalismos desde 1780*. Crítica, Grijalbo Mondadori.
- Holloway, J. (2010). *Crack Capitalism*. Pluto Press.
- Horkheimer, M. y Adorno, T. W. (1987). *Dialéctica del iluminismo*. Sudamericana.
- Howarth, D. y Stavrakakis, Y. (2000). *Introducing Discourse Theory and political analysis*. En Howarth, D., Norval, A. y Stavrakakis, Y. (Ed.), *Discourse Theory and Political Analysis. Identities, hegemonies and social change*. Manchester University Press.
- Huntington, S. (2004). *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*. Paidós.
- Hutchins, R. D. (2016). *Nationalism and History Education: Curricula and Textbooks in the United States and France*. Routledge.
- Ianni, O. (1996). *Teorías de la globalización*. Siglo XXI Editores.
- Iglesias, F. (1994). *Breve historia contemporánea del Brasil*. Fondo de Cultura Económica
- INEGI (2017). *Módulo de Movilidad Social Intergeneracional (MMSI) 2016*. <http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/enchogares/modulos/mmsi/2016/default.html>
- Jaguaribe, H. (2008). *Nation and nationalism in the 21st century*. *Estudios Avanzados*, vol. 22 (62), pp. 275-278.
- James, P. (2006). *Globalism, Nationalism, Tribalism. Bringing Theory Back In*. Sage.
- Jenkins, P. (1997). *A history of the United States*. Macmillan Company.
- Kaldor, M. (2001). *Las nuevas guerras*. Tusquets Editores.
- Kirchner, N. (2005, 5 de noviembre). *ALCA: Néstor Kirchner en la VI Cumbre de las Américas en Mar del Plata*. Sitio web de Cristina Fernández de Kirchner. <http://www.cfkargentina.com/nelson-kirchner-en-la-iv-cumbre-de-las-americas-en-mar-del-plata/>
- Kohn, H. (1946). *The Idea of Nationalism*. MacMillan Company.
- _____ (1966). *El pensamiento nacionalista en los Estados Unidos*. Troquel.
- _____ (1982). *Nationalism. Its Meaning and History*. Krieger.
- _____ (1994). *Western and eastern nationalisms*. En Hutchinson, J. y Smith, A. (eds.) *Nationalism*. Oxford University Press.

- Kozel, A., Grossi, F. y Moroni, D. (2015). El imaginario antimperialista en América Latina. Buenos Aires: Ediciones CCC y CLACSO.
- Krauze, E. (mayo 18, 2008). Nuestra falsa excepcionalidad. Disponible en: <https://enriquekrauze.com.mx/falsa-excepcionalidad/>
- Lafer, C. (2002). La identidad internacional de Brasil. Fondo de Cultura Económica.
- Lewis, B. (1999). The multiple identities of the Middle East. Schocken Books
- Mabire, B. (1999). Dilemas del nacionalismo oficial mexicano. Foro Internacional, vol. XXXIX (4), pp. 479-498.
- Máiz, R. (2004). Per Modum Unius: más allá de la dicotomía nacionalismo cívico/nacionalismo étnico. En Gurrutxaga, A. (Ed.), El Presente del Estado-nación. Editorial UPV.
- Maldonado, G., Morales Castillo, R., González González, G., Crow, D. y Schiavon, J., (2014). México, las américas y el mundo. Diez años de opinión pública y política exterior. Centro de Investigación y Docencia Económicas.
- Mallimaci, F. (2008). Nacionalismo católico y cultura laica en Argentina. En Blancarte, R. (Coord.), Los retos de la laicidad y la secularización en el mundo contemporáneo. El Colegio de México.
- Mancuso, L. y Torres Londoño, F. (2002). Los estudios sobre lo religioso en Brasil: un balance historiográfico. Istor, Año III (9), pp. 51-85.
- McCrone, D. (2002). The Sociology of Nationalism: Tomorrow's Ancestors. Routledge.
- Mearsheimer, J. (2011, 15 de julio) Kissing Cousins: Nationalism and Realism. Paper en el Yale Workshop on International Relations (Citado con permiso del autor). http://irworkshop.sites.yale.edu/sites/default/files/Mearsheimer_IRW.PDF
- Meiksins Wood, E. (1995). Democracy against capitalism. Renewing historical materialism. Cambridge University Press.
- Mendible Zurita, A. (2011). Brasil: su original independencia nacional y particular evolución dentro del contexto latinoamericano. Procesos Históricos, vol. X (20), pp. 11-131.
- Meyer, L. (1995). Liberalismo autoritario. Océano.
- _____ (2006). Estados Unidos y la evolución del nacionalismo defensivo mexicano. Foro internacional, vol. XLVI (3), pp. 421-464.
- Migdal, J. S. (2011). Estados débiles, estados fuertes. Fondo de Cultura Económica.

- Mitter, P. (1997). *Art and Nationalism in Colonial India, 1850-1922: Occidental Orientations*. Cambridge University Press.
- Monsiváis, C. (2013). *Historia mínima de la cultura mexicana en el siglo XX*. El Colegio de México.
- Morales Manzur, J. (2016). El antiimperialismo latinoamericano y sus aportes a las ideas de la unidad continental. *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología*, vol. 25 (1), pp. 121-147
- Moreno, A. (2011). Las metas y valores de los mexicanos: ¿qué nos une y qué nos divide?. Fundación Este País. <http://archivo.estepais.com/site/2011/las-metas-y-valores-de-los-mexicanos-%C2%BFque-nos-une-y-que-nos-divide/>.
- Navarrete, F. (2016). México racista. Una denuncia. Grijalbo.
- Ngozi, C. (2018). *El peligro de la historia única*. Random House.
- Ochoa, B. (2017). El desmantelamiento del nacionalismo revolucionario y la apuesta por el nacionalismo cívico en México. En *Alternativas*, No. 7, pp. 1-34.
- Ochoa, L. y Regalado, R. (2018). El ideal cosmopolita, el nacionalismo y el derecho a la autodeterminación de los pueblos en el sistema internacional contemporáneo. En *Revista OASIS*, No.28, pp. 25-43.
- Oliveira, L. M. (2016). *Árboles de largo invierno. Un ensayo sobre la humillación*. Almadía Ediciones.
- Orozco, C. E. (2002). ¿La vida no vale nada? Algunos valores de los mexicanos. *Sinéctica*, no. 21, pp. 73-76.
- Ott, B. L. (2017). The age of Twitter: Donald J. Trump and the politics of debasement. *Critical Studies in Media Communication*, vol. 34 (1), pp. 59-68
- Palou, P. A. (2014). *El fracaso del mestizo*. Ariel.
- Parekh, B. (1993). A Misconceived Discourse on Political Obligation. *Political Studies*, no. 41, vol 2, pp.236-251.
- Parkin, A. & Mendelsohn, M (2003). *A New Canada: An Identity Shaped by Diversity*. Centre for Research and Information on Canada.
- Pascual, R. y Ghiotto, L. (2020). "The State and Global Capital: Revisiting the Debate". En Dinerstein, A., García Vela, A., González Cruz, E. y Holloway, J. (Eds.), *Open Marxism 4. Against a closing world*. Pluto Press.
- Peña Nieto, E. (2012, 1 de diciembre). Primer discurso de Enrique Peña Nieto como presidente. *Expansión*. <https://expansion.mx/nacional/2013/03/09/primer-discurso-de-enrique-pena-nieto-como-presidente>

- Pérez Montfort, R. (1999). Un nacionalismo sin nación aparente. (La fabricación de lo “típico” mexicano 1920-1950). *Política y Cultura*, no. 12, pp. 177-193.
- Puear, J. (2013). Rethinking Homonationalism. *International Journal of Middle East Studies*, no. 45, pp. 336-339.
- Raanan, R. (1991). Hispanidad y oportunismo político: el caso peronista. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 2 (2), pp. 51-68
- Ramírez Peraza, O. (2011). Juárez y la intervención francesa: la última defensa de la independencia nacional. *Rc et Ratio*, no. 3, pp. 93-114.
- Rawls, J. (1993). *Political Liberalism*. Columbia University Press.
- Reboul, O. (1986). *Lenguaje e ideología*. Fondo de Cultura Económica.
- Reisner, E. H. (1922). *Nationalism and Education: Since 1789, a Social and Political History of Modern Education*. Macmillan Company.
- Regalado, R. y Ochoa, L. (2016). Elementos para la categorización del nuevo nacionalismo latinoamericano: Argentina, Brasil y México. En *Bajo el Volcán*, Vol. 16, (24), pp. 51-81.
- Renan, E. (s/a). ¿Qué es una nación?. http://enp4.unam.mx/amc/libro_munioz_cota/libro/cap4/lec01_renanqueesunanacion.pdf
- Riley, M. and Smith, A. D. (2016). *Nation and Classical Music. From Handel to Copland*, Woodbridge. The Boydell Press.
- Rodríguez, M. (2017). El derecho a la libre autodeterminación de los pueblos y el caso fallido del Sahara Occidental. Los límites del cosmopolitismo y la ecosoberanía como propuesta alternativa. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, año 19 (37), pp. 381-403.
- Rodríguez, M., Ochoa, L, Pineau, M. (2015). *Los BRICS y el discurso del nacionalismo en el siglo XXI*. Westphalia Press.
- Rossoto, R. (2007). Agrandando el pastel. Políticas de desarrollo, nacionalismo y relaciones exteriores en el Brasil de los años cincuenta. *Foro Internacional*, vol. XLVII (2), pp. 340-368.
- Rousseff, D. (2011, 1 de enero). Íntegra do discurso da presidente Dilma Rousseff na cerimônia de posse. Agência Senado Federal Brasil. <https://www12.senado.leg.br/noticias/materias/2011/01/01/integra-do-discurso-da-presidente-dilma-rousseff-na-cerimonia-de-posse>
- Said, E. (2008). *Orientalismo*. Debolsillo.
- Segovia, R. (1968). El nacionalismo mexicano. Los programas políticos revolucionarios (1929-1964). *Foro Internacional*, vol. VIII, pp. 349-359.

- Sen, A. (2007). *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. Katz.
- Seroka, J. H. (2003). *Yugo-Nostalgia, Pragmatism and Reality: Prospects for Inter-Republic Cooperation*. En Nagel, S. (Ed.). *Policymaking and Peace*. Lexington Books.
- Sharkey, C. (2016). *The Struggle for Self-determination in Scotland and Bougainville*. *Indo-Pacific Strategic Papers*, pp. 1-26. Recuperado de: http://www.defence.gov.au/ADC/Publications/IndoPac/Sharkey_IPSP.pdf
- Smith, A. (1988). *Nationalism and Modernism: A Critical Survey of Recent Theories of Nations and Nationalism*. Routledge.
- _____ (2010). *Nationalism*. London School of Economics.
- Speckman, E. (2010). *El Porfiriato*. En *Nueva Historia Mínima de México*. (pp. 192-224). El Colegio de México.
- Spencer, P. y Wollman, H. (2002). *Nationalism. A Critical Introduction*. Sage.
- Stavenhagen, R. (2002). *Conflictos étnicos y estado nacional*. Siglo XXI Editores.
- Steger, M. (ed). (2004). *Rethinking Globalism*. Lanham. Rowman & Littlefield.
- Svampa, M. (2008). *La disputa por el desarrollo: territorio, movimientos de carácter socio-ambiental y discursos dominantes*. <http://www.maristellasvampa.net/archivos/ensayo43.pdf>
- Tenorio, M. (2009). *Historia y celebración. México y sus centenarios*. Tusquets Editores.
- Timor Oriental cinco años después. (2004, 30 de agosto). BBC Mundo. Recuperado de http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/international/newsid_3612000/3612362.stm
- Touraine, A. (2000). *Crítica de la modernidad*. Fondo de Cultura Económica.
- Trump, D. (2017, 1 de junio). *Statement by President Trump on the Paris Climate Accord*. U.S. Embassy & Consulates in Italy. <https://it.usembassy.gov/statement-president-trump-paris-climate-accord/>
- _____ (2017, 15 de marzo). *Remarks at the American Center for Mobility in Ypsilanti Township, Michigan*. The American Presidency Project. <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/remarks-the-american-center-for-mobility-ypsilanti-township-michigan>
- _____ (2017, 18 de abril). *Remarks on Signing an Executive Order on "Buy American and Hire American" in Kenosha, Wisconsin*. Govinfo. <https://www.govinfo.gov/content/pkg/DCPD-201700254/html/DCPD-201700254.htm>

- _____ (2017, 19 de septiembre). Remarks by President Trump to the 72nd Session of the United Nations General Assembly. U.S. Embassy & Consulate in Brazil. <https://br.usembassy.gov/remarks-president-trump-72nd-session-united-nations-general-assembly/>
- _____ (2017, 20 de enero). President Trump's inauguration speech. Vox. <https://www.vox.com/a/president-trump-inauguration-speech-transcript-annotations>
- _____ (2017, 23 de agosto). President Trump Ranted For 77 Minutes in Phoenix. Here's What He Said. Time. <http://time.com/4912055/donald-trump-phoenix-arizona-transcript/>
- _____ (2017, 29 de abril). Speech: Donald Trump at Rally in Harrisburg, PA. Factba.se. <https://factba.se/transcript/donald-trump-speech-rally-harrisburg-pa-april-29-2017>
- _____ (2017, 29 de mayo). Read President Trump's Memorial Day Remarks. Time. <http://time.com/4797345/donald-trump-memorial-day-transcript-arlington-national-cemetery/>
- _____ (2017, 6 de julio). Remarks by President Trump to the People of Poland. The White House. <https://trumpwhitehouse.archives.gov/briefings-statements/remarks-president-trump-people-poland/>
- _____ (2017, 8 de diciembre). Trump Holds "Make America Great Again" Rally in Pensacola. RealClear Politics. https://www.realclearpolitics.com/video/2017/12/09/full_video_trump_holds_make_america_great_again_rally_in_pensacola.html
- Van Dijk, T. y Mendizábal, R. (1999). Análisis del Discurso Social y Político. ABYA-YALA
- Vázquez, J. Z. (1975). Nacionalismo y educación en México. El Colegio de México.
- Vázquez, J. Z. (2010). De la independencia a la consolidación republicana. En Nueva Historia Mínima de México. (pp. 137-191). El Colegio de México.
- Velázquez, R. (2007). Bases y fundamentos de la política exterior de México. Plaza y Valdés.
- Veltmeyer, H. y Petras, J. (2015). El neoextractivismo ¿Un modelo posneoliberal de desarrollo o el imperialismo del siglo XXI? Ediciones Culturales Paidós.
- Wallerstein, I. (1999). El moderno sistema mundial. Volumen 3. La segunda era de la gran expansión de la economía mundo capitalista, 1730-1850. Siglo XXI Editores.

- Walt, S. M. (2011, 15 de julio). Nationalism Rules. Foreign Policy. http://www.foreignpolicy.com/articles/2011/07/15/the_enduring_power_of_nationalism
- Zepeda, B. (2015). Enseñar la nación: La educación y la institucionalización de la idea de la idea de la nación en el México de la Reforma (1855-1876). CONACULTA-FCE.
- Zinn, H. (1999). La otra historia de los Estados Unidos. Siglo XXI Editores.
- Žižek, S. (2010). En defensa de la intolerancia. Diario Público.

Los cinco estudios de este libro tienen un hilo conductor: el análisis de los discursos sobre el nacionalismo en la era de la globalización, del cosmopolitismo, del ideal humano céntrico del liberalismo y de la consolidación del capitalismo como modelo a escala planetaria con sus crisis y contradicciones. El contexto histórico presente en los cinco ensayos es el del final de los arreglos políticos y económicos posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Esto significa reflexionar sobre el nacionalismo contemporáneo ante fenómenos mundiales como la reorientación geopolítica del poder, la creciente incapacidad de los organismos multilaterales emanados de la carta de San Francisco por cumplir eficazmente sus tareas, el desmantelamiento del estado de bienestar en las sociedades occidentales y la emergencia del neoliberalismo sin freno a lo largo y ancho del orbe. Cada estudio aborda miradas particulares sobre el mismo fenómeno, el de los nacionalismos contemporáneos

De la Introducción.

